

ULTIMAS

CARTAS

DE

JACOBO DORTIS,

TRADUCIDAS

POR

D. JOSE ANTONIO MIRALLA.

PRIMERA PARTE.

BUENOS AIRES:

IMPRIMERIA ARGENTINA.

1835.

EL EDITOR.

El nombre del porteño D. José A. Miralla no es muy conocido en su patria ; sin embargo de que él la amaba mucho, y en los lejanos climas á donde le llevó el destino la consagraba sus mas tiernas memorias. (1) En la Biblioteca de esta ciudad existe un monumento de su patriotismo ; una riquísima edicion de los Clásicos, remitida por él desde la Habana, con el objeto de aumentar el tesoro de conocimientos, que se destinaba para ilustrar á sus compatriotas. Fué Secretario de Bolívar, compañero de Rocafuerte é intimo amigo del Poeta Madrid, quien hizo en su elogio un hermoso Soneto, que puede verse en la coleccion de sus poesias impresas. D. José A. Miralla, discípulo del finado Chorroarin, era literato distinguido y patriota eminente. Consagró la mejor parte de su vida á la causa de la Libertad, hasta que murió en 1826, cuando se preparaba á hacer parte de la expedicion Mejicano-colombiana, que debia libertar á

(1) Muy jóven dejó á Buenos Ayres, y se trasladó á la Habana ; y despues de algunos años á Colombia, con la mira de alistarse bajo las banderas patriotas de Bolívar.

Cuba. Su principal obra literaria es la version de las últimas cartas de Jacobo Dortis, escritas en italiano, y de un mérito sobresaliente. En ellas encuentra el desgraciado ideas consoladoras, dignidad el mortal abatido, corage cívico el ciudadano y lecciones el filósofo: es la obra de todos los tiempos y de todos los países; porque sus observaciones se hallan fundadas en la experiencia del corazon del hombre, que siempre ha sido el mismo. Yo he creido que no podría honrar las cenizas de Miralla más dignamente que reimprimiendo esta elegante traduccion. Espero que ella tendrá una acogida favorable entre sus paisanos, justos apreciadores de cuanto influye en las glorias de su patria.

ADVERTENCIA

SOBRE

JACOBO DORTIS,

Tomada de una de las ediciones de Paris.

Un jóven como de veinte años de edad, ingerido en la malhadada política de la Italia, aunque convencido de que es una vana teoria la perfeccion social entre los hombres ; se impacientaba al ver la imposibilidad de establecer la libertad por qué anhelaba y que habia echado profundas raices en su corazon.—Indignado de la infamia con que vendieron los franceses la ciudad de Venecia á los austriacos, y aun mas indignado de la cobardia de sus propios conciudadanos, abandonó su patria con el propósito de escribir sobre las desgracias de que habia sido testigo. Pero ya sea por falta de capacidad suficiente, ó porque la inquietud del ánimo debilitase la fuerza de su voluntad, lo cierto es que solo dejó algunos apuntes y fragmentos.

En sus viages se enamoró de una jóven y se distrajo de la política ; pero desesperando de ver realizada esta pasion generosa, empezó á desfallecer de dia en dia pensando en lo *vano y transitorio de la existencia* : especie de enfermedad moral propia de su índole y que le condujo hasta

IV.

te á la unidad mas perfecta que puede idear la mente humana: método fácil en apariencia; pero difícil de ponerse en práctica.

Sin embargo, no se crea que Ortis es una mera imitacion de Werther: estos dos libros que parecen semejantes á primera vista, son diferentes en todas sus partes como lo han probado con raro saber y erudicion varios literatos Alemanes. Ambos autores quisieron trazar un cuadro del suicidio y en el uno aparece el arte, en el otro solo la copia fiel de la naturaleza. Goethe meditó durante dos años el plan de su obra y despues la escribió en un mes; semejando en esto á la explosion repentina de un volcan que hubiera guardado oculto por mucho tiempo la lava y el fuego que despide. Al autor italiano le fué bastante el reducir á su libro, el diario que encerraba la historia de su desgraciada pasion, seguida hora por hora y dia á dia mediante el transcurso de 18 meses y cuando ni soñaba con sus lectores.—Werther, desde el principio hasta la catástrofe, es conducido por la pasion del amor descrita con mil galas poéticas; mientras que Ortis, alternativamente aguijoneado de vagos y diferentes deseos representa con mayor fidelidad el estado mas comun del corazon humano, con la única diferencia, que en él los deseos son mucho mas poderosos y el desengaño ménos lento.

120 200 300 400! 500 600 700 800 900 1000! 1100 1200 1300

ULTIMAS CARTAS

DE

JACOBO DORTIS



COLLADOS-EUGANEOS,

OCTUBRE 11 DE 1797.

EL sacrificio de nuestra patria se ha consumado: todo se ha perdido, y la vida que nos conceden, solo nos que-

dará para llorar nuestras desgracias y nuestra infamia. Mi nombre está en la lista de proscripción: lo sé; pero ¿quieres tú que por salvarme de quien me oprime me entregue á quien me ha vendido?* Consuela á mi madre: cediendo á sus lágrimas, la he obedecido, y he dejado á Venecia para evitar las primeras persecuciones, siempre las mas feroces.

Pero deberé yo abandonar hasta esta mi soledad antigua, en donde sin perder para siempre mi desgraciado pais, puedo esperar todavía algun dia de paz? Tú me haces estremecer, Lorenzo.... Cuántos infelices! Y nosotros, esto es ya demasiado! nosotros Italianos nos lavamos las manos en la sangre de los Italianos. Por mí, suceda lo que sucediere. Sin patria yá, y sin esperanzas, aguardo tranquilamente la prision y la muerte. Mi cadáver al menos no caerá en brazos estrangeros; mi nombre será

**Alude á cuando Venecia fué vendida al Austria por Napoleon.*

secretamente llorado por los pocos hombres buenos, compañeros de nuestras miserias; y mis huesos descansarán en la tierra de mis padres.

—◆—

OCTUBRE 13.

Te suplico, Lorenzo, que no insistas mas : he deliberado no alejarme de estas colinas. Es verdad que yo habia prometido á mi madre refugiarme en cualquiera otro pais ; mas no me ha bastado el corazon, y espero me perdonará. Ademas de que ¿merece esta vida conservarse con vileza y en el destierro ? Oh ! cuántos de nuestros conciudadanos gemirán arrepentidos, distantes de sus casas !.....porque.....Y ¿qué podémos esperar nosotros sino indignancia y desprecio, ó á lo mas una corta y estéril compasion, único alivio que las naciones civilizadas ofrecen al prófugo extranjero ? Mas en dónde buscaré un asilo ? en Italia ? ¿Infeliz tierra ! premio siempre de la victoria. ¿Podré yo tener delante de los ojos aquellos que nos han saqueado, burlado, vendido, y no llorar de ira ? Devastadores de los pueblos, se sirven de la libertad como los papas se servian de las cruzadas. Ay ! muchas veces, desesperanzado de vengarme, me clavaria

un puñal en el corazón para derramar toda mi sangre entre los últimos gemidos de mi patria.

¡Y los otros !....* han comprado nuestra esclavitud rescatando con el oro lo que estólida y vilmente habían perdido con las armas.—A la verdad, yo me asemejo á uno de aquellos infelices, que tenidos por muertos, fueran sepultados vivos, y que despues reanimados se han hallado en el sepulcro entre tinieblas y esqueletos, sin esperanza de la dulce luz de la vida, y obligados á morir entre las blasfemias y el hambre. Y ¿para qué hacernos ver y sentir la libertad, y despues volvémosla á quitar para siempre ?....é infamemente !

—♦—

OCTUBRE 16.

Vaya, pues, no se hable mas de eso : la borrasca parece ha serenado ; si volviere el peligro, creeme, buscaré todos los medios de evitarle ; por lo demas, yo vivo tranquilo en cuanto se puede....tranquilo. No veo á nadie de este mundo : voy siempre vagando por la campiña ; pero á decirte la verdad, pienso y me consumo. Mándame algun libro.

* *Los austriacos.*—EL TRAD.

¿Qué es de Laureta? ¡Pobre mucha, cha!...yo la dejé fuera de sí. Linda y todavía joven, tiene enferma la razon, y el corazon infeliz...infelicísimo. Yo no la he amado; pero fuese compasion ó reconocimiento por haberme ella elegido como su único consolador, confiando á mi pecho toda su alma, sus errores y sus martirios...de veras, que yo la habria hecho gustosamente la compañera de toda mi vida. La suerte no lo ha querido; tal vez es mejor así. Ella amaba á Eugenio, y se le murió entre los brazos. Su padre y sus hermanos han tenido que huir de su patria, y aquella pobre familia, destituida de todo socorro humano, está reducida á vivir, quien sabe como!...de llanto. Hé ahí, oh revolucion, otra víctima!—Sabes que te escribo, Lorenzo, llorando como un niño!...Demasiado! Siempre me ha tocado haberlas con pícaros; y las pocas veces que he encontrado á la virtud, he tenido que compadecerla. Adios, Adios.

—♦—

OCTUBRE. 18.

Miguel me ha traído el Plutarco; te doy las gracias: me dijo que en otra oportunidad me enviarías algun otro libro; por ahora basta. Con el divino Plutar-

co podré consolarme de los delitos y de las desgracias de la humanidad, volviendo la vista á aquellos varones ilustres, que como próceres del género humano, sobresalen á tantos siglos y á tantas generaciones. Temo, no obstante, que despojándolos de la magnificencia histórica y de la reverencia que se tiene por la antigüedad, no hallaré mucho que elogiar ni en los antiguos, ni en los modernos. . . . ni en mí mismo. . . . humana raza !



OCTUBRE 23.

Si me es permitido esperar paz alguna vez, yá la he encontrado, Lorenzo. El cura, el médico, y todos los oscuros mortales de este rinconzuelo de la tierra me conocen desde niño, y me aman. Aunque yo vivo hurraño, todos vienen en derredor mio, como si quisieran amansar una fiera generosa y selvática. Por ahora los dejo andar: verdaderamente no he recibido tanto bien de los hombres para confiarme así de un golpe; pero este traer la vida de un tirano, que se horroriza y tiembla de miedo de ser degollado á cada instante, me parece agonizar de una muerte lenta oprobiosa. Yo me siento con ellos á medio día debajo del plátano de la igle-

sia, leyéndoles las vidas de Licurgo y de Timoleon. El domingo se me habian amontonado al rededor todos los aldeanos, que aunque no entendian palabra, estaban escuchándome con la boca abierta. Creo que el deseo de saber la historia de los tiempos pasados, es hijo de nuestro amor-propio; el cual quisiera alucinarse y prolongar la vida, uniéndonos á los hombres y á las cosas que no existen yá, y haciéndolas, como quien dice, de nuestra propiedad. A la imaginacion le agrada pasearse por entre los siglos, y poseer otro universo. ¡Con que interes un viejo labrador me contaba esta mañana la vida de los curas de la aldea, que vivian cuando era muchacho, y me describia los daños de una tormenta de ahora treinta y siete años, y los tiempos de abundancia y escasez, interrumpiéndose á cada paso, recomenzando el cuento, y acusándose de desmemoriado! Asi me sucede, olvidarme de que vivo.

Me ha venido á ver el Sr. T* * *, que tú conociste en Pádua. Me dijo que le hablas de mí frecuentemente, y que el otro dia le escribiste. Tambien se ha retirado al campo para evitar los primeros furores del vulgo; aunque á decir verdad, no se ha mezclado mucho en los negocios públicos. Yo habia oido hablar de él como de un hombre de cul-

to ingenio y de mucha honradez, cualidades temidas ántes, pero que ahora no se poseen impunemente. Tiene un trato cortés, fisonomía liberal, y habla con el corazón en las manos. Venia con él un sugeto; creo que es el esposo future de su hija. Será, tal vez, un guapo y buen chico; pero su cara no dice nada. Buenas noches.

OCTUBRE 24.

Por fin he agarrado por el pescuezo á aquel maldito zagalejo que estropeaba nuestra huerta, cortando y rompiendo todo lo que no podia robar. Estaba sobre un durazno, y yo debajo de una parra: hacia alegremente astillas las ramas verdes, ya que no habia fruta: apenas le tuve entre mis garras, empezó á gritar: *misericordia!* Me confesó que hacia algunas semanas que tenia aquel dañino oficio; porque el hermano del hortelano le habia, meses ántes, robado un saco de habas á su padre.—¿Y tu padre te enseña á robar?—A fé mia, señor, lo hacen todos así.

Lo solté, y saltando precipitadamente una cerca, gritaba yo: “ved ahí la sociedad en miñiatura; *todos así.*”

OCTUBRE 26.

¡ Qué divina muchacha ! y á la he visto, Lorenzo, y te doy las gracias. La encontré sentada, miñando su mismo retrato. Se levantó saludándome, como si me conociese, y mandó á un criado que fuese á buscar á su padre. El no pensaba, me dijo, que V. hubiera venido; andaré por ahí en el campo; no tardará en volver. Arrimé mi silla á la suya. Una chiquilla trepándosele sobre las rodillas, le dijo no sé que al oído. Es el amigo de Lorenzo, le respondió Teresa, es el sugeto á quien papá fué á ver: el otro dia. Volvió entre tanto el Sr. T*.* recibíendome familiarmente, y dándome gracias porque me habia acordado de él. Teresa en esto, tomando por la mano á su hermanita, se retiraba. Vea V., me dijo él, señalándome á sus hijas que se iban de la sala....aquí estamos todos. Profirió estas palabras, como queriendo hacerme partícipe de sus desgracias y de su felicidad. Charlamos largo rato. Cuando estaba para despedirme, volvió Teresa: no estamos tan léjos, me dijo, venga V. algunas noches á pasar el rato con nosotros.

Volví á casa con el corazon satisfecho. —Ah Lorenzo! el espectáculo de la belleza ¿no basta acaso para aliviar todos

los dolores de los mortales? He aquí un manantial de vida para mi: único, es cierto, y.....quizas, fatal.—Mas si yo estoy condenado á tener siempre el alma en una borrasca, ¿no es todo lo mismo?



OCTUBRE 28.

Calla, calla: hay dias en que no puedo fiarme de mí mismo: un demonio me enciende, me agita, me devora. Tal vez yo me equivoco, y me reputo en mucho; pero me parece imposible que nuestra patria esté así tan anonadada, mientras nos resta aun una vida. ¿Qué hacemos nosotros todos los dias viviendo y quejándonos?.....En fin, no me hables mas de esto, por Dios; contándome tantas miserias nuestras, ¿me echas tal vez en cara el estarme aquí de ocioso, y no vez que me despedazas entre mil martirios? ¡Oh! si el tirano fuese uno solo y los siervos fuesen ménos estúpidos, mi mano bastaria; pero el que me tacha ahora de vileza, me acusaria entónces de delito; y el sabio mismo lamentaria en mí, en vez de la resolucion de un hombre fuerte, el furor de un desgraciado. ¿Qué quieres tú emprender entre dos naciones poderosas, que siendo enemigas declaradas,

feroces, eternas, se coligan solo para uncirnos al yugo; y cuando no valen sus fuerzas, los unos nos engañan con el entusiasmo de libertad, los otros con el fanatismo de religion; y nosotros todos cansados de la antigua servidumbre y de la nueva licencia, gemimos, viles esclavos, vendidos, hambrientos, sin que nos excite jamas ni la traicion ni el hambre?—Ay! si pudiera, sepultaria mi casa, lo que mas quiero; y me sepultaria á mí mismo, para no dejar nada, nada que pudiese envanecerlos de su omnipotencia y de mi esclavitud! Yá hubo pueblos que por no obedecer á los Romanos, ladrones del mundo, pegaron fuego á sus casas, á sus mugeres, á sus hijas y á sí mismo, sepultando entre las inmensas ruinas y las cenizas de su patria, su sagrada independendencia.

NOVIEMBRE 1.

Yo estoy bueno.....bueno por ahora, como un enfermo que duerme y no siente los dolores. Paso los dias enteros en casa del Sr. T* *, que me quiere como á un hijo: me dejo alucinar, y la felicidad de esta buena familia me parece la mia. Si á lo ménos no estuviera allí aquel novio; porque á la verdad..... yo no aborrezco á nadie en el mundo;

pero hay ciertos hombres á quienes quisiera ver solamente de lejos—Su suegro me estaba tegiendo ayer noche un largo elogio en forma de recomendacion; *bueno, exacto, sufrido*; y nada mas? aunque poseyese esas cualidades con una perfeccion angélica, como siempre tenga el corazon tan muerto, y aquella cara magistral, jamas animada ni por la sonrisa de la alegria, ni por el dulce rayo de la compasion, será para mí uno de aquellos rosales sin rosas que me hacen temer las espinas. ¿Qué cosa es el hombre si tú lo dejas á la razon sola, fria, calculadora? Un malvado, y malvado bajamente.—Por lo demas. Eduardo entiende de música; juega bien al ajedrez; come, lee, duerme, pasea, y todo con el relox en la mano; y no habla con énfasis, sino para ponderar siempre sus grandes haciendas, y su rica y selecta biblioteca. Pero cuando me va repitiendo con aquella su voz catedrática, *rica y selecta*, tengo en la punta de la lengua, el decirle que es una solemne mentira. Si las locuras humanas que con el nombre de *ciencias y doctrinas* se han escrito é impreso en todos los siglos y en todas las naciones, se redujeran á un millar de volúmenes cuando mas, me parece que la presuncion de los mortales no tendria que quejarse.—Eh! vamos, siempre con estas disertaciones.

Entre tanto yo he emprendido educar la hermanita de Teresa ; la enseño á leer y á escribir. Cuando estoy con ella, mi fisonomía se va serenando, mi corazón está mas alegre que nunca, y yo hago mil locuras. No se por qué todos los niños me quieren bien. La chiquilla es un dige ! rubia y crespecita, ojos azules, mejillas como rosas, fresca, blanca, regordetilla.parece una gracia de cuatro años. ¡ Si tú la vieras salirme al encuentro, colgárame de las rodillas, huir de mí para que la siga, negarme un beso, y luego improvisamente aplicarme sus labiecillos á la boca ! Hoy estaba yo encima de un árbol cogiéndole fruta : aquella inocente tendia los brazos, y balbuciente me rogaba que *por Dios, no me cayese.*

Qué hermoso otoño ! Adios Plutarco.... le tengo siempre cerrado debajo del brazo. Hace tres dias que paso las mañanas en llenar un canasto de uvas y de melocotones, que cubro con hojas, siguiendo despues á lo largo del riachuelo ; y en llegando al pueblo, despierto á toda la familia cantando la cancioncilla de la vendimia.

NOVIEMBRE 12.

Ayer, dia de fiesta, hemos trasplan-

tado con solemnidad los pinos de las colinas inmediatas al monte que está enfrente de la iglesia. Mi padre tambien procuraba fecundar este esteril montecillo; pero los cipreses que él puso no han prendido, y los pinos están aun muy pequeños. Ayudado yo de muchos labradores, he coronado la cáscada de agua con cinco álamos, sombreando la costa oriental con un espeso bosquecillo, que será el primero á quien salude el sol, cuando espléndidamente salga por las cimas dél monte. Y ayer cabalmente el sol, mas sereno que lo acostumbrado, calentaba el aire destemplado con la niebla del moribundo otoño. Las aldeanas vinieron á medio dia con sus delantafes de fiesta, mezclando los juegos y las danzas con cancioncillas y con brindis. Quien de ellas era la recién casada, quien la hija, y quien la enamorada de alguno de los labradores: ya tú sabes que nuestros campesinos acostumbran, cuando tienen que trasplantar algo, convertir la fatiga en placer, creyendo por antigua tradicion de sus abuelos y bisabuelos, que sin el *chasquido* de los vasos, los árboles no pueden echar sólidas raices en la tierra forastera.—Yo entre tanto me pintaba en el remoto porvenir un dia igual de invierno, cuando ya encanecido me arrastre paso á paso con mi bordon á confortarme con los

rayos del sol, tan querido de los viejos; saludando al salir de la iglesia los encorvados aldeanos, compañeros míos, en los días en que la juventud vigorizaba nuestros miembros; y complaciéndome con las frutas, que aunque tardías, habrán producido los árboles plantados por mi padre. Contaré entónces con trémula voz nuestras humildes historias á mis nietecillos y á los tuyos, ó á los de Teresa, que jugarán en rededor mio. Y cuando mis huesos frios duerman debajo del bosquecillo espeso y sombrío, tal vez en las tardes de verano al patético susurro de las hojas se unirán los suspiros de los ancianos padres de la villa, los cuales al son de la *campana de ánimas*, rezarán por la paz del espíritu del hombre honrado, y recomendarán su memoria á sus hijos. Y si acaso el fatigado segador viene á descansar de los calores de junio, exclamará mirando mi huesa: *él, él levantó estas frescas sombras hospitalarias.*

—◆—

NOVIEMBRE 20.

Muchas veces he empezado esta carta, pero el asunto iba demasiado largo; el hermoso día, la promesa de hallarme á tiempo en la villa, y la soledad,

—Te ríes?.....Antes de ayer y ayer me desperté proponiéndome escribirte, y en vez de eso me hallé, sin pensarlo, fuera de casa.

Llueve, graniza, truena: pienso resignarme á la necesidad, y aprovechar este dia de infierno escribiéndote.—Seis ó siete dias há, hicimos una peregrinacion. He visto la naturaleza mas hermosa que nunca. Teresa, su padre, Eduardo é Isabelita fuimos á visitar la casa del Petrarca en Arquá. Arquá dista, como tú sabes, cuatro millas de mi casa, y nosotros para acortar el camino tomamos la ruta de la cuesta. Despuntaba apenas el mas hermoso dia de otoño: parecia que la noche, seguida de las tinieblas y de las estrellas, huia del sol que salia con su inmenso esplendor por las nubes del oriente, como señor del universo; y el universo se sonreia. Las nubes doradas y pintadas de mil colores trepaban por la bóveda del cielo, que totalmente sereno parecia como abrirse para difundir sobre los mortales los cuidados de la Divinidad. Yo saludaba á cada paso la familia de las flores y de las yerbas, que poco á poco alzaban la cabeza, inclinada con el sereno. Los árboles susurrando suavemente hacian tremolar contra la luz las gotas transparentes del rocío, miéntras los vientecillos de la aurora enjugaban la escesiva hu-

medad á las plantas. Habrias oido una suave armonía esparcirse confusamente entre las selvas, los pajarillos, los ganados, los rios y las fatigas de los hombres; y yo en tanto respiraba el aire perfumado con las exhalaciones que la tierra, rebozando de placer, mandaba desde los valles y los montes al sol, ministro mayor de la naturaleza.—Yo me compadezco del desgraciado que puede despertarse mudo, frio, y mirar tantos beneficios sin humedecérsele los ojos con las caras lágrimas del reconocimiento. Entónces ví á Teresa en la mas bella ostentacion de sus gracias. Su aspecto, cubierto por lo regular de una dulce melancolia, se animaba de un gozo puro, vivo, que le salia del corazon; su voz estaba sofocada; sus grandes ojos negros, abiertos al principio en el estasis, se iban despues humedeciendo poco á poco; todas sus potencias parecian escitadas por la sagrada belleza de la campiña. En tanta plenitud de sensaciones, las almas se abren para verterlas en el ageno pecho: y ella se volvió á Eduardo....; Eterno Dios! parecia que él andaba á tientas en las tinieblas de la noche, ó en los desiertos abandonados por la sonrisa de la naturaleza. Le dejó de golpe, y se apoyó en mi brazo, diciéndome....pero, Lorenzo....por mas que yo procure, continuar, conviene que me

calle. Si pudiese pintarte su pronunciacion, sus modos, la melodia de su voz, su fisonomía celestial, ó transcribirte al menos todas sus palabras, sin cambiar ó dislocar una sílaba, seguramente que tú me darias las gracias; en vez de que ahora me mortifico á mí mismo. ¡Qué importa copiar imperfectamente un cuadro inimitable, cuya fama sola deja mas impresion que su miserable copia? No te parece que yo me asemejo á los traductores del divino Homero? Ya ves que me fatigo solo para desvanecer el sentimiento que me inflama, y destemplanle en una lánguida fraseologia.

Lorenzo, estoy cansado; el resto de mi relacion, mañana: el viento arrecia, no obstante, voy á tentar el camino; saludaré á Teresa en tu nombre.

Por vida de brios! tengo que proseguir la carta: á la puerta de la casa se ha formado un lago de agua que me estorba el paso; podia atravesarle de un salto...y despues? la lluvia no cesa: las doce han dado, y faltan pocas horas para la noche, que amenaza el fin del mundo. Por hoy, dia perdido. ¡Oh Teresa!

Soy infeliz! me dijo Teresa: y con estas palabras me atravesó el corazon. Yo caminaba á su lado en un profundo silencio. Eduardo se juntó con su padre, y ámbos nos precedian chacha-

reando. Isabelita venia por detras en brazos del hortelano.—*Soy infeliz!* yo habia concebido todo el terrible significado de estas palabras, y gemia dentro de mi alma, viendo delante de mí la víctima que debia sacrificarse á la preocupacion y al interes. Teresa conociéndolo tal vez, me embromó sobre la turbacion repentina de mi fisonomía. Alguna memoria tierna...me dijo sonriéndose. Yo no me atreví á responderla.

Estabamos junto á Arquá, y bajando por la pendiente pradera, se iban desapareciendo y perdiendo de vista los paisecillos que se veian esparcidos por los valles inferiores. Nos encontramos finalmente en una calle formada por un lado de álamos, que bamboleándose dejaban caer sobre nuestras cabezas las hojas marchitas, y sombreada por la otra parte de altísimas encinas, que con su opacidad magestuosa hacian contraposicion al ameno verde de los álamos. De trecho en trecho las dos filas de árboles opuestos se juntaban por medio de varios ramos de parras silvestres, las cuales encorvándose formaban otros tantos festones, blandamente agitados por el viento. Teresa entónces, parándose y mirando al rededor: ¡oh cuantas veces, prorrumpió, me he recostado sobre estas yerbas, y debajo de la sombra fresquísimas de estas encinas! El ve.

rano pasado venia amenudo con mi madre. Calló, y se volvió hácia atras, diciendo que queria esperar á Isabelita, que estaba pocos pasos distante; pero yo conocí que ella me habia dejado para ocultar las lágrimas que le inundaban los ojos, y que no podia contener mas. ¿Y dónde está, le dije, su madre de V? —Hace algunas semanas que vive en Padua con su hermana, lejos de nosotros, y tal vez para siempre. Mi padre la amaba; pero despues de su obstinacion en quererme dar un marido que yo no puedo amar, la concordia ha desaparecido de nuestra familia. Mi pobre madre, despues de haberse opuesto en vano á este matrimonio, se ha retirado por no tomar parte en mi eterna infelicidad. Yo entre tanto.....estoy abandonada de todos! Se lo he prometido á mi padre, y no quiero desobedecerle.....pero.....y me duele aun mas el que por mi causa nuestra familia se halle así desunida...., por mí.....paciencia!—Las lágrimas le llovian de los ojos. Perdóneme Vd., añadió, yo tenia necesidad de desahogar mi corazon angustiado. No puedo ni escribir á mi madre, ni tener jamás carta suya. Mi padre, fiero y absoluto en sus resoluciones, no quiere oirla nombrar: siempre me está replicando, que ella es la peor enemiga suya y mia. Mas yo conozco que no amo, ni amaré ja-

mas á este esposo, con el cual mi padre pretende.....—Imagínate, Lorenzo, mi estado en aquel momento. Yo no sabia ni confortarla, ni responderle, ni aconsejarla.—Por caridad, replicó, no me descubra Vd., se lo suplico: yo me he fiado de Vd: la necesidad de encontrar quien sea capaz de condolerse de mí....Una simpatía....yo no tengo sino á Vd. solo....—¡Oh ángel! sí, sí, ojalá pudiese yo con llorar eternamente evitarte tus lágrimas! Esta miserable vida mia es toda tuya: yo te la consagro; y la consagro á tu felicidad!

¡ Cuántos desastres, Lorenzo mio, en una sola familia! Ves obstinacion en el Sr. T.**, que por otro lado es un excelente sugeto; ama entrañablemente á su hija; frecuentemente la elogia y la mira con complacencia; y entre tanto le tiene la cuchilla sobre el cuello. Teresa me dijo algunos dias despues, que él, dotado de una alma ardiente, ha vivido siempre consumido de pasiones infelices; desconcertado en su economía doméstica por demasiada magnificencia; perseguido por aquellos hombres que en las revoluciones buscan su fortuna en la ruina de los demas, y temblando por sus hijos, cree asegurar la felicidad de su familia emparentándose con un *hombre de juicio*, rico y en expectativa de una herencia considerable. Quizá, oh! Lorenzo, tam.

bien ciertos humos.....y yo quisiera apostar ciento contra uno, que él no daría su hija á un hombre á quien faltase medio cuarto de nobleza : *el que nace patricio, muere patricio.* Tanto mas, cuanto que considera la opinion de su muger como una ofensa á su autoridad ; y este sentimiento tiránico le hace aun mas inflexible. No obstante tiene buen corazon ; y aquel aire sincero, y aquel acariciar siempre á su hija, y algunas veces compadecerla secretamente, muestran que él ve gimiendo la dolorosa resignacion de aquella pobre jóven....pero... —Y por esto, cuando yo veo que los hombres buscan por una cierta fatalidad las calamidades con una linterna, y que velan, sudan, lloran por fabricárselas dolorosísimas, eternas ; me desparramaria los sesos, temiendo no se me metiera en la cabeza semejante tentacion.

Te dejo, Lorenzo ; Miguel me llama á comer ; volveré á escribirte dentro de poco.

El mal tiempo se ha disipado, y hace la mas hermosa tarde del mundo. El sol deshace finalmente las nubes, y consuela á la triste naturaleza, difundiéndole un rayo sobre su húmeda faz : te escribo en el balcon, desde donde miro la eterna luz que se va poco á poco perdiendo en la estremidad del horizonte, radioso todo de fuego. El aire se va quedando

tranquilo, y la campiña, aunque encharcada y coronada solo de árboles deshojados, y sembrada de plantas marchitas, parece mas alegre que lo que estaba ántes de la tormenta. Así, oh! Lorenzo, disipa el desgraciado sus funestos cuidados con un solo rayo de esperanza, y engaña su triste suerte con aquellos placeres, á los cuales era enteramente insensible, cuando estaba en el regazo de la ciega prosperidad.—El dia en tanto me abandona; suena la campana de las oraciones; voy, pues, á completar mi narracion.

Proseguimos nuestra breve peregrinacion, hasta que descubrimos, blanquando de lejos, la casita que un tiempo hospedaba.

Al hombre grande, cuya fama encierra
El mundo apenas; por quien Laura tuvo
Honores celestiales en la tierra.*

Yo me acerqué allí como si fuera á postrarme sobre los sepulcros de mis padres, y semejante á aquellos sacerdotes que taciturnos y reverentes giraban por los bosques habitados de los dioses. La casa de aquel sacro italiano se está des-

**Quel grande allá cui fama é angusto il mondo,*

Per cui Laura ebbe in terra onor celesti.

moronando por la irreligion del que posee tanto tesoro. El viagero vendrá en vano desde lejanas tierras á buscar con admiracion devota la mansion, armoniosa todavia con los cantos celestiales del Petrarca. Llorará en vez, sobre un monton de ruinas cubierto de ortigas y de yerbas agrestes, entre las cuales la zorra solitaria habrá formado su guarida. ¡ Oh Italia ! aplaca los manes de tus grandes hombres.—Oh ! yo me acuerdo, estremeciéndose mi alma, de las últimas palabráas de Torcuato Tasso. Despues de haber vivido 47 años entre los sarcasmos de los cortesanos, el fastidio de los sabi-ondos, y el orgullo de los príncipes, ora encarcelado, y ora vagamundo, siempre melancólico, enfermo, indigente, yacia finalmente en el lecho de la muerte, y escribia exhalando el eterno suspiro : *no quiero quejarme de la malignidad de la fortuna ; por no decir de la ingratitud de los hombres : la cual ha querido por fin conseguir la victoria de conducirme á la sepultura méndigo.* ¡ Oh Lorenzo mio ! me suenan estas palabras siempre en el corazon ; siempre !

Entre tanto yo recitaba, pasito, con toda el alma llena de amor y de armonia la cancion : *Claras, frescas, dulces aguas ;* y la otra : *De pesar en pesar, de monte en monte ;* y el soneto : *Vamos, amor, á ver la gloria nuestra ;*

y cuantos otros versos mi memoria agitada supo sugerir á mi corazon.

Teresa y su padre se habian ido con Eduardo, el cual estaba revisando las cuentas al administrador de una posesion que tiene en estos contornos. He sabido despues que él está para irse á Roma, á consecuencia de la muerte de un primo suyo, y no se desembarazará muy pronto; porque habiéndose apoderado los otros parientes de los bienes del muerto, el negocio irá á los tribunales.

Cuando ellos volvieron, aquella buena familia de labradores nos preparó el almuerzo, despues del cual nos dirigimos hácia casa. Adios, adios. Tendria que contarte muchas otras cosas, pero à decirte la verdad, te escribo sin ganas. A propósito: me olvidaba decirte que á la vuelta Eduardo acompañó siempre á Teresa, y le habló largamente casi importunándola, y con cierto aire de autoridad. Por algunas palabras que pude entender, sospecho que la atormentaba por saber á todo trance de qué habiamos hablado. Conque ya ves que debo retardar mis visitas, lo ménos, lo ménos hasta que él se vaya.

Buenas noches, Lorenzo, Guárdate esta carta: cuando Eduardo se haya llevado consigo la felicidad, y yo no viere mas á Teresa, ni jugueteare mas sobre estas rodillas su inocente hermani.

ta; en aquellos dias de disgusto en que hasta el dolor nos es grato, releeremos estas memorias reclinados en la cuesta que mira á la soledad de Arquá, á la hora en que va desapareciendo el dia. El recuerdo de que Teresa fué nuestra amiga enjugará nuestro llanto. Hagamos acopio de sentimientos caros y suaves, que en los años de tristeza y persecucion que quizá nos quedan todavia, nos despierten la memoria de que no hemos vivido siempre en el dolor.

NOVIEMBRE 22.

Entre tres dias ya Eduardo se habrá ido. El padre de Teresa lo acompañará hasta la frontera. Me habia él propuesto que hiciera este viage consigo: pero yo le he dado las gracias; porque quiero absolutamente partir: iré.....á Padua. No debo abusar de la amistad del Sr. T.*.* y de su buena fé.—Acompañe Vd. bien á mis hijas, me decia esta mañana. Por lo que veo, él me reputa un Sócrates....yó? y con aquella angelical criatura, nacida para amar y para ser amada?...y tan desgraciada al mismo tiempo! Y yo que estoy siempre en perfecta armonía con los infelices; porque de veras que hallo un no sé qué de malo en el hombre próspero.

No sé cómo no se nota que yo hablando de su hija me confundo, me pongo balbuciente, cambio de color, y estoy como un ladrón delante del juez. En aquel instante me sumerjo en ciertas meditaciones, y blasfemia contra el cielo, viendo en este hombre tantas cualidades excelentes, echadas á perder todas por sus preocupaciones y por una ciega predestinación que lo hará llorar amargamente. Así entre tanto yo devoro mis días, quejándome de mis males y de los ajenos.

Y esto me disgusta: á veces me río de mí mismo, porque verdaderamente este corazón mio no puede sufrir un momento, un solo momento de calma. Con tal que él esté siempre agitado, poco le importa que los vientos le soplen contrarios ó propicios. Donde le falta el placer, recurre al instante al dolor. Ayer vino Eduardo á devolverme una escopeta que le habia prestado; no he podido verle partir sin echarle los brazos al cuello, sin embargo de que debia en verdad haber imitado su indiferencia, ya que tampoco era lá última despedida. No sé con qué nombre vosotros los sabios llamais al que obedece demasiado presto á su corazón; porque seguramente no es un héroe; pero ¿es acaso vil por eso? Aquellos que tratan de débiles á los hombres apasionados, se asemejan á aquel

médico que llamaba loco á un enfermo, solo porque le habia postrado la fiebre. Así oigo á los ricos tachar de culpa á la pobreza, por la sola razon de que no es rica. Pero -á mi me parece todo apariencia ; nada hay de real. . . . nada. Los hombres no pudiendo adquirir por sí mismos su propia estimacion y la de los otros, procuran elevarse, comparando aquellos defectos que por fortuna no tienen, con los que tiene su vecino. Mas el que no se embriaga, porque naturalmente aborrece el vino ¿merecerá el título de sobrio ?

¡ Oh tú que disputas tranquilamente sobre las pasiones ! si tus frias manos no encontrasen frio todo lo que tocan, si todo lo que entra en tu corazon de hielo no se helara inmediatamente ¿ crees tú que irias tan vanaglorioso con tu severa filosofia ? ¿ Pues cómo puedes raciocinar de cosas que no conoces ?

Por mí, dejo que los sábios se jacten de una infecunda apatía. He leído hace tiempo, no sé en qué poeta, que la virtud de aquellos es una masa de hielo que todo lo atrae á sí, y endurece cuanto se le arrima. *Ni Dios está siempre en su magestuosa tranquilidad, sino que se envuelve entre los aquilones, y pasèa con las borrascas.**

* *Este es un verso de la Biblia ; pero*

NOVIEMBRE 27.

Eduardo se fué....y yo me iré cuando vuelva el padre de Teresa. Buenos dias.

DICIEMBRE 3.

Esta mañana iba por un rato al pueblo, y estaba ya cerca de la casa del Sr. T* * * cuando me detuvo un lejano sonido de harpa. Oh ! ahora mismo me siento sonreír el alma, y discurre por toda mi máquina el deleite que entonces me infundía aquel sonido. Era Teresa. .—; Cómo puedo traerte à la imaginacion, oh ! celestial jóven, y ponerte delante de mí en toda tu belleza, sin la desesperacion del corazon ! Es cierto ! tu empiezas á beber los primeros sorbos del amargo caliz de la vida, y yo con estos ojos te verè infeliz, sin poderte aliviar sino llorando !....yo ; yo mismo te deberé aconsejar por piedad que te conformes con tu desgracia.

Ciertamente, yo no podria ni asegurarme ni negarme á mí mismo que la amo ; pero si acaso, si acaso..... en ver-

no he podido encontrar fijamente de donde está sacado.

dad que no es sino con un amor incapaz de un solo pensamiento: Dios lo sabe.

Yo me detuve allí mismo, sin pestañar, con los ojos, los oídos y los sentidos todos atentos para divinizarme en aquel lugar, en donde la vista de los otros no me obligara á avergonzarme de mis transportes. Ahora, ponte en mi corazón cuando yo oía cantar á Teresa aquella estrofitita de Sapho, traducida por mí, con las otras dos odas; únicos restos de las poesías de aquella amorosa joven, inmortal como las musas. Saltando de un brinco encontré á Teresa en su gabinete sobre la misma silla en que la ví el primer día, cuando pintaba su retrato. Estaba vestida de blanco sin estudio; el tesoro de sus cabellos rubísimos esparcido sobre las espaldas y sobre el pecho, sus divinos ojos nadando en placer, asomada á su cara una suave languidez, su brazo de rosas, su pié, sus dedos harpeando blandamente... todo, todo era armonía: y yo sentía una cierta delicia en contemplarla. Aunque Teresa pareció confusa viendo de repente á un hombre que la miraba así desprendida, y yo mismo empezaba dentro de mí á acusarme de inoportunidad y de grosería; sin embargo, ella prosiguió, y yo desterré todo deseo, excepto el de adorarla y oirla. No sé de-

cirte, mi querido amigo, en que estado me hallaba yo; solo sé que yá no sentia el peso de esta vida mortal.

Se levantó sonriéndose, y me dejó solo: entonces yo volví en mí poco á poco, apoyé la cabeza sobre aquella harpa, y mi rostro se iba bañando en lágrimas.... Oh! me he sentido un poco libre.

PADUA, DICIEMBRE 7.

No lo sé; pero temo que me hayas cogido la palabra, y te hayas manejado en cuanto era posible para echarme de mi dulce retiro. Ayer vino Miguel á avisarme de parte de mi madre que estaba ya listo el alojamiento en Pàdua, donde yo habia dicho la otra vez (de veras que apenas me acuerdo) que queria mudarme al abrirse la universidad. Es verdad que habia jurado venir; y te lo he escrito; pero esperaba al Sr. T* *, que aun no ha vuelto. Por lo demas, he hecho bien de aprovechar el momento de mi vocacion, y he abandonado mis Collos, sin decir Adios á alma viviente. De otro modo, á pesar de tus sermones y mis propósitos, no habrian salido jamás: y te confieso que me siento una cierta amargura en el corazon, y que muchas veces me asalta la tentacion de vol.

verme:—Ahora bien, en suma; héme aquí en Pádua ; y pronto á hacerme un sabiazo, para que tú no vayas siempre predicando *que yo me pierdo en locuras*. Por otra parte, cuidado no te me quieras oponer cuando me diere la gana de irme ; porque tú sabes que yo he nacido espresamente inepto para ciertas cosas....mayormente cuando se trata de vivir con aquel método de vida que exigen los estudios, á costa de mi paz y de mi génio libre, ó di (que yo te lo perdono) de mi capricho. Entre tanto da las gracias á mi madre, y para minorarle el disgusto procura profetizar, como si la cosa saliese de tí, que yo aquí no hallaré cuarto por mas de un mes....ó poco mas.

PADUA, DICIEMBRE 11.

He conocido la muger del patricio M*, que abandona los tumultos de Venecia y la casa de su indolente marido, para pasar gran parte del año en Pádua. Lástima ! Su juvenil belleza ha perdido yá aquella vergonzosa ingenuidad, única que difunde las gracias y el amor. Bastante sábia en la femenil galantería, procura agradar solo por conquistar ; á lo ménos así juzgo. Sin embargo, quien sabe !...ella està gustosa conmigo, mur-

mura en voz baja muchas veces, y sonríe cuando la alabo; tanto mas, cuanto que ella no se nutre, como las otras, de aquella ambrosía de frialdades, llamadas *chistes y agudezas de ingenio*, indicios siempre de un ánimo maligno. Sóbete que ayer noche, arrimando su silla á la mia, me habló de algunos de mis versos, y metiéndonos de una en otra palabra á charlar de poesía, no sé cómo, nombré cierto libro, que ella me pidió. Prometí llevárselo yo mismo esta mañana. Adios: la hora se acerca.

(*Son las dos.*)

El page me señaló un gabinete, donde apenas habia entrado me salió al encuentro una muger de unos 35 años, graciosamente vestida, y que yo jamás la habria tenido por camarista, si ella misma no se me hubiera descubierto diciéndome: la señora está todavía en cama, al momento saldrá. Una campanilla la hizo correr al cuarto contiguo, donde estaba el tálamo de la diosa, y yo me quedé calentándome en la chimenea, considerando, ya una Danae pintada sobre ella, ya los cuadros de que estaban llenas las paredes, y ya algunas novelas francesas, ~~tiradas~~ por aquí y por allí. En esto las puertas se abrieron, y sentí el aire perfumado de improvisó con

quíntas esencias; ví á madama toda muelle y como de madrugada, entrar muy de prisa y casi tiritando de frio, y abandonarse sobre una silla de brazos, que la doncella le preparó junto al fuego. Me saludó con ciertas miradas.... y me preguntó sonriéndose si me habia olvidado de la promesa: yo entonces le dí el libro; observando con admiracion que no estaba vestida sino con una larga y fina camisa, la cual no estando ceñida caia sueltamente, dejando desnudas las espaldas y el pecho, que por otra parte estaba voluptuosamente defendido con una blanca piel en que ella estaba envuelta. Su pelo aunque apriornado con un peine, acusaba el sueño reciente; porque algunas trenzas posaban sus rizos ora sobre el cuello, ora hasta dentro del seno, como si aquellas pequeñas listas negrísimas debieran servir al ojo inesperto de guia; y otras cayendo desde la frente le cargaban los párpados; ella de cuando en cuando alzaba los dedos para separarlas, y á veces para envolverlas y asentarlas mejor con el peine; mostrando de este modo, tal vez de intento, un brazo blanquísimo y torneado, descubierto por la camisa, que al levantar la mano se caia hasta mas allá del codo. Recostándose sobre un tronito de almohadas, se volvía con impaciencia á su perrito, el cual

se le arrimaba y huía, y corriendo el lomo, sacudiendo las orejas meneando la cola: yo me senté en una sillita que habia aproximado la doncella, que yá se habia retirado. El adulador animalito, jugueton, mordiéndole y descomponiéndole con las patitas la guarnicion de la camisa, dejaba ver una linda chinela de seda de un rosado claro, y poco despues un piesecito descubierto hasta el tobillo; un piesecito ¡oh, Lorenzo! semejante al que el Albano pintaria á una gracia que saliese del baño. Oh!...si hubieras tú visto como yo á Teresa en la misma actitud junto al fuego, tambien recién levantada de la cama, tambien descuidada, tambien..... —Trayendo á la imaginacion aquella venturosa mañana, me acuerdo que no me habria atrevido á respirar el aire que la circundaba, y todos, todos mis pensamientos se unian reverentes y tímidos, solo para adorarla:—y seguramente algun génio benéfico me presentó la imagen de Teresa, porque yo no sé cómo, tuve el arte de mirar con una contenida sonrisa yá á la bella, despues al pernillo, y luego el cogin donde posaba el gracioso pié; mas el gracioso pié habia desaparecido entre tanto. Me levanté pidiéndola perdon de haber escogido una hora importuna, y la dejé como arrependida; porque de alegre y cortez se

he beneficiado á quien me
 ha ofendido, y tal vez he llorado á quien
 ha vendido. Pero las heridas hechas
 mi honor.... Lorenzo, debian ser ven-
 gadas. No sé lo que te habrán escrito,
 ni me importa el saberlo. Pero cuando
 se me presentó aquel desventurado, aun-
 que hacia tres años casi que no le veia,
 me sentí arder todos los miembros; y no
 obstante me contuve. ¡ Pero debia él con
 nuevos sarcasmos exasperar mi antigua
 indignacion? Yo rugia aquel dia como un
 leon, y me parecia que lo habria des-
 pedazado, aunque lo hubiese encontra-
 do en el santuario. Dos dias despues el
 cobarde evitó el camino del honor que
 yo le habia presentado, y todos grita-
 ban juntos en mi contra, como si yo
 hubiera debido tragarme pacíficamente
 una injuria de parte del mismo, que an-
 teriormente me habia comido la mitad
 del corazon. Esta galante gentalla afecta
 generosidad, porque no tienen el corage
 de vengarse abiertamente; pero quien
 viera los puñales nocturnos, y las ca-
 lumnias y las intrigas!!! Por otra parte,
 yo no lo he provocado. Yo le dije: vos
 teneis brazos y pecho igual al mio, y
 yo soy mortal como vos. El lloró y gri-
 tó: y entónces la ira, esa ~~ira~~ que me
 domina! empezó á amanzarse; porque su
 envilecimiento me recordó que el valor
 no debe dar derecho para oprimir al de-

bil. Pero ¿debe por eso el débil provocar á quien sabe tomar venganza? Creeme, se necesita una estúpida bajeza, ó una filosofía sobre-humana para perdonar á un enemigo, que tiene la cara impudente, el alma negra y la mano trémula.

Entre tanto, esta ocasion ha desenmascarado á todos estos señorones que me juraban tanta amistad, que se maravillaban de cada palabra mia, y que á cada hora me ofrecian su bolsa y su corazon. Sepulturas! bellos mármoles y pomposos epitafios! mas si los abres hallas dentro gusanos y hediondez. Pienzas tú, Lorenzo mio, que si la adversidad nos redujese á mendigar el pan, habria alguno que se acordara de sus promesas? O! ninguno, ó solo algun astuto que con sus beneficios quisiera comprar nuestro envilecimiento: amigos en la bonanza, te niegan en las borrascas. Para estos todo es cálculo en el fondo; por lo que si hay alguno en cuyas entrañas hiervan las generosas pasiones, ó debe sofocarlas, ó refugiarse como las águilas y la fieras magnánimas, en los montes inaccesibles y en los bosques, lejos de la envidia y de la venganza de los hombres. Las almas sublimes se pasean sobre las cabezas de la multitud, que ultrajada por su grandeza procura encadenarlas ó burlarlas, y llama locu-

ras las acciones, que ella sumida en el fango, no puede admirar ni conocer.— No hablo por mí; pero cuando pienso en los obstáculos que opone la sociedad al genio y al corazón del hombre, y como en los gobiernos licenciosos ó tiránicos todo es intriga, interes y ficcion, me arrodillo à dar gracias á la naturaleza, que dotándome de esta índole enemiga de toda esclavitud, me ha hecho vencer la fortuna y me ha enseñado á elevarme sobre mi educacion. Sé que la primera, la única, la verdadera ciencia es la del hombre, la cual no se puede estudiar en la soledad ni en los libros; y sé que cada uno debe prevalerse de su fortuna ó la de los otros, para caminar con algun apoyo sobre los precipicios de la vida. Enhorabuena: por mi parte temo ser engañado por quien sabe instruirme, precipitado por la misma fortuna que podria elevarme, y estropeado por la mano que tiene la fuerza de sostenerme...

.....

(*Falta otra hoja.*)

.....

.....si yo fuese nuevo; pero he sentido fieramente todas las pasiones; ni podria jactarme de estar intacto de todos los vicios. Es verdad que ningun vicio me ha vencido jamas, y que en esta ter-

restre peregrinacion he pasado de imprevisto de los jardines á los desiertos : mas confieso al mismo tiempo que mis raptos nacióron de un cierto desden orgulloso , y de la desesperacion de no encontrar la gloria y la felicidad que desde mis primeros años ansiaba. Si yo hubiera vendido la confianza, renegado de la verdad, traficado con mi ingenio, ¿crées tú que no viviria mas lleno de honores y mas tranquilo ! Pero los honores y la tranquilidad de mi siglo viciado ¿merecen acaso adquirirse con el sacrificio del alma? Quizá mas que el amor á la virtud, el temor á la bajeza me ha precavido muchas veces de aquellas culpas que se respetan en los poderosos, y se toleran en los mas; pero que, para no dejar sin víctimas el cimulacro de la justicia, se castigan en los miserables. No: no hay fuerza humana, ni prepotencia divina que me haga representar en el teatro del mundo el papel de pícaro pequeño. Para velar las noches en el gabinete de las hermosuras mas ilustres, yo sé que conviene profesar libertinage; porque quieren mantener su reputacion con los que sospechan que tienen todavia pudor. Y mas de una me enseñó las artes de la seduccion, y me animó á engañar; y yo habria tal vez engañado y seducido; mas el placer que esto me prometia, llegaba amarguísimo

adentro de mi corazón, el cual no ha sabido jamás hacer paces con los tiempos, ni alianza con la razón. Por eso tu me has oído tantas veces exclamar: *que todo depende del corazón*; del corazón, que ni los hombres, ni el cielo, ni nuestros mismos intereses pueden cambiar jamás.

En lo más culto de Italia y en algunas ciudades de Francia he buscado ansiosamente *ese gran mundo*, que yo oía engrandecer con tanto énfasis: pero en todas partes he encontrado vulgo de nobles, vulgo de literatos, vulgo de hermosuras, y todos necios, bajos, malignos; todos. Me han evitado entre tanto aquellas pocas personas que viviendo despreciadas entre el pueblo y meditando en la soledad, conservan elevados los caracteres de su índole no refinada aun. Mientras, yo he corrido de acá para allá, y de arriba para abajo, como las almas de los tontos arrojadas por Dante á las puertas del infierno, por no ser dignas de estar entre los perfectos condenados. En todo un año ¡sábese lo que recogí? Chanzas, vituperios y aburrimento mortal.—Y aquí, desde donde yo miraba lo pasado temblando, y me creía ya seguro en el puerto; el demonio me arrastra á semejantes malos ratos.

Con que ya tu ves que debo dirigir los ojos al rayo de salud, que el acaso

propicio me ha presentado. Pero por Dios no me echés tu acostumbrado sermón. ¡*Jacobo, Jacobo! esa tu indocilidad te vuelve misántropo.* ¡Y te parece que si yo odiase á los hombres, me condolería, como lo hago, de sus vicios? Yá que no sé reirme de ellos, y temo perderme, juzgo mejor partido la retirada. Y ¡quién me asegura contra el odio de esta raza de hombres tan diversa de mi? Ni vale el disputar para descubrir por quien está la razón; no lo sé ni pretendo ser yo solo quien la tenga. Lo que importa es (y tú en esto convienes,) que esta índole mia franca, firme, leal, ó mas bien, mal-criada, agreste, imprudente, y la religiosa etiqueta que viste de una misma divisa todas las estremidades de las costumbres de aquellos, no se avienen entre sí: y en verdad, no me siento con humor de cambiar de hábitos. Es, pues, desesperada para mí hasta la trégua; mas bien estoy en guerra abierta: y la derrota es inminente; pues que ni aun se combatir con la máscara del disimulo, *virtud* de bastante crédito y de mayor provecho. Hé aquí mi gran presuncion! Yo me reputo menos feo que los otros, y me deñó por lo tanto de disfrazarme; al contrario, bueno ó malo, segun sea, tengo la generosidad, ó si quieres, la desfachatez, de presentarme des-

nudo y casi casi como me hizo la madre naturaleza. Y si alguna vez me digo á mí mismo: ¡piensas tú que la verdad en tu boca es menos temeraria? yo no infiero de esto que seria loco, si habiendo hallado en mi soledad la tranquilidad de los beatos que se arroban en la contemplacion del sumo bien, y por....*por evitar el peligro de enamorarme*, (hé ahí tu misma espresion) me abandonase á discrecion de esta chusma ceremoniosa y maligna.

◆◆◆◆◆

PADUA, DICIEMBRE 3.

Este descomulgado pais me atormenta el alma aburrida de la vida: tú puedes regañarme á tu gusto; en Pádua no sé que hacerme; ¡si me vieras con qué cara chupada estoy aquí bobeando, y pasando mil fatigas para empezarte esta mezquina carta! El padre de Teresa ha vuelto á los Collados-Eugáneos, y me ha escrito: le he respondido anunciándole mi vuelta, y me parecen mil años.

Esta Universidad (como serán seguramente todas las universidades de la tierra) se compone en general de profesores orgullosos y enemigos de sí, y de estudiantes disipadísimos. ¡Sabes por qué entre la turba de doctos los hom-

bres completos son tan raros? Aquel instinto inspirado de lo alto, que constituye el *Génio*, no vive sino en la independencia y en la soledad, cuando los tiempos impidiéndole obrar solo, le dejan escribir. En la sociedad se lee mucho, no se medita, y se copia; hablando siempre, se evapora aquella bilis generosa que hace sentir, pensar y escribir fuertemente: por farfullar muchas lenguas, farfullamos tambien la propia; ridículos á un tiempo para los extranjeros y para nosotros mismos: dependiendo de los intereses, de las preocupaciones y de los vicios de los hombres entre quienes se vive, y guiados por una cadena de deberes y de necesidades, se confia a la multitud nuestra gloria y nuestra felicidad: se palpa la riqueza y el poder, y se teme hasta el ser grande; porque la fama aumenta los perseguidores, y la elevacion de ánimo se hace sospechosa á los gobiernos: los príncipes quieren hombres que no puedan ser jamás ni heroes, ni ínclitos facinerosos. Y el que en tiempos de esclavitud es pagado para instruir, rara vez ó nunca se sacrifica á la verdad y á su sacrosanto instituto; de aquí aquel aparato de las lecciones catedráticas, las cuales hacen difícil la razon y sospechosa la verdad.—Sino que yo por otra parte me figuro que todos los hombres

son otros tantos ciegos que viajan á tientas, y algunos de ellos se abren los parpados con trabajo, imaginándose distinguir las tinieblas, entre las cuales deben caminar tropezando. Mas esto sea como no dicho.... Hay ciertas opiniones que podrian disputarse solamente con aquellos pocos, que miran las ciencias con el soslayo con que Homero miraba las gallardias de las ranas y de los topos.

A propósito: ¿quienes darme gusto una vez? Pues que hay comprador, vende todos mis libros en cuerpo y alma. ¿Qué he de hacer de cuatro mil y mas volúmenes que ni sé, ni quiero leer? Guárdame aquellos pocos que verás anotados al márgen de mi puño. ¡Oh, cuánto me afanaba en un tiempo gastando con los libreros todo lo mio! Pero esta locura no se me ha pasado sino para dar lugar quizas á otra. El dinero dalo á mi madre. Procurando remunerarla de tantos gastos—yo no sé cómo, mas en verdad que acabaria con un tesoro.—Este partido me ha parecido el mas corto. Los tiempos se están poniendo cada vez mas calamitosos, y no es justo que por mi causa, aquella pobre señora pase desgraciadamente la poca vida que aun le resta. Adios.

COLLADOS—EUGANEOS ENERO 3, 1793.

Perdona ; te creia mas sábio.—El género humano es ese monton de ciegos que ves evitarse, empujarse, pelearse y tropezar ó desbaratarse contra la inexorable fatalidad. ¿ De qué sirve, pues, seguir ó temer lo que te debe suceder ?

¿ Me engaño ? La prudencia humana puede romper esa cadena invisible de casos y de infinitos mínimos accidentes, que nosotros llamamos destino ? Que así sea : mas ¿ puede ella con esto tender segura la vista entre las sombras del por-venir ? Oh ! tú me exhortas nuevamente á que huya de Teresa ; y ¿ no es lo mismo que decirme ; abandona lo que te hace grata la vida ; tiembla de lo malo, y ar-tójate á lo peor ? Pero supongamos que yo, temiendo prudentemente el peligro, debiese cerrar el alma á toda vislumbre de felicidad, ¿ toda mi vida no se pareceria á las austeras jornadas de esta nebulosa estacion, que nos hacen desear poder no existir, mientras ellas infestan á la naturaleza ? Vamos, dí la verdad, Lorenzo ; ¿ cuanto mejor seria que parte al menos de la mañana fuese vivificada con los rayos del sol, aunque fuera á costa de que la noche arrebatase el dia por la tarde ? Si yo debiera hacer siempre la guardia á este mi prepotente corazon,

estaria en eterna guerra conmigo mismo, y sin provecho. Me echo, pues, à cuerpo muerto, y vaya como fuere.—Entre tanto yo—

Siento mi antiguo céfiro, y las dulces Colinas veo aparecer.*



ENERO 10.

Eduardo espera concluir su asunto en un mes; así lo escribe: volverá, pues, cuando mas tarde, en la primavera. Entonces sí, para el principio de abril crearé racional el irme....entonces.



ENERO 19.

¡ Humana vida ? sueño ; engañoso sueño, del cual, no obstante, hacemos tanto caso, como las mugerzuelas que ponen su ventura en las supersticiones y en los agüeros ? Mira : aquello á que estienes ávidamente la mano, quizas es

**Sento l' aura mia antica, ei dolci colti*

Veggio apparir !....

PETRARCA.

una sombra, que mientras es grata para tí, es para otro enfadosa. Consiste, pues, toda mi felicidad en la vana apariencia de las cosas que me circundan; y si busco algo de real, ó vuelvo á engañarme, ó vago atónito y asustado en la nada! No sé... pero por mi parte temo que la naturaleza haya constituido á nuestra especie, como el menor anillo pasivo de su incomprensible sistema; dotándola de tanto amor-propio, para que el sumo temor y la suma esperanza, creándonos en la imaginación una serie infinita de males y de bienes, nos hubieran siempre ocupado de esta existencia breve, dudosa, infeliz. Y mientras nosotros servimos ciegamente á sus fines, ella se rie de nuestro orgullo, el cual nos hace pensar que el universo ha sido criado solo para nosotros, y que solo nosotros somos dignos y capaces de dar leyes á todo cuanto existe.

Andaba poco ántes perdido por el campo, encapotado hasta los ojos, observando el desaliño de la tierra sepultada bajo la nieve, sin yerba ni hoja que atestiguará sus pasadas riquezas. Ni podían mis ojos fijarse por largo tiempo sobre las espaldas de los montes, cuyos vértices estaban metidos en una negra nube de helada niebla, que se desplomaba para aumentar el luto del aire frío y tenebroso. Y me parecía ver disolverse aque-

llas nieves, y precipitarse en torrentes que inundaban la llanura, arrastrando impetuosamente plantas, ganados, cabañas, y esterminando, en un dia, las fatigas de tantos años y las esperanzas de tantas familias. Vislumbraba de cuando en cuando un rayo de sol, que aunque vencido por la niebla, dejaba no obstante ver que solo à merced suya, no quedaba el mundo dominado por una perpetua noche profunda. Yo volviéndome hácia aquella parte de cielo que blanqueando mantenía aun el rastro de su esplendor: ¡oh sol, dije; todo cambia aquí abajo! Dia vendrá en que Dios retire sus miradas de tí, y tú tambien caerás en el vacío antiguo del caos: y entonces yá no mas cortejarán las nubes tus rayos descendentes; ni mas entonces con guirnaldas de celestiales rosas el alba vendrá, ceñida por un rayo tuyo sobre el Oriente, á anunciar que te levantas. Goza en tanto de tu carrera! Solo el hombre no goza de sus dias; y si alguna vez le es dado pasearse por los floridos prados de abril, debe siempre temer el aire abrasador del estío, y el hielo mortal del invierno.

ENERO 22.

Así va, querido amigo :—Estaba en mi hogar al fuego donde algunos aldeanos de los contornos se reúnen en círculo para calentarse, contándose alternativamente sus nuevas y antiguas aventuras. Entró una muchacha descalza, mal-traida, y volviéndose al hortelano le pidió limosna para la pobre vieja. Mientras ella estaba calentándose al fuego, él le preparaba dos haces de leña y dos panes ordinarios. La aldeana los tomó, y saludándonos se fué. Salí yo también, y sin pensarlo la seguí, pisando detras de sus huellas la nieve. Al llegar á una escarcha de hielo se detuvo, buscando con los ojos otro camino, y yo alcanzándola : vas muy lejos, muchacha, la dije.—Media milla no mas, señor.—Me parece que los haces te pesan demasiado; deja que yo también te lleve uno.—Los haces no me pesarian tanto, si pudiese sostenerlos sobre los hombros con los dos brazos; pero estos panes me estorban.—Pues bien yo llevaré los panes.—No respondió; pero se puso colorada y me alargó los panes que yo me coloqué debajo del capote. A poco rato entramos en una cho-cita, en medio de la cual estaba sentada una viejita con un anafe entre los pies lleno de brasas, sobre las cuales esten-

dia las manos apoyando las muñecas en la estremidad de las rodillas —Buenos dias , madre.—Buenos dias —Como está V. mamá?—Ni á esta ni á otras diez preguntas me fué posible sacarle respuesta alguna , porque ella atendia á calentarse las manos, alzando los ojos de cuando en cuando como para ver si ya nos habiamos ido. Dejamos entre tanto aquellas pocas provisiones : y á nuestros saludos y á las promesas de volver al otro dia, la vieja no respondió , sino otra vez casi por fuerza : buenos dias.

Volviendo á casa la aldeanita me contó que aquella muger á pesar de sus ochenta y tantos años , y de una vida molestísima ; porque á veces sucedia que los temporales impedian á los aldeanos llevarle la lismona que recogian , de modo que se veia á punto de perecer de hambre ; todavia temblaba de la idea de morirse, y masticaba siempre sus oraciones para que el cielo la conservase aun viva. Despues he oido decir á los viejos del distrito , que hace muchos años mataron de un balazo á su marido , de quien tuvo hijos é hijas ; y de estos yernos , nueras y nietos, que ella vió perecer todos, y caerle uno tras de otro á sus pies, en el año memorable del hambre.—Y todavia , querido amigo , ni los pasados , ni los presentes males la matan , y anhela todavia por una vi-

da que nada siempre en un mar de dolor.

¡ Conque tantos afanes sitiannuestra vida, que para mantenerla, ay! se necesita nada menos que un ciego instinto prepotente, el cual (aunque la naturaleza nos ofrezca medios de libertarnos de él) nos fuerza muchas veces á comprarla con el envilecimiento, con el llanto y tal vez aún con el delito !!!

A TERESA.

FEBRERO 9.

Héme aquí siempre contigo. Van ya cinco dias que no puedo verte, y todos mis pensamientos se consagran á tí sola, á tí, consoladora de mi corazon. Es verdad; yo no te puedo hacer feliz. Aquel genio mio de que te hablo muchas veces, me conducirá al sepulcro por la via de las lágrimas. Yo no puedo hacerte feliz....y se lo decia esta mañana á tu padre, que estaba sentado junto á mi cama, y se sonreia de mis melancolias: yo le confesaba que fuera de tí, nada lisongero, nada grato me queda en esta pobre vida. Todo es locura, mi dulce amiga, todo: demasiado! Cuando este blando sueño mio terminare, cuando los hombres y la fortuna te arrebataren á

estos ojos, yo echaré el telon : la gloria, el saber, la juventud, las riquezas, todo, fantasmas que han figurado hasta ahora en mi comedia, nada me importan yá: echaré el telon, y dejaré que los hombres se afanen por huir de los dolores de una vida, que á cada minuto se acorta, y que no obstante, esos miserables querian persuadírsela interminable. Adios. Adios. Dan las doce de la noche : á pesar de mi frio yo me habia puesto envuelto todo en pieles junto á la chimenea, que despedia aun sus últimas llamaradas, para responder dos renglones á mi madre, y sin pensarlo he escrito una carta larga : larga, y tan melancólica como esta ! ¡Qué diferencia de mi esquela de ayer, que era alegre como Isabelita cuando se sonrie !* y ahora si yo prosiguiese intentaría en vano apartarme de mi acostumbrado sermon. Buenas noches.—Oh ! yo estoy yerto ; el fuego me ha dejado ; porque conocia que yo no me preparaba á dejarle.

ABRIL 3.

Cuando toda el alma está absorta en una especie de beatitud, nuestras de-

**Esta esquela se ha perdido, como otras muchas cartas.—EL EDIT.*

biles facultades, oprimidas por la suma del placer, se vuelven casi estúpidas, mudas é incapaces de trabajar. Que si yo no hiciera una vida de santo, te escribiria con un poco mas de frecuencia. Cuando las desgracias agravan el peso de la vida, nosotros corremos á participarselas á algun infeliz; y él se conforta con saber que no es él solo condenado á las lágrimas. Mas si nos vislumbra algun momento de felicidad, nos concentramos todos en nosotros mismos, temiendo que nuestra dicha participándose se pueda disminuirse; ó el orgullo nuestro solo nos aconseja llevarla en triunfo. Y despues de todo, el que sabe describir muy menudamente su propia passion, alegre ó triste, la siente muy poco.

En tanto toda la naturaleza se está poniendo hermosa....tan hermosa, tan linda como debia haber estado cuando naciendo por la primera vez del informe abismo del caos, mandó por delante á la risueña aurora de abril; y esta abandonando sus rubios cabellos en el Oriente, y circundando poco á poco despues con su rosado manto al universo, difundió benéfica los frescos rocios y despertó el aliento virginal de los vientecillos, para anunciar á las flores, á las nubes, á las aguas y á todos los seres que la saludaban, la presencia del sol: del sol! su-

blime imagen de Dios, y luz, alma y vida de todo lo criado.

ABRIL 6.

Es verdad; sí: esta imaginacion misma me pinta tan realmente la felicidad que deseo, que me la pone delante de los ojos, y voy ya á tocarla allí con la mano, y solo me faltan muy pocos pasos....
¿y despues? Mi infeliz corazon la vé desaparecer, y llora como si perdiera un bien poseido por mucho tiempo. Mas todavia.....—El le escribe que las intrigas forenses le causaron demoras al principio, y que despues la revolucion ha interrumpido por algunos dias el curso de los tribunales: añade á esto el interes que sofoca todas las otras pasiones, un amor nuevo quizas....pero tú dirás y todo eso ¿qué importa? Nada, querido Lorenzo: no quiera Dios que yo me prevalga de la frialdad de Eduardo; pero no sé como pueda estar un dia mas ausente de ella! ¿Con qué iré cada vez mas alucinándome, para tragar despues la bebida mortal que me habré preparado yo mismo?

ABRIL 11.

Ella estaba sentada sobre un sofá junto á la ventana de las colinas, observando las nubecillas que se paseaban por la amplitud del cielo. Mirad, me dijo, aquel azul profundo!—Yo estaba á su lado mudo, mudo, con los ojos fijos en su mano, que tenia entrecerrado un librito —Yo no sé como.....mas no me apercibí que la tempestad empezaba á tronar, y el Septentrion aterraba las plantas mas tiernas. ¡ Pobres arbustillos! exclamó Teresa. Me estremecí. Se condensaban las tinieblas de la noche, que los relámpagos hacian mas negras. Diluviaba, tronaba.—Poco despues ví las ventanas cerradas, y las luces en la sala. El criado haciendo lo que acostumbraba todas las noches, y temiendo el mal tiempo, vino á arrebatarnos el espectáculo de la naturaleza enojada; y Teresa que estaba pensativa no lo advirtió, y le dejó que lo hiciera.

Le quité el libro de la mano, y abriéndole casualmente leí :

„La tierna Gliseria dejó en estos mis
„labios el último suspiro! Con Gliseria
„he perdido todo cuanto podia perder.
„Su huesa es el único palmo de tierra
„digno de llamarle mio. Ninguno sino yo
„sabe el lugar. La he cubierto de altos

„rosales que florecen como un dia flore-
 „cia su cara, y difunden la fragancia sua-
 „ve que esparcia su seno. Todos los
 „años en el mes de las rosas visito el
 „sacro bosquecillo: me siento sobre aquel
 „monton de tierra que conserva sus hue-
 „sos, cojo una rosa, y me estoy me-
 „ditando: *así tú florecias en un tiem-
 „po!* Y deshojo aquella rosa, y la des-
 „parramo, y me acuerdo del dulce sue-
 „ño de nuestros amores. ¡Oh, Gliseria
 „mia! ¡dónde estas tú?..... una lágrima
 „cae sobre la yerba que brota en su se-
 „pultura, y apaga la sombra amorosa.”

Callé.—¡Por qué no leéis? me dijo
 ella suspirando y mirándome. Yo releía,
 y volviendo á proferir nuevamente: *así
 tú florecias en un tiempo.....* mi voz so-
 focada se detiene, y una lágrima de Te-
 resa cae sobre mi mano, que le aprieta
 la suya.

ABRIL 17.

¡Te acuerdas de aquella jovencita que
 cuatro años há correteaba al pié de es-
 tas colinas? Estaba enamorada de nues-
 tro Olivo P*.*, y yà tú sabes que ha-
 biendo empobrecido éste, no pudo te-
 nerla por esposa. Hoy la he vuelto á
 ver casada con un noble pariente de la
 familia T*.*. Pasando por sus posesio-

nes, vino á visitar á Teresa. Yo estaba sentado en el suelo, atento á la plana de mi Isabelita, que escribía el *abecedario* sobre una silla. Así que la ví, me levanté corriéndole al encuentro casi casi para abrazarla:—¡qué diferente! Sostenida, afectada, se esforzó primero en conocerme, y despues se hizo la admirada, masticando un cumplimiento medio á mí; medio á Teresa..... y yo apuesto que lo habria aprendido de memoria, y que mi presencia imprevista la desconcertó. Charló de joyas, de cintas, de diges y de escofias. Con náuseas yo de tantas vaciedades, tenté su corazon, recordándole estas campiñas y aquellos dias felices ah, respondió desatentamente, y prosigió disecando el ultramontano *trabajo* de sus aretes. El marido entre tanto (porque entre el pueblo de los pigmeos ha entrampado la fama de *sabio* como Arriá::: y....* *), engastando su pulcro *hablar* toscano en mil frases francesas ensalzaba el precio de aquellas tonterías, y el buen gusto de su esposa. —Estaba yá para tomar mi sombrero; pero una mirada de Teresa me hizo estar quieto. La conversacion vino poco á poco á caer sobre los libros que leíamos en el campo. Entonces habrias oido al señoron tegernos el panegírico de la *prodigiosa* biblioteca de sus mayores, y de la coleccion de todas las ediciones

de los historiadores antiguos, que él en sus viages habia tenido el trabajo de *completar*. Yo me reia, y él proseguia su leccion de títulos ó frontispicios. Cuando Dios quiso, volvió un criado que habia ido en busca del S. T* * à avisar á Teresa que no le habia podido encontrar, porque habia ido á cazar por las montañas ; y la leccion se interrumpió. Pregunté á la señora noticias de Olivo, á quien despues de sus desgracias yo no habia vuelto á ver. Imagínate como me quedaria cuando oi que friamente me respondió su antigua amante : ha muerto. —Ha muerto ! exclamé poniéndome de pié y observándola atónito. Describí luego á Teresa la brillante índole de aquel jóven sin igual, y su enemiga fortuna que lo redujo á combatir con la pobreza y con la infamia ; y murió no obstante, libre de tachas y de culpa. El marido entónces emprendió el contarnos la muerte del padre de Olivo, las pretensiones de su hermano primo-génito, los pleitos siempre mas reñidos, y la sentencia de los tribunales, que siendo jueces entre dos hijos del mismo padre, para enriquecer al uno despojaron al otro ; habiendo devorado al pobre Olivo entre las cabalas del foro hasta lo poco que le quedaba. Moralizaba sobre aquel jóven *extravagante*, y que rehusó los socorros de su hermano, y en vez

de aplacarle le exasperó cada vez mas. . . .
 Sí, sí, le interrumpí: si su hermano
 no ha podido ser justo, Olivo no podia
 ser vil. ¡Infeliz el que retrac su cora-
 zon de los consejos y de la compasión
 de la amistad, y desdeña los mutuos sus-
 piros de la piedad, y reusa el parco
 socorro que la mano del amigo le pre-
 senta! Pero mil veces mas infeliz el que
 confia en la amistad del rico, y presu-
 miendo hallar virtud en quien nunca fué
 desgraciado, recibe aquel beneficio que
 deberá despues descontar con otra tanta
 infamia. La felicidad no se coliga con
 la desgracia, sino para comprar la gratitud
 y tiranizar la virtud. El hombre ambi-
 cioso de oprimir, aprovecha los capri-
 chos de la fortuna para adquirir un de-
 recho de prepotencia. Solo los infelices
 saben vindicar los ultrages de la suer-
 te, consolándose mutuamente; pero el
 que llegó á sentarse en la mesa del rico,
 presto, aunque tarde, dirá:—

Ay! cómo sabe á sal el pan ageno!*

Y por esto, oh! cuánto menos dolo-
 roso es andar buscando de puerta en puer-
 ta la vida, que humillarse ó execrar al

.....*Come sá di sale
 Lo pane altrui!.....

DANTE.

indiscreto bien-hechor, que ostentando su beneficio, exige en recompensa tu vergüenza y tu libertad!—Pero Vd., me respondió el marido, no me ha dejado acabar. Si Olivo salió de la casa paterna renunciando todos los intereses al primogénito, ¿por qué quiso pagar después las deudas de su padre? No fué el mismo á estrellarse en la indigencia, hipotecando por esta tonta delicadeza hasta su parte de la dote materna?—

Porque, si el heredero defraudó á los acreedores con sutilezas forenses Olivo no podia sufrir que los huesos de su padre fueran maldecidos por aquellos que en la adversidad le habian socorrido con su sustancia; y que le señalasen con el dedo por las calles como al hijo de un fallido. Esta generosidad difamó al primogénito, el cual después de haber en vano tentado al hermano con beneficios, le juró después una enemistad mortal y verdaderamente fraterna. Olivo entre tanto perdió el auxilio de aquellos que lo alababan quizá en secreto; porque fué vencido por los malvados, siendo mas fácil aprobar la virtud que sostenerla abiertamente y seguirla. Por esto el hombre de bien en medio de los picaros se arruina siempre; y nosotros acostumbramos asociarnos al mas fuerte, pisar al caido, y juzgar por el resultado.

En vez de llorar á Olivo, doy gracias al Ser-Supremo que lo ha llamado, alejándolo de tantas iniquidades y de nuestra imbecilidad. Hay ciertos hombres que necesitan de la muerte; porque no saben acostumbrarse á la hez de nuestros delitos.—

La esposa parecia enternecida. Ay! es verdad, exclamó con un suspiro afectado; pero el que por otra parte necesita de pan, no debe sutilizar tanto sobre el honor....

Ináudita blasfemia! interrumpí. Conque porque la fortuna os favorece, ¿quisierais ser virtuosos vosotros solos? O mas bien, porque la virtud no brilla en vuestras oscuras almas ¿querriais reprimirla hasta en el pecho de los infelices que no tienen otro consuelo, y burlar de ese modo vuestra conciencia? Los ojos de Teresa me daban la razon, y yo proseguí.—Los que nunca han sido desgraciados no son dignos de su felicidad. Orgullosos! contemplan la miseria para insultarla: pretenden que todo debe ofrecerse por tributo á la riqueza y al placer. Mas el infeliz que conserva su dignidad, es un espectáculo de ánimo á los buenos y de reproche á los malvados.—Yo gritaba como un endemoniado....y salí poniéndome las manos en la cabeza. Gracias á los primeros acontecimientos de mi vida que

me constituyeron desgraciado! Lorenzo mio! yo no seria quizás tu amigo; yo no seria amigo de esta muchacha.—Tengo siempre presente el suceso de esta mañana. Aquí...donde estoy sentado, solo, enteramente solo, me miro al redor, y temo ver alguno de mis conocidos. ¡Quién lo habria dicho? Su corazon no palpitó al oír el nombre de su primer amor! al contrario, ella osó turbar las cenizas del que por la primera vez le habia inspirado el sentimiento universal de la vida. ¡Ni un solo suspiro?....Pero ¡qué extravagancia! afligirse porque no se encuentra entre los hombres aquella virtud que tal vez, ay! tal vez no es mas que un nombre vano.

Yo no tengo el alma negra: tú lo sabes, Lorenzo mio: en mi primera juventud habria esparcido flores sobre la cabeza de todos los vivientes: quién? quién me ha hecho tan rígido y sombrío para con la mayor parte de los hombres, sino su perfidia? Perdonaria todos los daños que me han hecho; pero cuando pasa por delante de mí la venerable pobreza, que en medio de la fatiga enseña sus venas chupadas por la omnipotente opulencia; y cuando veo tantos hombres enfermos, encarcelados, hambrientos, y todos sumisos al terrible azote de ciertas leyes.....ah! no, yo no me

puedo conciliar. Yo clamo entónces por venganza con aquella turba de andrajosos, con quienes divido el pan y las lágrimas; y me atrevo á reclamar en su nombre la porcion que han heredado de la naturaleza, madre benéfica é imparcial.

Si, Teresa, yo viviré contigo; pero contigo sola. Tu eres uno de aquellos pocos ángeles esparcido acá y allá sobre la faz de la tierra, para acreditar la virtud é infundir en los ánimos perseguidos y tristes el amor de la humanidad. Mas si yo te perdiese ¿qué recurso le quedaria á este jóven, fastidiado de todo el resto del mundo?

Si la hubieras visto poco há? me apretaba la mano, diciéndome:—sé mas discreto; en verdad, aquellas dos pobres personas me parecian compungidas. Y si Olivo no hubiera sido infeliz. ¿habria tenido hasta mas allá de la tumba, un amigo?—

Ay! proseguí despues de un largo silencio: conque para amar la virtud conviene vivir en el dolor?—Lorenzo. Lorenzo! su alma celestial resplandecia en los contornos de su cara.

ABRIL 29.

Quando me encuentro junto á ella estoy tan lleno de la existencia, que ape-

nas me siento existir. Así como cuando despierto de un pacífico sueño, si los rayos del sol reflectan sobre mis ojos, mi vista se abate y se pierde en un torrente de luz.

Ha mucho tiempo que me quejo de la inercia en que vivo. Al empezar la primavera me proponia estudiar botánica; y en dos semanas habia recogido algunos cientos de plantas, que ahora ya no sé donde están. Muchas veces he olvidado mi *Linneo* sobre los asientos del jardín, ó al pié de algun árbol: al fin lo he perdido. Ayer me trajo Miguel dos hojas empapadas de rocío; y esta mañana me contaba que todo lo demas lo ha desgarrado el perro del hortelano.

Teresa me riñe: para contentarla me pongo á escribir; pero aunque empiece con la mejor disposicion del mundo, no sé pasar de tres renglones. Me propongo mil argumentos; me ocurren mil ideas; escojo, desecho, despues vuelvo á escoger; escribo finalmente, enmiendo, borro, y pierdo á veces todo un dia; la cabeza se cansa; los dedos abandonan la pluma, y veo entónces que he perdido el tiempo y el trabajo.

Qué figura tan tonta hago yo cuando ella está sentada cosiendo, y yo leyendo. Me interrumpo á cada paso, y ella: proseguid! Vuelvo á leer; á las dos hojas mi pronunciacion se hace mas ràpi-

da, y concluye á borbotones en cadencia: Teresa se apura. leed un poco mejor:—yo continúo; pero mis ojos, sin saber cómo, se van insensiblemente desviando del libro, y se encuentran inmóviles sobre aquella cara angélica! Enmudezco, se cae el libro y se cierra; pierdo la señal, y no puedo volverla encontrar.

Mas....si pudiera retener todos los pensamientos que me pasan por la imaginación! Los voy de trecho en trecho señalando en las tapas y en los márgenes de mi Plutarco.—He comenzado la historia de Laureta, para mostrar al mundo en aquella desventurada el espejo de la *fatal* infelicidad de los mortales. Te incluyo lo poco que he escrito. Pásalo bien.

FRAGMENTOS

DE LA

HISTORIA DE LAURETA.

“**N**o sé si el cielo manda á la tier-
“ra; mas si alguna vez nos ha man-
“dado (ó al ménos el primer dia que
“la humana *raza* empezó á hormiguar,)
“yo creo que ha escrito en los libros
“eternos :

EL HOMBRE SERA INFELIZ.

“Ni me atrevo á apelar de esta sen-
“tencia, porque no sabria á qué tribu-
“nal; tanto mas, cuanto que me agrada
“creerla útil á otras tantas *razas*, que
“viven en los mundos innumerables. Doy
“gracias, no obstante, á aquella **MENTE**,
“que mezclándose en el inmenso mundo
“de los seres, los hace revivir siempre
“agitándolos; porque con las miserias nos
“ha dado al ménos el don del llanto, y
“ha castigado á los que con una inso-
“lente filosofia se quieren rebelar con-
“tra la humana suerte, negándoles los

“inexhaustos placeres de la compasion.—
 “Si ves á alguno adolorido y lloroso, no
 “llores.* ; Estoico? ; no sabes tú que las
 “lágrimas de un un hombre compasivo son
 “para los infelices mas dulces que el ro-
 “cío sobre las yerbas marchitas?

“Oh Laureta! lloré contigo sobre el se-
 “pulcro de tu pobre amante, y me acuer-
 “do que mi compasion templaba la amar-
 “gura de tu dolor. Te abandonabas en
 “mis brazos, y tus rubios cabellos me
 “cubrian la cara, y tu llanto bañaba mis
 “mejillas; despues sacabas un pañuelo
 “y me enjugabas, y te enjugabas las
 “lágrimas que volvian á brotarte de los
 “ojos, y á correr sobre los lábios.—
 “Abandonada de todos!....pero yo no;
 “no te he abandonado jamás.

“Cuando andabas errante fuera de tí
 “misma por las solitarias playas del mar,
 “yo seguia furtivamente tus pasos para
 “poderte salvar de la desesperacion de
 “tu dolor. Te llamaba despues por tu
 “nombre, y tú me estendias la mano.
 “y te sentabas á mi lado. Ascendia en
 “el cielo la luna, y tú mirándola can-
 “tabas devotamente: alguno habia osado
 “burlarse de tí; pero el consolador de
 “los desgraciados que mira con un ojo
 “mismo la locura, y la sabiduria de los
 “hombres, y que compadece sus deli-

"tos y sus virtudes....oia quizá tus
 "tristes voces, y te inspiraba algun con-
 "suelo : las preces de mi corazon te acom-
 "pañaban : son aceptos á Dios los votos,
 "y los sacrificios de las almas adolori-
 "das!—Las olas gemian con lamentoso
 "zumbido, y los vientos que las encres-
 "paban las empujaban casi hasta lamer la
 "orilla en que estábamos sentados. Y tú al-
 "zándote apoyada en mi brazo, te dirigias
 "á aquel peñasco, en donde te parecia ver
 "aun á tu Eugenio, oir su voz, y sentir
 "su mano y sus besos —Qué me queda
 "ahora? exclamabas ; la guerra aleja mis
 "hermanos, y la muerte me ha arreba-
 "tado á mi padre y á mi amante : aban-
 "donada de todos!

"Oh belleza ! genio benéfico de la na-
 "turaleza ! En donde muestras tu amable
 "sonrisa, juguetea el gozo, y se difun-
 "de el deleite para eternizar la vida del
 "universo : quien no te conoce y no te
 "siente, reniegue del mundo y de sí
 "mismo. Mas cuando la virtud te hace
 "mas ruborosa y grata, y las desgracias
 "quitándote los baldones y la envidia de
 "la felicidad, te presentan á los mor-
 "tales con los cabellos esparcidos y des-
 "pojados de las alegres guirnaldas, ¿ quién
 "es entónces el que puede pasar por de-
 "lante de tí, sin ofrecerte aunque no sea
 "mas que una inútil mirada de compa-
 "sion ?

“Pero yo te ofrecia, oh! Laureta, mis
 “lágrimas y esta choza, donde *tù habrias*
 “comido de mi pan, y bebido en mi ta-
 “za. Todo lo que yo tenia! conmigo aca-
 “so tu vida habria sido cuando no ale-
 “gre, libre á lo menos y pacífica. El
 “corazon en la soledad y en la paz va
 “poco á poco olvidando sus pesares; por-
 “que la libertad solo reina en el rega-
 “zo de la simple y solitaria naturaleza.
 “Y en donde tú estás, oh! libertad, las
 “escarpadas rocas se adornan de arbus-
 “tillos, y el bóreas enfrena sus torbe-
 “llinos.

“Una noche de otoño la luna apénas
 “se mostraba á la tierra, quebrando sus
 “rayos en las nubes tretransparentes, las cua-
 “les acompañándola, iban de rato en ra-
 “to cubriéndola, y esparcidas por la am-
 “plitud del cielo arrebataban al mundo
 “las estrellas. Nosotros estabamos aten-
 “tos á los lejanos fuegos de los pesca-
 “dores, y al canto del barquero que
 “con suremo rompía el silencio y la cal-
 “ma de la obscura laguna.* Pero Lau-
 “reta volviéndose, buscó con la vista en
 “torno su perrito, y anduvo largo ra-
 “to llamándole: cansada finalmente, vol-
 “vió á donde yo estaba sentado, y mi-

*Venecia está edificada en un lago del
 mar adriático, que baña todas sus calles.

“rándome parecía que quería decirme, hasta
 “él ya me ha abandonado, y tú quizás ?

“Yo, quien le habria dicho jamás, que
 aquella debia ser la última noche que yo
 “la viese ! Estaba vestida de blanco, una
 “cinta celeste recogia sus cabellos ; y tres
 “amapolas marchitas despuntaban en medio
 “del lino que cubria su seno. Yo la acompañé
 “hasta la puerta de su casa ; y su
 “madre que vino á abrirnos, me dió gra-
 “cias por el cuidado, que me tomaba con
 “su desgraciada hija. Cuando estuve solo
 “reparé que se me habia quedado entre
 “las manos su pañuelo, le volveré mañana
 “dije.—

“Sus males empezaban ya á mitigarse,
 “y yo tal vez. . . .—es verdad yo no podia
 “darte tu Eugenio ; pero habria sido tu
 “esposo, tu padre, tu hermano. La per-
 “secucion de los tiranos proscribió repen-
 “tinamente mi nombre y no he podido,
 “oh ! Laureta, dejarte ni aun el último
 “adios.

“Cuando pienso en el porvenir, y cier-
 “ro los ojos para no conocerle, y tiemblo,
 “y me abandono con la memoria á los
 “días pasados, voy largo trecho vagando
 “por debajo de los árboles de estos valles,
 “y me acuerdo de las playas del mar, de
 “los fuegos lejanos, y del canto del mar-
 “quero. Me apoyo en un tronco. . . .estoy
 “pensando ; *el cielo me la habia concedido;*

“pero la adversa fortuna me la arrebató ! sa.
 “co el pañuelo : *infeliz quien ama por am-
 “bicion ! pero tu corazon, ¡ oh Laureta !
 “está hecho para la naturaleza : me enjugo
 “los ojos, y vuelvo al anochecer á mi
 “casa.*

“¿Qué haces tú entretanto, quizás er-
 “rando á lo largo de las playas y ofre-
 “ciendo himnos, y lágrimas á Dios ?—Ven,
 “cogerás las frutas de mi jardin, *tú beberás
 “en mi taza, tu comerás de mi pan : si vol-
 “viese tu perrillo, yo cuidaré de él para
 “que no vaya perdido por el campo. Cuan-
 “do despertare tu martirio, y al espíritu
 “venciere la pasión, yo iré detras de tí
 “para sostenerte en medio del camino, y
 “si te extravias para guiarte à mi casa ;
 “mas iré silenciosamente para dejarte libre
 “al menos el consuelo del llanto. Yo
 “serè tu padre, tu hermano.*

“Mas mi corazon . . . si tú supieras, mi
 “corazon !—una lágrima baña el papel, y
 “borra lo que voy escribiendo.

“Yo la he visto con las flores de la ju-
 “ventud, y la belleza, y despues vendida,
 “errante, huérfana. Yo la he visto besar
 “los labios moribundos, de su único con-
 “solador y despues arrodillarse con pia-
 “dosa supersticion delante de su madre
 “llorando, y suplicándola, que retirase
 “la maldicion que en los dias del

“furor aquella madre infeliz habia ful-
 “minado contra su hija —Así la po-
 “bre Laureta me dejó en el corazon pa-
 “ra siempre la compasion de sus des-
 “gracias. Herencia preciosa, que ahora
 “dividiré con vosotros, hombres desgra-
 “ciados...con vosotros á quienes no
 “queda otro consuelo que amar la vir-
 “tud y compadecerla. Vosotros no me
 “conoceis; pero yo, quien quiera que
 “seais, soy siempre vuestro amigo.

“Algun dia tal vez, algun dia, si es-
 “tas pocas hojas que desde mi retiro con-
 “sagro á tus desgracias, cayeren deba-
 “jo de los ojos de aquel que, sin lás-
 “tima de tu belleza y de tu juventud,
 “te sacó de la casa paterna, y te arre-
 “bató la flor de la inocencia, ah!...sí..
 “él vertirá entre los remordimientos una
 “lágrima sobre tu virtud, que ¡ay de-
 “masiado! te ha hecho mas infeliz. ¡Y
 “qué puede jamas la virtud, cuando el
 “destino pide la víctima?—Mas tú no,
 “Laureta, aunque tu estraviada razon ha-
 “ya abandonado à tu corazon, tú no mas
 “amarás al hombre que te ha vendido.
 “En tu humillacion te desdeñarás de ser
 “aliviada por aquella mano que te ha
 “conducido al camino del dolor. Sus be-
 “neficios podrian irritarte mas que sus
 “delitos. El único que te podia conso-
 “lar era Eugenio.”

che y desierto.—En vez de apagar las luces que iluminan la perspectiva teatral, y desengañar villanamente á los espectadores, ¿no es mucho mejor echar del todo el telon y dejarlos en su ilusion? *Mas si el engaño te daña*:—qué importa? si el desengaño me mata!

Un domingo oí al cura que regañaba á los aldeanos, porque se emborrachaban. El no conocia que así envenaba á aquellos miserables el consuelo de adormecer en la embriaguez de la noche las fatigas del dia, de no sentir la amargura de su pan bañado con sudor y con lágrimas, y de no pensar en el rigor y en el hambre con que el vecino invierno les amenaza.



MAYO 11.

Es preciso confesar que la naturaleza tiene necesidad de este globo, y de la especie de vivientes litigiosos que le habitan y para proveer á la conservacion de todos, en vez de ligarnos en recíproca fraternidad, ha constituido á cada hombre tan amigo de sí mismo, que aspiraria gustoso al esterminio del universo para vivir mas seguro de su propia existencia, y para ser un déspota de todo lo creado. Ninguna generacion

ha visto jamás durante su curso íntegro, la dulce paz; la guerra fué siempre el árbitro de los derechos, y la fuerza ha dominado todos los siglos: así el hombre es siempre, ora abierto ora oculto, enemigo implacable de la humanidad: conservándose por cualquier medio, conspira al intento de la naturaleza que necesita de la existencia de todos; y el género humano aunque se devora perpetuamente á si mismo, vive y se propaga —Oye.

Hoy muy temprano he acompañado à Teresa y su hermanita á casa de una conocida suya que ha venido de temporada al campo. Creia comer con ellas; pero por mi desgracia habia prometido desde la semana pasada al cirujano ir á comer con él, y si Teresa no me lo hubiera hecho recordar, á la verdad, se me habia olvidado. Me alisté, pues, como una hora antes de medio dia; pero fatigado por el calor, me recosté á la mitad del camino, debajo de un olivo: al viento de ayer, impropio de la estacion, ha sucedido hoy un calor molestísimo; y me estaba allí al fresco distraido, como si yá hubiera comido. Volviendo la cabeza me hallé con un aldeano que me miraba bruscamente:—qué hace V. aquí?

—Estoy, como veis reposando.

—Tiene V. posesiones? golpeando en

el suelo con la culata de su escopeta.

—Por qué?

—Por qué?...por qué?...tiéndase V. sobre sus prados, si los tiene, y no venga V. á pisar la yerba de los otros. :—y al irse—haga V. que en volviendo, le encuentre á V. ahí.

Yo no me habia movido, y yá él se habia ido. Al principio no habia hecho caso de sus amenazas ; mas...reflexionando en él=*si los tiene*, =y si la fortuna no hubiera concedido á mis padres un palmo de tierra, tú me habrias negado, hasta en la parte mas estéril de tu prado la última piedad del sepulcro.

—Pero observando que la sombra del olivo se iba alargando, me acordé de la comida.

Poco há, volviendo á casa, me encontré en la puerta al mismo hombre de esta mañana :—Señor, le estaba esperando á V.; si acaso...se ha enojado V. conmigo, le pido perdon

—Poneos el sombrero, yo no me he ofendido.—¿Por qué, pues, este corazon mio, en las mismas ocasiones yá es todo paz, y yá todo tormenta?

Decia aquel viagero : *el flujo y reflujó de mis humores gobierna toda mi vida.* Tal vez un minuto ántes, mi cólera habria sido mucho mayor que el insulto.

¿Por qué, pues, abandonarnos al ca.

pricho del primero que nos ofende, permitiendo que nos pueda turbar con una injuria que no merecemos? Mira como el adulator amor-propio intenta con esta pomposa sentencia atribuir á mérito mio una accion, derivada quizá de.... quién lo sabe? En ocaciones semejantes no he usado de igual moderacion: es verdad que pasada una hora he filosofado contra mí mismo; mas la razon ha venido cerdeando: y el arrempetimiento, para quien aspira á la sabiduría, es siempre tardio: pero yo tampoco aspiro á ella: yo no soy sino uno de tantos hijuelos de la tierra, nada mas; y llevo conmigo todas las pasiones de mi especie.

El labrador prosigió:—le he faltado á V.; pero yo no le conocia: aquellos labradores que estaban segando heno en los prados vecinos, me lo advirtieron despues.

—Nada importaba, buen hombre: como va de granos este año?

—Bien: pero le suplico á V., mi señor, me perdone, yo no le conocia á V.

Buen hombre; ó conociendo ó no conociendo no ofendeis á nadie, porque siempre correis el riesgo ó de provocar al poderoso, ó de maltratar al débil: por mi parte podeis estar tranquilo.

—Dice bien el señor; Dios se lo pague.—Y se fué.

Y entre tanto? crecen todos los dias los mártires perseguidos por el nuevo usurpador de mi patria. ¡Cuántos andarán escondiéndose, prófugos y desterrados sin el lecho de un poco de yerba, ó sin la sombra de un olivo.... Dios sabe! El extranjero infeliz es arrojado hasta del aprisco en donde los rebaños pasen tranquilamente.



MAYO 12.

No me he atrevido, no, no me he atrevido.—Yo podia abrazarla y estrecharla aquí contra este corazon. La ví dormida: el sueño le tenia cerrados aquellos grandes ojos negros; pero las rosas de su semblante se esparcian entónces mas vivas que nunca sobre sus mejillas rubicundas. Yacia su hermoso cuerpo abandonado sobre un sofá. Un brazo le sostenia la cabeza, y el otro caia blandamente. Yo la he visto muchas veces pasearse ó bailar, y he sentido hasta el fondo del alma su harpa y su voz, y la he adorado lleno de asombro, como si la hubiera visto bajar del Paraiso; pero tan linda como hoy, yo no la he visto nunca, nunca. Sus vestidos me dejaban entre-ver los contornos de aquellas angélicas formas; y mi alma las contem:

plaba y....qué puedo decirte? todo el furor y el éstasis del amor me habian inflamado, y me tenian arrebatado fuera de mi. Yo tocaba como un devoto, yá sus vestidos, yá sus cabellos olorosos, y yá el ramito de flores que tenia en medio de su seno. Si, si, debajo de esta mano, que es ya sagrada, he sentido palpar su corazon. Yo respiraba los hálitos de su boca entre-abierta: estaba para chupar todo el deleite de aquellos lábios celestiales....un beso suyo! y habria bendecido las lágrimas que hace tanto tiempo bebo por ella....—Mas en aquel momento mismo la sentí suspirar entre sueños: me aparté impelido casi por una mano divina. ¡Te he enseñado yo acaso á amar y á llorar? y buscas tú un breve instante de sueño, porque yo he turbabo tus noches inocentes y tranquilas? A este pensamiento me le postre delante inmoble, inmoble, sujetando el snspiro:—y me huí de allí por no despertarla á la vida angustiosa en que gime. No se queja, y esto me despedaza aun mas; pero aquel semblante suyo cada vez mas triste, y aquel mirarme con tanta lástima, y temblar siempre del nombre de Eduardo, y suspirar por su madre....ah! el cielo no se la habria concedido, si tambien ella no debiera participar del dolor. Eterno Dios! ¡Existes tú para nosotros los mortales?

o eres padre desnaturalizado para con tus criaturas? Sé que cuando mandaste á la tierra la virtud, tu hija primogénita, le diste por guia la desventura. Mas ¡ por qué dejaste despues la juventud y la belleza, tan débiles que no pudieran sostener las doctrinas de tan austera maestra? En todas mis aflicciones he alzado los brazos hasta tí, sin atreverme á murmurar ni á llorar: mas ay! ahora! ¡ y para qué hacerme conocer la felicidad, si yo debia anhelarla tan fieramente, y perder la esperanza para siempre?—para siempre! no, no: Teresa es mia toda; tú me la has concedido, pues que me diste un corazon capaz de amarla inmensa, eternamente.



MAYO 14.

Si yo fuera pintor, ¡ qué materia tan vasta para mi pincel! El artista sumergido en la idea deliciosa de lo bello, adormece, ó á lo menos mitiga todas las otras pasiones.—Mas... aun cuando fuera pintor! He visto en los pintores y en los poetas la bella, y alguna vez la pura naturaleza; pero la naturaleza suma, inmensa, inimitable, no la he visto pintada jamás. Homero, Dante y Shakespeare, los tres maestros de todos los

¡Genios sobre-humanos han penetrado muchas veces mi imaginacion, é inflamado mi corazon: he humedecido con ardentísimas lágrimas sus versos, y he adorado sus sombras divinas como si las viese sentadas sobre las bóvedas celestes, que señorean el universo y dominan la eternidad. No obstante, los originales que veo delante, me llenan todas las potencias del alma, y no me atreveria, Lorenzo... no me atreveria, aunque en mí se transfundiese Miguel-Ángel á trazar los primeros lineamentos! Gran Dios! cuando tú miras una noche de primavera ¿te complaces acaso en tu creacion? Tú me has vertido para consolarme una fuente inexhausta de placer, y yo la he mirado muchas veces con indiferencia. En la cima del monte, dorado con los apasibles rayos del sol que va desfalleciendo, yo me veo cercado de una cadena de collados, sobre los cuales ondean las mieses y se bambolean las vides, sostenidas en ricos festones por los olivos y los olmos: las lomas y las cordilleras lejanas van siempre creciendo, como si las unas estuvieran puestas sobre las otras. Debajo de mí los costados del monte están escarpados de riscos infecundos, entre los cuales se ven ofuscarse las sombras de la noche, que poco á poco se levantan; el fondo obscuro y horrible parece la boca de una espantosa caver-

na. En la falda del medio-día el aire es señoreado por el bosque que domina y sombrea al valle, en donde pacen al fresco los rebaños, y se cuelgan de la pendiente las cabras extraviadas. Cantan lamentosos los pajarillos como si llorasen el día que muere; mugen las terneras; y el viento parece que se complace con el susurrar de las hojas. Mas por la parte del septentrion se dividen los collados, y se abre à los ojos una interminable llanura: se distinguen en los campos vecinos los bueyes que vuelven á casa; el cansado agricultor los sigue apoyado en su vara, y mientras las madres y las esposas preparan la sena á la fatigada familia, humean las lejanas villas blanqueando todavía, y las chozas esparcidas por la campiña. Los pastores limpian el rebaño, y la viejecilla que estaba hilando á la puerta del redil, abandona el trabajo, y vá á acariciar fregando al ternero y á los corcuerillos que balan al rededor de sus madres. La vista en tanto se va dilatando, y despues de larguísimas filas de árboles y de campos termina en el horizonte, en donde todo se minora y confunde: lanza el sol al partir pocos rayos, como si aquellos fuesen los últimos adioses que dá á la naturaleza; las nubes se enrojecen, luego se van debilitando, y pálidas finalmente se ofuscan: entón-

ces la llanura se pierde, las sombras se difunden sobre la faz de la tierra, y yo, como en medio del oceano, por aquella parte no veo mas que cielo.

Ayer cabalmente bajaba paso á paso el monte. El mundo estaba al cuidado de la noche, y yo no oía sino el canto de la pastorcilla, y no veía sino los fuegos de los pastores. Centellaban todas las estrellas, y mientras yo saludaba una por una las constelaciones, mi mente contraía un no-sé-qué de celestial, y mi corazón se elevaba, como si aspirase á una region mucho mas sublime que la tierra. Me encontré en la montañita junto á la iglesia : sonaba la campana de ánimas, y un sentimiento de humanidad atrajo mis miradas al cementerio, en donde en sus túmulos cubiertos de yerba, duermen los antiguos padres de la villa :—descanzad en paz, oh desnudas reliquias! la materia ha vuelto á la materia ; nada disminuye, nada crece, nada se pierde aquí abajo ; todo se transforma y se reproduce : ¡humana suerte! ménos infeliz que los otros quien no la teme.—Tendíme de bruces debajo 'del bosquecillo de los pinos, y en aquella muda obscuridad me pasaban por la mente todas mis desventuras y todas mis esperanzas. Por cualquier parte que yo corriese anhelando la felicidad, despues de un áspero viage lleno de terrores y

de tormentos, veía abierta la sepultura en donde iba á perderme con todos los males y todos los bienes de esta inútil vida. Y me sentía envilecido, y lloraba porque tenia necesidad de consuelo y en mis sollozos invocaba á Teresa.—Oí pisadas entre los árboles, y me figuré escuchar el susurro de algunas voces. Me pareció despues ver á Teresa con su hermana. Asustadas á primera vista huian. Yo la llamé por su nombre, é Isabelita reconociéndome se me echó al cuello con mil besos. Me levanté. Teresa se apoyó en mi brazo, y pascamos taciturnos á lo largo de la orilla del riachuelo hasta el lago de las cinco fuentes. Allí, como de comun consentimiento, nos detuvimos à mirar el astro de Vènus que nos daba en la cara.—Oh! dijo ella con aquel dulce entusiasmo tan suyo, ¿crées tú que el Petrarca no haya tambien visitado amenudo estas soledades, suspirando entre las sombras pacificas de la noche por su perdida amiga? Cuando leo sus versos, me le figuro aquí... melancólico, errante, sentado sobre el tronco de un árbol, nutrirse de sus tristes pensamientos, y volverse al cielo, buscando con los ojos llorosos el espíritu de Laura. Yo no sé como aquella alma enteramente celestial haya podido sobrevivir á tanto dolor, y detenerse entre las miserias de los mor-

tales. ¡Oh, dulce amigo, cuando se ama de veras!....—Ella me apretó la mano, y yo me sentí el corazón que no quería estar mas dentro del pecho. Sí, ángel, tú has nacido para mí, y yo.....—No sé como pude sofocar estas palabras que se me salian de los labios.

Ella subia la colina, y yo la seguia: mis facultades todas eran de Teresa, la tempestad que las habia agitado se habia en tanto serenado.—Todo es amor, dije yo; el universo no es sino amor! Y ¿quien jamas le ha sentido mas, ó pintado mejor que el Petrarca? Adoro como divinidades aquellos pocos genios que se han elevado sobre los otros mortales; mas al Petrarca le amo: y mientras que mi entendimiento le hace sacrificios como á númen, mi corazón le invoca como á padre y amigo consolador. Teresa me respondió con un suspiro.

La subida la habia fatigado: descansenos, dijo ella: la yerba estaba húmeda, y yo le mostré un moral poco distante. El mas lindo moral posible. Es alto, solitario, frondoso; entre sus ramos hay un nido de cardenales, y nosotros le llamamos siempre nuestro árbol. La chiquilla nos habia dejado saltando arriba y abajo, cogiendo florecillas y tirándose las á las luciernagas, que andaban aleteando: Teresa estaba recostada debajo del moral, y yo sentado junto á

ella con la cabeza apoyada al tronco, le recitaba las odas de Sapho; se levantaba la luna....Oh!....

¡ Por qué mientras escribo late tan fuerte mi corazón ? ¡ Noche venturosa ?



MAYO 14 [*á las once.*]

Si, Lorenzo óyelo. Mi boca está húmeda aun de un beso de Teresa, y mis mejillas han sido inundadas con sus lágrimas. Me ama sí....me ama ! Déjame, Lorenzo, déjame en todo el éstasis de este momento divino.



MAYO 14 [*por la noche.*]

Cuantas veces he tomado la pluma, y no he podido continuar....me siento un poco calmado y vuelvo á escribirte.— Teresa estaba tendida debajo del moral....yo le recitaba las odas de Sapho....inas ¡ cómo puedo pintarte aquel instante dichoso ? ella me ama, sí....me ama. A estas palabras, cuanto yo veia me parecia una sonrisa del universo, miraba con ojos de reconocimiento al cielo, y me figuraba que se abria para recibirnos: ay ! ¡ por qué no vino la muer-

te ? Yo la invoqué. Sí ; he besado á Teresa ; las flores y las plantas exhalaban en aquel momento un olor suave ; el aire era todo armonía ; los arroyos resonaban de lejos, y todas las cosas se embellecían con el esplendor de la luna, que estaba enteramente llena de la infinita luz de la Divinidad. Los elementos y los seres se regocijaban con el gozo de dos corazones embriagados de amor. —He besado y rebesado aquella mano.... y Teresa me abrazaba temblando toda, y transfundió sus suspiros en mi boca, y su corazón palpité contra este pecho : mirándome con sus grandes ojos, lánguidos, me besaba, y sus labios húmedos, entre-abiertos, murmuraban sobre los míos....ay ! que de repente se separó de mi seno como aterrada ; llamó á su hermana, y se levantó corriéndole al encuentro. Yo me le postre, y estendí los brazos como para asegurar sus vestidos.... mas no me atreví ni á llamarla, ni á suplicarla : su virtud me habia asustado, y Teresa me parecia sagrada. Me le acerqué temblando.—No puedo ser tuya jamás !—Pronunció estas palabras de lo íntimo del corazón, y con una mirada que parecia reprenderme y compadecerme. Acompañándola por todo el camino, no me volvió á mirar, ni yo tuve valor de decirle una palabra. Cuando llegó á la puerta del jardín me quitó de la ma

no á Isabelita, y dejándome; Adios, me dijo, y volviéndose á los pocos pasos... Adios!

Yo me quedé estático; habria besado las plantas de sus pies: llevaba un brazo caido, y sus cabellos relucientes con los rayos de la luna, volaban blandamente: pero despues..... apénas la larga calzada y la obscura sombra de sus árboles me concedian entrever sus ondulantes vestidos, que blanqueaban aun desde lejos, y luego que la hube perdido, presentaba la oreja esperando oir su voz.

Al retirarme con los brazos abiertos, como para consolarme, me volví hácia el astro de Vénus: tambien habia desaparecido.

MAYO 15.

Despues de aquel beso, estoy divinizado. Mis ideas son mas sublimes y risueñas, mi aspecto mas alegre, mi corazon mas compasivo. Me parece que todo se embellece à mi vista; el lamentar de los pajarillos y el susurrar de los céfiros entre las hojas, son hoy mas suaves que nunca; las plantas se fecundan, y las flores toman colorido debajo de mis pies; yà no huyo de los hombres, y toda la naturaleza me parece mia.

Mi ingenio es todo hermosura y armonía: si tuviera que esculpir ó pintar à la misma belleza, despreciando todo modelo terrestre, la hallaria en mi imaginacion. Oh amor! las bellas artes son tus hijas; tú el primero has traído à la tierra la sacrosanta poesía, único alimento de las almas generosas, que desde la soledad mandan sus cantos sobrehumanos hasta las mas remotas generaciones, estimulandolas, con las voces y con los pensamientos inspirados por los númenes, á altísimas empresas; tú enciendes en nuestros pechos la única verdadera virtud útil á los mortales, la piedad, por la cual alguna vez se sonríe el labio del infeliz condenado á los suspiros; y por tí revive siempre el placer fecundador de los seres, sin el cual todo seria caos y muerte. Si tú faltaras, la tierra se volveria ingrata, los animales enemigos entre sí, el sol mismo maléfico, y el mundo llanto, terror y destruccion universal. Ahora que mi alma brilla con un rayo tuyo, olvido mis desventuras; me rio de las amenazas de la fortuna, y renuncio á los engaños del porvenir..... Oh Lorenzo! Estoy frecuentemente tendido á la orilla del lago de las cinco fuentes: me siento acariciar el rostro y los cabellos por los vientecillos, que aleteando mecen la yerba, alegran las flores, y rizan las limpias aguas del lago.—

—Quieres creerme? Yo en deliciosos delirios veo delante de mí las ninfas desnudas, saltando con guirnalda de rosas, é invoco en su compañía á las musas y al amor; y desde los arroyos que caen sonando y espumosos, veo salir fuera hasta el pecho, con los cabellos goteando sobre las espaldas húmedas, y con los ojos risueños, á las náyades, amables guardas de las fuentes. *Ilusiones!* grita el filósofo: y ¿no es todo ilusión? todo! Felices los antiguos que se creían dignos de los besos de las inmortales diosas del cielo, que hacían sacrificios á la belleza y á las gracias, que difundían el esplendor de la Divinidad sobre las imperfecciones del hombre, y que encontraban lo *bello* y lo *verdadero*, acariciando los ídolos de su fantacía! *Ilusiones!* pero entretanto sin ellas, yo no sentiría la vida sino en el dolor, ó (lo que mas me asusta) en la rígida y enfadosa indolencia: y cuando este corazón no quisiere yá sentir mas, me le arrancaré del pecho con mis manos, y le arrojaré como á un siervo infiel.

MAYO 21.

Ay de mí! que noches tan largas y molestas!—El temor de no volverla á ver

me despierta: devorado por un sentimiento profundo, ardiente, furioso, ~~salto~~ del lecho al balcon, y no concedo reposo á mis desnudos miembros fatigados, si antes no descubro en el Oriente un rayo de la luz del dia. Corro palpitando á su lado y....estúpido! sofoco las palabras y los suspiros: no concibo, no oigo, el tiempo vuela, y la noche me saca de aquella imbecil bienaventuranza. Ah relámpago! tú rompes las tinieblas, brillas, deslumbras y aumentas el terror y la obscuridad...

MAYO 25.

¡Gracias te doy, eterno Dios, gracias! Tú has retirado yá tu espíritu; y Laureta ha dejado á la tierra sus infelicidades: tú escuchas los gemidos que salen de las entrañas del alma, y mandas la muerte á que desate las cadenas de la vida á tus criaturas infelices y perseguidas. Mi cara amiga! tu sepulcro beba à lo menos estas lágrimas, único tributo que puedo ofrecerte: la tierra que te cubre está poblada de poca yerba; cuando vivias esperabas de mi algun consuelo; y al fin! no he podido ni aun prestarte los últimos oficios; mas...nos veremos....sí!

Cuando yo, querido Lorenzo, me

acordaba de aquella pobre muchacha, ciertos presentimientos me gritaban de lo íntimo del corazón: ella ha muerto! No obstante, si tú no me lo hubieras escrito, seguramente yo no lo habría sabido jamás; porque... ¿y quién se acuerda de la virtud cuando está envuelta en la pobreza? Muchas veces me he puesto á escribirte: se me ha caído la pluma, y he bañado de lágrimas el papel: temía que ella me refiriese sus martirios, y me pulsase en el corazón una cuerda, cuyas vibraciones no habrían cesado tan presto. Ay! es cierto! nosotros huimos de oír los males de nuestros amigos; sus miserias nos pesan y nuestro orgullo se desdén de darles el consuelo de las palabras, tan grato á los infelices, cuando á las palabras no se puede unir un socorro verdadero y real. Pero quizás ella me contaba entre la turba de aquellos que, embriagados con la prosperidad, abandonan á los desventurados. ¡Bien lo sabe Dios!.. Entre tanto Dios ha conocido que ella no podía resistir mas: *él tiembla los vientos en favor del corderillo recientemente esquilmado. y... esquilmado hasta lo vivo!*

Volveré, Lorenzo; conviene que yo salga; mi corazón se hincha y gime, como si no quisiera permanecer mas en el pecho: en la cima de un monte me parece que estaré un poco mas libre,

pero aquí...en un cuarto...estoy casi soterrado en un sepulcro.

He subido á la montaña mas alta: el viento arreciaba; yo veia las encinas blandirse debajo de mis pies; la selva bramaba como un mar borrascoso, y el valle retumbaba; sobre las rocas de la cuesta se posaban las nubecillas.—En la terrible magestad de la naturaleza, mi alma atónita y asombrada ha olvidado sus males, y ha vuelto por un momento á estar en paz consigo misma.

Quisiera decirte grandes cosas: me pasan por la mente; las estoy pensando!. . me oprimen el corazon, se agolpan, se confunden; no sé ya por cual comenzar; se me desaparecen luego repentinamente y prorrumpo en un llanto deshecho.

Ando corriendo como un loco, sin saber adonde; ni por qué; y sin advertirlo, mis pies me arrastran al medio de los precipicios. Yo domino los valles y campiñas inferiores; magnífica é inexhausta naturaleza! Mis miradas y mis pensamientos se pierden en el horizonte lejano.—Voy subiendo, y me paro...allí... en pié... anhelante: miro hácia abajo; ay! que vorágine! levanto los ojos horrorizado, y bajo precipitadamente al pié de la colina, donde está mas oscuro el valle. Un bosquecillo de encinas nuevas me pone al abrigo de los vientos y

del sol: dos arroyuelos aquí y allí murmuran blandamente: las ranas susurran, y un ruiseñor....reñí á un pastor que habia venido á arrebatarle del nido sus polluelos: el llanto, la desolacion, la muerte de aquellos débiles inocentes debian venderse tal vez por una mezquina moneda; asi va todo! pero yo le he compensado la ganancia que esperaba sacar, y me ha prometido no incomodar mas á los ruiseñores....y allí me reposo. —A donde te has ido, ¡oh buen tiempo pasado! mi razon está enferma, y no puede fiarse sino del letargo, y desgraciada si sintiese toda su enfermedad! Casi casi....—Pobre Laureta! tú me llamas tal vez.....

Todo; todo cuanto existe para los hombres no es mas que su fantasia. Querido amigo! entre los riscos la muerte me daba espanto; y á la sombra de aquel bosquecillo habria cerrado gustoso los ojos en un sueño eterno. Nos fabricamos la realidad á nuestro modo; nuestros deseos se van multiplicando con nuestras ideas; nos afanamos por aquello que vestido diversamente nos enfada; y nuestras pasiones no son al fin de la jornada sino el efecto de nuestras ilusiones. Cuando me rodea recuerda á mi corazon aquel dulce sueño de mi niñez. Oh! como coreteaba yo contigo estas campiñas, colgándome ya de este, ya de aquel ar-

bolillo de fruta, sin acordarme de lo pasado, cuidando solo de lo presente, satisfecho con cosas que mi imaginacion agrandaba, y que á la hora no existian yá, y colocando todas mis esperanzas en los juegos de la próxima fiesta. Mas aquel sueño se desvaneció! y ¿quién me asegura que en este momento no sueño? Tú, Dios mio, que criaste mi corazon, tú sabes cuan espantoso sueño es este que yo duermo; sabes que ya nada me queda sino el llanto y la muerte.

Así yo desvarío; mudo de pensamientos y de votos; y cuanto mas bella está la naturaleza, tanto mas quisiera verla vestida de luto. Hoy á la verdad, parece que me ha oido. El invierno pasado era yo feliz: cuando la naturaleza dormia mortalmente, mi alma estaba tranquila!...¿y ahora?

No obstante me conforta la esperanza de ser llorado. En el crepúsculo final de la vida buscaré tal vez en vano el resto de mi edad, que me arrebatarán mis pasiones y mis desgracias; pero bañarán mi sepultura tus lágrimas, y las lágrimas de aquella jóven celestial. ¿Y quién cede jamás á un eterno olvido esta cara y trabajosa existencia? ¿Quién vió jamás por la última vez los rayos del sol, quien saludó á la naturaleza para siempre, quien abandonó lo que queria, sus esperanzas, sus engaños,

sus mismos dolores, sin dejar tras sí un deseo, un suspiro, una mirada? Las personas queridas que nos sobreviven son parte de nosotros. Nuestros ojos moribundos piden á los otros alguna gota de llanto, y quiere nuestro corazon que al reciente cadáver le sostengan brazos amorosos, y busca un pecho á donde transfundir nuestro último aliento. Gime la naturaleza hasta en la tumba, y su gemido vence el silencio y la obscuridad de la muerte.

Me asomo al balcon ahora que la divina luz del sol se va apagando, y las tinieblas arrebatan al universo aquellos rayos lánguidos que despide el horizonte, y en la opacidad del mundo melancólico y taciturno, contemplo la imagen de la destruccion devoradora de todas las cosas. Después vuelvo los ojos hácia las copas de los pinos que plantó mi buen padre sobre la colina inmediata á la puerta de la parroquia, y diviso blanquear por entre las hojas que el viento agita la piedra de mi huesa. Allí te veo llegar con mi madre á rezar por el descanso de la sombra del hijo desgraciado. Entonces me digo á mí mismo: quizás Teresa vendrá solitaria al alba á aumentar su tristeza dulcemente con mis antiguas memorias, y á decirme otro adios. No! la muerte no es dolorosa. Y si alguno metiere las manos en mi se-

pultura, y revolviere mi esqueleto para sacar de la noche en que reposarán, mis ardientes pasiones, mis opiniones y mis delitos....quizá....no me defiendas, Lorenzo ; respóndele solamente : *era hombre y desdichado.*

MAYO 26.

El viene, Lorenzo.....èl viene.

Esçrìbe de la Toscana, donde se detendrá veinte dias ; y la carta es fecha á 18 de mayo ; entre dos semanas cuando mas....conque....!!!

MAYO 27.

Pienso...¿ con qué será verdad que este ángel de los cielos existe aquí, en este bajo mundo, entre nosotros?...y sospecho haberme enamorado de la hechura de mi fantasía.

Y ¿ quién no habria querido amarla aunque sea infelizmente ? y ¿ dónde está el hombre tan afortunado con quien yo me dignase cambiar esta mi situacion lamentable ? Mas ¿ cómo puedo yo por otra parte ser tan enemigo de mí mismo que me atormente, sàbelo el cielo ! sin nin-

guna esperanza?—Quizás! un cierto orgullo en ella de su belleza y de mis desventuras....no me ama, y su compasion encubrirá un engaño. Pero aquel beso celestial suyo, que tengo siempre en mis lábios, y que domina todos mis pensamientos? y aquel llanto?...Ay! que desde aquel momento huye de mí: y ni se atreve yá á mirarme la cara. Seductor! yo?—y cuando siento que me trueña en el alma aquella terrible sentencia: *no seré vuestra jamás*; paso de furor en furor, y medito delitos de sangre....Tú no, jóven divina, yo solo, yo solo he intentado la traicion, y la habria consumado.

Oh! otro beso tuyo, y abandóname despues á mis sueños y á mis suaves delirios, yo moriré á tus pies; pero todo tuyo, todo. Tú, -si no pudieres ser mi esposa, serás á lo menos mi compañera en el sepulcro. Ah! no; la pena de este amor fatal recaiga sobre mí. Que lllore yo por toda la eternidad; pero que el cielo, oh! Teresa, no te haga por mi culpa infeliz!—Mas entre tanto yo te he perdido, y tú te me robas tú misma. Ay! si tú me amaras como yo te amo!

Despues de todo, Lorenzo, en tan fieras dudas y en tantos tormentos, cada vez que pido consejo á mi razon, me conforta diciéndome: *tú no eres in-*

mortal. Vaya suframos pues; y hasta el extremo.—Saldré, saldré del infierno de la vida; y yo solo basto. Con esta idea me rio de la fortuna y de los hombres.



MAYO 28.

Muchas veces me figuro el mundo todo al traves, y el cielo, y el sol, y el oceano, y todos los globos en llamas y en la nada; mas si aun en medio de tanta ruina pudiese yo estrechar otra vez á Teresa.....otra sola vez entre los brazos; yo invocaria la destruccion de lo criado.



MAYO 29 [*al alba.*]

¡ Oh ilusion ! ¡ por qué cuando en mis sueños el alma es un paraíso, y Teresa está á mi lado, y la siento suspirar sobre mi boca, y... ¡ por qué hallo despues un vacío, un vacío sepulcral ? A lo menos que aquellos dichosos momentos no hubieran jamás venido, ó que no se hubieran huido jamás ! Esta noche buscaba á tientas aquella mano que me la ha arrebatado del seno : me parecia oír de lejos un gemido suyo ; pero las sába-

nas húmedas de llanto, mis cabellos sudados, mi pecho anheloso, la soñada y muda obscuridad... todo, todo me gritaba: *infeliz, tú deliras*. Asustado y desfalleciendo, me revolví de bruces sobre el lecho, abrazando la almohada, y procurando atormentarme nuevamente y burlarme.

Si tú me vieras cansado, desaliñado, taciturno vagar de arriba abajo por las montañas, y buscar á Teresa, y temer encontrarla; muchas veces murmurar entre mí mismo, llamarla, suplicarle, y responder á mis voces: quemado del sol me escondo debajo de una mata, y dormito ó desvarío:—ay! que frecuentemente la saludo como si la viese, y me parece que la abrazo y la beso... despues, todo se desvanece, y clavo los ojos en los precipicios de cualquier despeñadero. Sí, es preciso acabar esto.



MAYO 29 [*por la tarde.*]

.. Huir pues, huir: mas á donde? Créme, yo me siento enfermo: apénas gobierno este miserable cuerpo para poderle arrastrar hasta la aldea, y confortarme con aquellos ojos divinos, y beber otro sorbo de vida, tal vez el último. Mas sin esto ¿querria aun este infierno?

Hoy me despedí de ella para irme á comer; salí, mas no pude separarme de su jardin; y ¡lo creeras! su vista me da encogimiento: viéndola despues bajar con su hermana intenté tirarme debajo de una parra y huirme. La Isabelita gritó: mi vida, mi vida; no nos has visto? Herido como un rayo me arrojé precipitadamente sobre un asiento; la chiquilla se me echó al cuello acariciándome y diciendome al oido: ¡por qué lloras? No sé si Teresa me miró; se desapareció por una calle de árboles. A la media hora volvió á llamar á la niña que estaba todavia en mis rodillas, y le reparé los ojos encendidos en llanto; no me habló, pero me hirió con una mirada, como si quisiera decirme: tú me has hecho tan infeliz.

JUNIO 2.

Hé aquí todo bajo su verdadero aspecto. Ay! no sabia yo que en mí se ocultase este furor que me embiste, me abraza, me aniquila; y no obstante no me mata. ¡Dónde está la naturaleza? dónde está su inmensa hermosura? dónde está aquel enlace pintoresco de collados que yo contemplaba desde la llanura, elevandome con la imaginacion à las regio-

nes de los cielos? me parecen àridas rocas, y no veo mas que precipicios. Sus faldas encubiertas de sombra hospitalaria son yá molestas para mí: yo me paseaba un tiempo por ellas, entre las engañosas meditaciones de nuestra débil filosofía. ¡De qué sirve hacernos conocer nuestras enfermedades, si no se nos dan los remedios para sanarlas?—Hoy oia gemir el bosque á fuerza de hachazos: los labradores derriban los róbles de doscientos años. Todo perrece aquí abajo! todo.

Miro las plantas que otras veces cuidaba de no pisar, y me detengo sobre ellas, y las arranco y las deshojo, arrojándolas entre el polvo que los vientos arrebatan. Qué no gimiera conmigo el universo!

Salí mucho ántes que el sol, y corriendo al traves de los surcos, buscaba en el cansancio del cuerpo algun sopor á esta alma tempestuosa. Mi frente estaba llena de sudor, y mi pecho anhelaba con difícil respiracion. Soplaba el viento de la noche, y me descomponía el cabello, y me helaba el sudor que me corria de las mejillas. Oh! desde aquella hora siento por todos mis miembros calosfrios, las manos yertas, los lábios lívidos, y los ojos errantes entre las nubes de la muerte.

Si á lo menos ella no me persiguie-

ra con su imágen á donde quiera que voy plantándoseme cara á cara: porque ella, Lorenzo, porque ella me escita aquí dentro un terror, una desesperacion, una rabia, una grande guerra.....y medito á veces arrebatarla y arrastrarla conmigo à los desiertos, lejos de la prepotencia de los hombres. —Ay desventurado! Me golpeo la frente y blasfemo,. .Me iré, me iré.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

ULTIMAS CARTAS

DE

JACOBA DÓRTIS.

SEGUNDA PARTE.

ÚLTIMAS CARTAS

DE

JACOBO DORTIS.



LORENZO AL LECTOR.

Tú quizás, oh! lector, ya te has hecho amigo del infeliz Jacobo; y deseas saber la historia de su pasión; por lo que para contártela, iré de aquí adelante interrumpiendo la serie de estas cartas.

La muerte de Laureta aumentó su melancolía, que además era ya bastante negra, por la inminente vuelta de Eduardo. Flaco, macilento, con los ojos sumidos, pero abiertos y pensativos, la voz cortada, andaba casi siempre encapotado, á pa-

sos lentos, sin sombrero, y con el pelo desgredado por la cara; velaba las noches enteras por el campo y le viéron muchas veces de dia dormirse debajo de cualquier árbol

En tanto volvió Eduardo acompañado de un jóven, pintor, que regresaba de Roma su pais. Aquel dia mismo encontraron á Jacobo. Eduardo le salió al encuentro abrazándole; Jacobo casi desconcertado retrocedió, El pintor le dijo que habiendo oido hablar de él y de sus talentos, hacia mucho tiempo que deseaba conocerle....El le interrumpió: yo? soy un infeliz....se envolvió en su capote, se metió entre los árboles, y desapareció. Eduardo se quejó de esto al padre de Teresa, quien ya empezaba á entrever la pasion de Jacobo.

Teresa dotada de una índole ménos severa, pero apasionada é ingénuo, propensa á una afectuosa melancolía, en la edad en que nos habla la dulce neccsidad de amar y

ser amados, empezó á confiar á Jacobo toda su alma, y poco á poco se enamoró; pero no se atrevia á confesarlo ni á sí misma, y desde la noche de aquel beso fatal, vivia reservada, huyendo de su amante, y temblando á la vista de su padre. Léjos de su madre, sin consejo y sin consuelo, asustada de su futuro estado, y combatida por la virtud y el amor, se volvió solitaria; casi nunca hablaba, leia siempre, descuidaba el dibujo, su harpa y sus vestidos, y muchas veces la sorprendieron los criados con los ojos inundados de lágrimas. Huia la compañía de las jóvenes amigas suyas, que en la primavera venian de temporada à los Collados-Euganeos; y alejándose de todos, hasta de su hermanita, se sentaba horas enteras en los sitios mas sombríos del jardin. Reinaba, por tanto, en aquella casa un silencio y una cierta desconfianza que turbaron al esposo, traspasado además por las ma-

*neras desdeñosas de Jacobo, incapaz de simulacion. Naturalmente hablaba con énfasis, y aunque en la conversacion era taciturno, entre sus amigos escogidos era locuaz, risueño, y de una alegría franca, excesiva. Mas en aquellos dias sus palabras y todos sus actos eran vehementes y amargos como su alma. Instigado una noche por Eduardo que justificaba el tratado de Campo-Formio, se puso á disputar, á gritar como un energúmeno; á amenazar, á golpearse la cabeza, y á llorar de cólera. Tenia siempre un aire absoluto; pero el Sr. T*** me contaba, que entónces ò estaba sumergido en sus pensamientos, ó si discurria, se exaltaba repentinamente, sus ojos daban miedo, y á veces en medio del discurso los bajaba inundados de llanto; Eduardo se volvió mas circunspecto, y sospechó la causa de la mudanza de Jacobo.*

Así pasó todo junio. El pobre jóven se ponía cada vez mas tétrico

y enfermo ; ni escribía ya á su familia, ni respondía á mis cartas. Muchas veces le vieron los aldeanos cabalgar á rienda suelta por lugares escabrosos, y en medio de las breñas, y al traves de los fosos, conservando la vida milagrosamente. Una mañana estando el pintor sacando la perspectiva de los montes, oyó su voz entre el bosque, se le acercó á escondidas, y oyó que declamaba una escena del Saul. Entonces logró dibujar el retrato de Dórtis, cabalmente cuando él se detenía pensativo, despues de haber proferido los siguientes versos del acto II, escena I.*

.....furioso
 Yá me hubiera en las huestes enemigas
 Lanzado tiempos ha, ya hubiera roto
 Así la vida misera que paso.**

*De Alfieri.—EL TRAD.

**.....precipitoso
 Già mi sarei fra gl' inimici ferri
 Scagliato io da gran tempo, avrei già tronca
 Così la vita orribile ch' io vivo.

Despues le vió treparse hasta la cima de la montaña, mirar hácia abajo resueltamente con los brazos abiertos, y retroceder de un golpe exclamando : ¡ oh madre mia !

Un domingo se quedó á comer en casa de T..* Suplicó á Teresa que tocara, y le dió el harpa él mismo. Cuando empezaba á tocar entró su padre, y se le sentó al lado, Jacobo parecia inundado de una deliciosa tristeza y su aspecto se iba reanimando : mas luego poco á poco inclinó la cabeza, y recayó en una melancolia mas lastimosa que la primera. Teresa le veia y se esforzaba por reprimir el llanto : Jacobo lo notó, y no pudiéndose contener, se levantó y se fué. El padre enternecido se volvió á Teresa diciéndole : hija mia, con qué tú quieres precipitarte? A estas palabras se le dexaron repentinamente las lágrimas : se tiró en los brazos de su padre, y le confesó....—Entonces entró Eduardo á llamar á comer, y la ac-*

*ñitud de Teresa y la turbacion del Sr. T*** le confirmáron en sus sospechas. Esto lo he oido de boca de Teresa.*

Al dia siguiente, que fué la mañana del 7 de julio, Jacobo fué á casa de Teresa, y encontró allí al novio y al pintor que les estaba haciendo el retrato nupcial. Teresa confusa y temblando salió de prisa como para buscar alguna cosa que se habia olvidado ; mas al pasar delante de Jacobo, le dijo ansiosamente y en voz baja : mi padre sabe todo. El no hizo movimiento, sinó que se paseó tres ó cuatro veces de arriba abajo por la sala, y salió. En todo aquel dia no se dejó ver de alma viviente. Miguel que le esperaba á comer, le buscó en vano hasta la noche. No vino á casa hasta media noche dada. Se tendió vestido sobre la cama, y mandó á dormir al criado. Poco despues se levantó y escribió.

MEDIA-NOCHE.

Yo he dirigido á la Divinidad mis gracias y mis votos; pero no la he temido jamas. Y no obstante ahora que siento todo el azote de la desventura, la temo y le suplico.

Mi entendimiento está ciego, mi alma está postrada, mi cuerpo está abatido por la languidez de la muerte.

Es verdad! los desgraciados tienen necesidad de otro mundo diferente de este: aquí comen un pan amargo y beben el agua mezclada con lágrimas. La imaginacion lo crea, y el corazon se consuela. La virtud, siempre infeliz aquí abajo, persevera con la esperanza de un premio. ¡Pero desgraciados de aquellos que para no ser malvados necesitan de la religion!

Me he postrado en una capilla que hay en Arquá, porque sentia que la mano de Dios pesaba sobre mi corazon!

¡Soy yo débil acaso, Lorenzo? Ah! que el cielo no te haga jamas sentir la necesidad de la soledad, de las lágrimas y de una iglesia!

A LAS DOS

El cielo está tempestuoso; hay pocas estrellas y pálidas; y la luna medio

sepultada entre las nubes, hiere con rayos lívidos mis ventanas.

AL ALBA.

Lorenzo, no oyes? te invoca tu amigo: qué sueño! despunta un rayo del día; y quizás para exasperar mis males. —Dios no me oye. Antes bien me condena á cada instante á la agonía de la muerte: y me obliga á maldecir mis días, que sin embargo no están manchados con delito alguno.

¿Qué si tú eres un Dios fuerte, prepotente, celoso, que castigas las iniquidades de los padres en los hijos, y que visitas en tu furor la tercera y la cuarta generacion,* ¿podré esperar aplacarte? No, me domina tu ira, con la cual te sientas en el infierno *soplando las llamas,*** que deben quemar millones y millones de pueblos, á los cuales no te has hecho conocer.

Mas, ay! conozco que necesito de tí; pero despójate de los atributos con que los hombres te han vestido, para hacerte semejante á ellos. ¿No eres tú el padre de la naturaleza, y el consolador de los afligidos? Oyeme, pues. Este co-

*Exodo XX. 5.

**Malachías III. 3.

razon te siente ; mas no te ofendan estas lágrimas que la naturaleza exige del hombre. Yo no murmuro contra tí. Llorando é invocándote, solo procuro libertar esta alma :—libertarla ? ah ! no, jamás : ella está llena ; mas no de.....

Hé ahí, Lorenzo, fuera de mis labios el delito por el cual Dios ha retirado sus miradas de mí.—Nunca lo he adorado como á Teresa.—Que blasfemia ! ¿ igual á Dios aquella que de un soplo será esqueleto y nada ? Mira al hombre humillado ! ¿ Conqué á Teresa la antepondré al mismo Dios ? Ah ! que ella difunde una belleza celestial é inmensa, una belleza omnipotente ! Yo tiendo una mirada sobre el universo, y contemplo con ojo atónito la eternidad ; todo es caos, todo se desvanece y aniquila ; el mismo Dios se me presenta incomprendible.....mas Teresa está siempre delante de mí.

Dos días despues enfermó ; el padre de Teresa fué á visitarle ; aprovechóse de aquel momento para persuadirle que se alejara de los Collados-Eugáneos. Discreto y generoso, estimaba el ingénio y el alma elevada de Jacobo, y le amaba como al amigo mas querido que habia tenido en su vida. Me aseguró que tal vez en otros tiempos habria creído hacer feliz á su hija ca-

sándola con un hombre, que si participaba de algunos defectos de su tiempo, decía él, tenía el corazón y las virtudes de otro siglo. Pero Eduardo era rico y de una familia en cuya parentela evitaba las asechanzas de sus enemigos que le acusaban de haber deseado la verdadera libertad de su país, delito capital. Emparentando con Dórtis, habría acelerado la ruina de este y la de su propia familia. Además de que había empeñado su palabra: y para mantenerla había llegado á dividirse de una muger que amaba. Ni el estado de sus negocios domésticos le permitían casar á Teresa con mucha dote, necesario á la mediocre fortuna de Dórtis. Esto me lo escribió el Sr. T* *, y se lo dijo á Jacobo, quien le escuchó con mucha paciencia. Pero cuando le oyó hablar de la dote.—No, le interrumpió: desterrado, pobre, desconocido de todo el mundo, me querria enterrar vivo, ántes que pedir os vuestra hija por esposa: soy desgraciado, pero no vil: yo no reconoceré jamas mi fortuna por el dote de mi muger. Vuestra hija es rica, y está prometida —Con que... respondió el Sr. T* *. Jacobo no chistó; pero volvió los ojos al cielo; y despues de un largo rato: oh! Teresa, exclamò: eres en verdad infeliz!—Oh, amigo mio, le repu-

*so entónces amorosamente el Sr. T**:*
 quién la ha hecho infeliz, quién sino
 vos! ella por amor mio se habia resig-
 nado á su destino, y ella sola podia poner
 alguna vez en paz á sus pobres padres.
 Os ama; y desde entonces vos, que
 tambien la amais con tanta delicadeza,
 vos mismo le arrebatáis un esposo, y
 turbáis la paz de una familia que os
 ha mirado siempre como á un hijo pro-
 pio. Ceded, alejaos por algun tiempo.
 Vos habriais tal vez temido hallar en
 mí un padre severo, mas yo tambien
 he sido demasiado desgraciado: he sen-
 tido las pasiones, y he aprendido á
 compadecerlas. Tened compasion de mí,
 de vuestra juventud y de la reputa-
 cion de Teresa. Su belleza y su sa-
 lud van desfalleciendo; su alma gime
 en el dolor, y por vos solamente, por
 vos. Yo os lo suplico en nombre de
 Teresa, idos; sacrificad vuestra pa-
 sion á su felicidad; y no me hagais el
 padre mas infeliz que ha nacido." *Ja-
 cobo parecia enternecido, mas no res-
 pondió.—Su mal se agravaba; en los
 dias siguientes le atacó una fiebre co-
 dientísima.*

*Entre tanto yo abrumado por las úl-
 timas cartas de Jacobo, y por las del
 padre de Teresa, apuraba todos los
 medios de acelerar la partida de mi
 opbre amigo, único remedio á su de-*

sesperada pasion. Ni tuve corazon para hablarle á su madre, que conocia su índole capaz de eccesos, y solo le dije que estaba un poco enfermo, y que la mutacion de aires le convendria.

En aquel mismo tiempo empezaban á ser mas feroces las persecuciones en Venecia. No habia leyes, sino tribunales omnipotentes; no habia acusadores ni defensores, sino espías de pensamientos, delitos desconocidos, penas repentinas inapelables. Los mas sospechosos gemian en las cárceles, y los otros aunque de antigua y honrada reputacion, éran arrancados de noche de sus casas, arruinados por los pillos, arrastrados á los confines, y abandonados á la ventura, sin el adios de los suyos, y destituidos de todo socorro humano. Para algunos pocos, el destierro sin estas circunstancias violentas é infames, fué la mayor clemencia. Yo tambien tardio, mas no último mártir, há muchos meses que ando prófugo por la Italia, volviendo sin esperanza alguna los ojos llorosos hácia las riberas de mi patria. Por lo que yo entonces, temblando tambien por la seguridad de Jacobo, persuadí á su desolada madre á que le escribiese, para que, hasta tiempos mejores, buscase un asilo en algun otro pais, tanto mas, cuanto que cuando dejò á Padua se le

escusó alegando los mismos temores. Se confió la carta á un criado que llegó á los Collados-Eugáncos el 15 de julio por la noche, y halló á Jacobo todavía en cama, aunque muy mejorado. Estaba sentado á su lado el padre de Teresa. Leyó la carta para sí, y la puso sobre la almohada; poco despues la volvió á leer muy conmovido, mas no dijo palabra.

El dia 19 se levantó: aquel mismo dia su madre le volvió á escribir, mandándole dinero, dos letras de cambio y varias cartas de recomendacion, rogándole por el amor de Dios, que partiese. Aquella tarde fué á casa de Teresa, y no encontró mas que á Isabelita, la cual toda enternecida contó que él se sentó mudo, se levantó, la besó y se fué. Una hora despues volvió, y al subir por la escalera la encontró de nuevo, y la estrechó al pecho, la besó muchas veces, y la bañó de lágrimas; se puso á escribir, cambió muchos pliegos, y los rompió despues todos. Se paseó pensativo por la huerta: pasando un criado le vió oscurecer tendido; y volviendo á pasar le halló de pié á la puerta, en acto de salir con la cabeza vuelta hácia la casa, en donde daba la luna.

Vuelto á su casa despachó el mensaje ro, respondiendo á su madre que al alba del dia siguiente saldria. Mandó alis-

tar los caballos en la posta mas inmediata ; ántes de acostarse escribió la carta siguiente para Teresa , y la entregó al hortelano. Al alba partió.

A LAS NUEVE DE LA NOCHE.

Perdóname , Teresa , yo he turbado tus dias , y la paz de tu familia ; mas huiré . . sí . No creia yo tener tanta constancia . Puedo dejarte sin morir de dolor á tus pies , y no es poco : salgamos de este momento , miéntras el corazon me rige , y la razon no me abandona del todo . Pero mi alma toda está sumergida en el único pensamiento de amarte siempre , siempre , y de llorarte .—Si tú lo quieres , me impondré el deber sagrado de nunca mas escribirte ; sepultaré mis gemidos en mi corazon ; mas yo no te veré , no , nunca mas ! Hoy te he buscado en vano para darte el último adios . Ah ! permíteme solamente , Teresa mia , estos últimos renglones , que baño con las mas **amargas** lágrimas . Mándame en cualquier tiempo á cualquiera parte tu retrato . Si la amistad , si el amor , si la compasion te hablan aun en favor de este desconsolado , no me niegues el placer que endulzará todos mis males . Tu padre mismo me lo concederá ; él , sí , él que podrá verte y oírte , y llorar contigo ;

mientras yo en las horas fantásticas de mi dolor y de mis pasiones, enfadado de todo el mundo, desconfiando de todos, con un pié en la sepultura, me confortaré siempre, besando dia y noche tu imágen sagrada; y así tú me infundirás desde léjos constancia para soportar aun esta vida mia. Serán ménos angustiosas mis noches, y ménos tristes mis dias solitarios, aquellos pocos dias que podré vivir sin tí. Muriendo volveré á tí las últimas miradas, te recomendaré mi último suspiro, verteré sobre tí toda el alma mia, te llevaré conmigo á mi sepulcro, pegada contra mi pecho.

Oh ángel! tú me has asistido con tanto esmero en mi corta enfermedad: te lo agradezco con el corazon, te lo agradezco.

Tengo la única carta tuya que me escribiste cuando estaba en Padua: tiempo feliz! ¡mas quién lo habria dicho? Unico y sacro testimonio de mi dolor y del amor mio, no me abandonará jamas, jamas. Oh, Teresa mia! estos son delirios; pero el hombre sumamente miserable no tiene otro consuelo. Adios, perdóname, Teresa mia, perdóname.— Ay de mí! yo me creia mas fuerte!

Te escribo mal, y con una letra apenas leible. Mas te escribo abrasado de la fiebre, con el alma lacerada y el

llanto en los ojos.—Por compasion no me niegues tu retrato. Entrégaselo á Lorenzo. Si yo muriere antes que él pueda hacérmelo llegar, lo custodiarà como herencia santa y preciosa, que le recuerde siempre tus virtudes y tu belleza, y el último, eterno, infelicísimo amor de su mísero amigo. Adios, adios.

Si mi lánguida salud, si mis desgracias y mi tristeza me cavaren mi sepultura, concédeme que yo me haga grata la muerte, con la certeza de que tú me has amado....Ay! ahora siento todo el dolor en que te dejo. Oh! si pudiera morir à tu lado! Oh! si pudiera á lo menos morir, y ser sepultado en la tierra que ha de tener tus huesos. Adios, no puedo mas. Adios.



Todos estos fragmentos que siguen estaban escritos en diversas hojas.

ROVIGO, JULIO 20.

Yo la miraba, y me decia á mí mismo: ¿què seria de mí si no pudiese verla mas? y corria á llorar de consuelo, sabiendo que le estaba cercano: y ahora? la he perdido.

¿Qué cosa es yá el universo? qué parte de la tierra podrá sostenerme sin

Teresa? y me parece que no estoy lejos de ella sino soñando. He tenido tanta constancia? y corazon bastante para partir así.....sin verla? ni un beso, ni un solo adios! A cada instante creo estar á la puerta de su casa, y sentarme á su lado. Yo huyo; ¡y con qué velocidad cada minuto me aleja de ella, siempre mas! Y entre tanto? cuántas caras ilusiones! mas....yo la he perdido. Yà no sé obedecer ni á mi voluntad, ni á mi razon, ni á mi corazon atolondrado: me dejo arrastrar por el brazo prepotente de mi destino. Adios, adios, Lorenzo.



FERRARA, JULIO 20 [*por la noche.*]

Yo pasaba el Pó, y miraba sus inmensas aguas, y muchas veces estuve para precipitarme, y hundirme y perderme para siempre. Todo es un punto!—Ah! si yo no tuviese una madre querida y desgraciada, á quien mi muerte costaria amarguísimas lágrimas!

Mas no acabaré así como un cobarde. Sostendré toda mi desventura: beberé hasta la última lágrima del llanto que me ha señalado mi destino; y cuando la defensa sea vana, desesperadas todas las pasiones, todas las fuerzas consumidas, cuando tuviere valor para mi-

rar la muerte cara á cara, y raciocinar tranquilamente con ella, y saborearme con su amargo cáliz, entónces....

Mas ahora que hablo, no está quizás todo perdido? y solo me queda la memoria y la certeza de que todo se ha perdido?—has probado tú jamas aquella plenitud de dolor, cuando nos abandonan todas las esperanzas?

Ni un beso? ni un último adios! pero tus lágrimas, sí, me seguirán al sepulcro. Mi salud, mi suerte, mi corazón, tú.. tú!—en suma, todo se con-jura, y yo os obedeceré á todos.

A LAS.....

Y he tenido valor de abandonarla? y te he abandonado, oh Teresa! en un estado mas deplorable que el mio. ¡Quién será ya tu consolador? y temblarás solo de mi nombre, pues he colmado tu desventura. Yá no tenemos amparo alguno en los hombres, ni consuelo alguno en nosotros mismos. Yá no sé mas que suplicar al Dios Supremo, y suplicarle con mis gemidos, y buscar alguna ayuda fuera de este mundo, en donde todo nos persigue y nos abandona, y si los sollozos y las plegarias, y el remordimiento que yá es mi verdugo,

fuesen ofrendas aceptas al cielo, ah! tú no serias tan infeliz, y yo bendeciria todos mis tormentos. Entre tanto en mi desesperacion mortal, quien sabe en qué peligros estas! ni yo puedo defenderte, ni enjugar tu llanto, ni recoger en mi pecho tus secretos, ni participar de tus aflicciones. Yo no sé donde huyo, ni como te dejo, ni cuando podré volver á verte....

† Padre cruel.. Teresa es tu sangre, aquel altar está profanado; la naturaleza y el cielo maldicen aquellos juramentos; el espanto, los celos, la discordia y el arrepentimiento girarán bramando en torno de aquel lecho, y ensangrentarán tal vez aquellos lazos.. Teresa es hija tuya; aplácate. Te arrepentirás acaso amargamente, mas en vano: ella un dia tal vez en el horror de su estado, maldecirá sus dias y sus padres, y turbará con sus quejas tus huesos en el sepulcro, cuando ya tú no podrás socorrerla. Aplácate.. —¡Ay de mí! tú no me escuchas.... Y ¡á dónde la arrastrais?.... la víctima está sacrificada! yo oigo su gemido.... mi nombre en su último suspiro! Bárbaros! temblad.... la sangre vuestra, mi sangre.. y Teresa será vengada!—Ay! delirio....

Mas tú, Lorenzo mio, que no me ayudas? yo no te escribia, porque una tempestad de ira, de celos, de venganza,

de amor, se enfurecia dentro de mí; y tantas pasiones se me agolpaban en el pecho, y me sofocaban, y casi me destrozaban; yo no podia proferir palabra, sentia el dolor empedernido dentro de mí....y este dolor reina aun, y me corta la voz y los suspiros, y me seca las lágrimas;....conozco que me falta gran parte de la vida, y lo poco que me resta todavía, me parece envilecido por la languidez y la tristeza del sepulcro.

Me irrito muchas veces de haberme ausentado, y me acuso de vileza. ¿Por qué no se atrevieron á insultar mi passion? Si alguno hubiera mandado à aquella infeliz que no me viera mas, si me la hubieran arrebatado á viva fuerza, ¿piensas tú que yo la habria dejado jamás? ¿Pero debia yo pagar con ingratitude á un padre que me llamaba amigo, que tantas veces conmovido me habia abrazado diciéndome—*y por qué la suerte te ha unido con estos desgraciados?* ¿Podia yo precipitar en el deshonor y en la persecucion á una familia, que en otras circunstancias habria dividido conmigo su felicidad y su infortunio? Y qué podia responderle yo, cuando él me decia suspirando y rogándome—*Teresa es hija mia!* —Si, devoraré en el remordimiento y en la soledad todos mis dias; pero daré gracias á aquella tremenda mano invisible que me alejó de aquel precipicio,

cayendo en el cual habria arastrado conmigo hasta la sima aquella jóven inocente. ¡Ojalà que pudiera esconderme de todo el universo, y llorar mis desventuras!...mas llorar los males de aquella celestial criatura, y llorarlos cuando los he exasperado....

† Ninguno sabe el secreto que tengo sepultado aquí dentro.—Y este sudor frio repentino, y este retraerme....y el lamento que todas las noches sale del seno de la tierra, y me llama....y aquel cádáver.....

† Despunta apenas el dia, y ya estoy para partir. Cuánto tiempo há que la aurora me encuentra siempre en un sueño de enfermo! Por la noche jamás hallo sosiego. Poco há desencajaba mis ojos ahullando, mirándome al rededor como si viera sobre mi cabeza al verdugo. Siento al despertarme ciertos terrores, semejante á aquellos desgraciados que tienen las manos calientes de delitos.—Adios, adios. Me voy, y cada vez mas léjos. Hoy te escribiré desde Bolonia. Da las gracias á mi madre. Suplícala que bendiga á su pobre hijo. Si ella supiese toda mi situacion! Pero calla, sobre sus llagas no le abras otra nueva.

BOLONIA, JULIO 24 [*á las diez.*]

¿Quieres tú echar sobre el corazón de tu amigo alguna gota de bálsamo? Haz que Teresa te dé su retrato, y entrégalo á Miguel, que te lo mando, previniéndole que no vuelva sin tu respuesta. Vé tú mismo á los Collados-Eugáneos: tal vez aquella desgraciada tendrá necesidad de quien la compadezca. Lee algunos fragmentos de cartas que en mis afanosos delirios intentaba escribirte. Adios.—Si vieres á Isabelita, dale mil besos de mi parte. Cuando yá nadie se acordare de mí, quizás ella nombrará algunas veces á su Jacobo. ¡Oh, querido amigo! envuelto en tantas miserias, desconfiado por la perfidia de los hombres, con un alma ardiente, y que todavía quiere amar y ser amada ¿de quién puedo confiarme, sino de una jovencilla no corrompida aun por la esperiencia y el interes, y que por una secreta y suave simpatía, me ha bañado tantas veces con su llanto inocente? Si supiese algun dia que ella me habia olvidado, me moriria de dolor.

Y tú, Lorenzo mio, tú me abandonarás? La amistad, pasion querida de la juventud, y único consuelo del infuortunio, desfallece en la prosperidad. Ay, los amigos; amigos! Tú no me perderás

sino cuando yo descienda á la tierra. A veces dejo de quejarme de mis desgracias, porque sin ellas acaso no sería digno de un amigo; ni tendria un corazon capaz de amarle. Mas cuando yo no viva yá, y tú hubieres heredado de mí el cáliz de las lágrimas...ah! no busques otro amigo, fuera de tí mismo.

—◆—

BOLONIA, JULIO 28 [*por la noche.*]

Me pareceria, sin duda, estar ménos mal si yo pudiera dormir largamente un gravísimo sueño. El opio no basta; me despierta despues de breves letargos llenos de visiones y de delirios. Y yá van muchas noches! Me he levantado con intencion de escribirte, mas no me lo permite ni la cabeza, ni el pulso. Volveré á acostarme. Parece que mi alma sigue el estado negro y borrascoso de la naturaleza. Oigo diluviar; y estoy tendido con los ojos desencajados. Dios mio! Dios mio!

—◆—

BOLONIA, AGOSTO 12.

Trece dias hace yá que Miguel salió por la posta, y todavía no vuelve: y no veo carta tuya. ¡Tambien tú me dejas?

Por Dios escíbeme á lo menos! esperaré hasta el lunes, y despues tomaré la vuelta de Florencia. Aquí me estoy todo el dia en casa, por no verme empujado entre tanta gente; y por la noche voy tontamente por la ciudad, como un mochuelo, y siento que me parten el alma tantos indigentes que yacen por las calles, y gritan: pan, pan; no sé si por culpa suya ó de otros.....sé que llora la humanidad. Hoy volviendo del correo me encontré con dos miserables que sacaban para el patíbulo: pregunté á los que se me amontonaban encima; y me respondieron que uno habia robado una mula, y el otro 56 pesetas, por hambre.* Ay sociedad! Y si no hubiera leyes protectoras de aquellos que para enriquecerse con el sudor y con el llanto de sus mismos conciudadanos,

**Me parecia al principio exagerada esta relacion; mas luego ví que en el estado Cisalpino no habia un código criminal. Se juzgaba por las leyes de los gobiernos que habian caido; y en Bolo-
nia por los decretos férreos de los cardenales, que castigaban de muerte todo hurto calificado que excediese de 52 pesetas. Mas los cardenales mitigaban casi siempre la pena, lo cual no puede concederse á los tribunales de la República.*

los reducen á la necesidad y al delito, ¿serian despues tan necesarias las prisiones y los verdugos? No soy tan loco que pretenda arreglar de nuevo á los mortales; mas ¿por qué me impedirán gemir sobre sus miserias, y mas que todo sobre su ceguedad?—Y me dicen que no hay semana sin carnicería; y el pueblo concurre á ella como á una fiesta solemne. En tanto los delitos crecen con los suplicios. No, no; yo no quiero respirar mas este aire que humea siempre con la sangre de los miserables. Y á dónde?....



FLORENCIA, AGOSTO 27.

Estuve poco ántes adorando los sepulcros de Galileo, de Machiavelli, y de Miguel Angel; contemplándolos, temblaba con un sagrado calofrio. Los que han erigido aquellos mausoleos, esperan acaso disculpase de la pobreza y de las cárceles con que sus abuelos castigaban la grandeza de aquellos entendimientos divinos? ¡Oh, cuántos perseguidos en nuestro siglo serán venerados por la posteridad! Mas, y las persecuciones y los honores son documentos de la maligna ambicion que roe al humano rebaño.

Junto á aquellos mármoles, me pare-

cia revivir en mis ardientes años, cuando velando sobre las obras de nuestros grandes antepasados, me echaba con la imaginacion entre los aplausos de las generaciones futuras. Mas ahora son cosas demasiado altas para mí. . . . y locuras acaso. La mente mia está ciega, los miembros vacilantes ; y el corazon trastornado, aquí en lo mas hondo.

Quédate con las cartas de recomendacion, sobre que me escribes : he quemado las que me mandaste. No quiero mas ultrages, ni favores de ninguno de los hombres poderosos. •El único mortal que deseaba conocer era Victorio Alfieri ; mas oigo decir que él no recibe à ninguna persona nueva ; y yo no presumo hacerle quebrantar este su propósito, derivado acaso de los tiempos de sus estudios, y mas aun de sus altas pasiones, y de la esperiencia que tiene de la sociedad. Y aunque fuese una debilidad ; las debilidades de los grandes hombres han de respetarse : y el que no las tenga, tire la primera piedra.

FLORENCIA, SETIEMBRE 7.

Abre las ventanas, Lorenzo, y saluda desde mi cuarto à mis Collados. En una hermosa mañana de setiembre sa-

luda en mi nombre al cielo, á los lagos, á las llanuras que se acuerdan todos de mi niñez, y en donde por algun tiempo he reposado, despues de las ansiedades de la vida. Si paseando en las noches serenas, los pies te condujesen hácia los caminos de la parroquia, te ruego que subas al Monte de los Pinos, que conserva tantas dulces y funestas memorias mias. Al pié de la cuesta, pasado el matorral de tilos que hacen el aire siempre fresco y oloroso; allí en donde aquellos arroyuelos forman una lagunita, hallarás el sauce solitario, bajo cuyas ramas llorosas me estaba muchas horas postrado hablando con mis esperanzas. En llegando junto á la cima tambien oirás acaso un cuclillo, que parecia que todas las noches me llamaba con su lúgubre metro, y solo lo interrumpia cuando se apercibia de mi murmullo, ó de las pisadas de mis pies. El pino donde entónces estaba escondido, hace sombra á los restos de una capillita, en donde antiguamente ardia una lámpara delante de un crucifijo: un rayo la destrozó; y aquellas ruinas medio soterradas, me parecian en la obscuridad piedras sepulcrales, y muchas veces pensaba yo erigir en aquel lugar y en aquellas sombras secretas mi túmulo. Y ahora? quien sabe en donde dejaré mis huesos. Consuela á todos los

aldeanos que te preguntaren por mí. En un tiempo se me amontonaban en torno y yo los llamaba mis amigos, y ellos me llamaban su bien-hechor. Yo era el médico mas grato á sus chiquillos enfermos; oia amorosamente las quejas de aquellos infelices labradores, y componia sus diferencias; filosofaba con aquellos rústicos viejos caducos, ingeniándome para alejar de su fantasía los terrores de la religion, y pintándoles los premios que el cielo reserva al hombre cansado de la pobreza y del sudor. Mas ahora estarán quejosos, porque yo en estos últimos meses, pasaba mudo y distraido sin responder tal vez á sus saludos; y divisándolos de léjos, cuando volvian de los trabajos cantando, ó guiaban los ganados, yo los evitaba emboscándome en lo mas negro de la selva. Me veian al alba saltar los fosos, y chocar inconsideradamente contra los arbustillos, los cuales meciéndose me echaban el rocío sobre los cabellos; y así apresurarme por la pradera, y despues treparme al monte mas alto, donde deteniéndome de pié y anheloso, con los brazos abiertos al Oriente, esperaba al sol para quejarme con él; porque yá no salia alegre para mí. Te señalarán la altura de la roca, sobre la cual, mientras el mundo estaba adormecido, yo estaba sentado, atento al lejano fragor de las aguas,

•

y al zumbido del aire cuando los vientos acumulaban casi sobre mi cabeza las nubes y las empujaban á envolver la luna, que poniéndose, iluminaba de rato en rato en la llanura con sus pálidos rayos las cruces colocadas sobre los túmulos del cementerio; y entónces el aldeano de las chozas vecinas, por mis gritos despertándose asustado, se asomaba á la puerta y me oía en aquel silencio solemne dirigir mis preces, y llorar, y ahullar, y mirar desde lo alto á las sepulturas, é invocar la muerte. ¡Oh antigua soledad mia! ¡En dónde estás? No hay terron, ni gruta, ni árbol que no reviva en mi corazón, alimentándome aquel suave y patético deseo, que siempre acompaña fuera de su casa al hombre desterrado é infeliz. Me parece que mis placeres, y mis mismos dolores, que á veces en aquellos lugares me eran gratos....todo, en fin, lo que es mio, se ha quedado contigo; y que aquí no se arrastra peregrinando sino el aspecto del pobre Jacobo.

Mas tú, mi único amigo, ¿por qué me escribes apénas dos palabras solas anunciándome que estás con Teresa? y no me dices ni como vive, ni si se atreve á nombrarme, ni si Eduardo me la ha arrebatado. Corro y recorro á la estafeta, mas en vano; y vuelvo lento, estraviado; y se me lee en la cara el

presentimiento de una grave desgracia. Y me parece á cada instante oírme anunciar mi sentencia de muerte.... *Teresa ha jurado.*—Ay de mí! ¿cuando cesarán mis fúnebres delirios, y mis locos alucinamientos? de ilusion en ilusion?... Adios, adios.



FLORENCIA, SETIEMBRE 17.

Tú me has clavado la desesperacion en el corazon. Yá veo que Teresa intenta olvidar á este infeliz. Su retrato ¿le habia mandado á su madre ántes que yo le pidiese?—Tú me lo juras, y yo lo creo; pero...vaya! tú mismo procurando sanarme, te conjuras tal vez en disputarme el único bálsamo para mis entrañas laceradas.

Oh esperanzas mias! se alejan todas: y yo me estoy aquí abandonado en la soledad de mi dolor.

En quién debo ya confiar? No me hagas traicion, Lorenzo: yo no te perderé jamas de mi pecho, porque tu memoria es necesaria al amigo tuyo: en cualquiera adversidad tuya, tú no me habrias perdido. ¿Con qué yo estoy destinado á ver que todo se me desvanece delante de mí?...hasta el único resto de tantas esperanzas? Cómo ha de ser? yo no me quejo ni de ella, ni de tí.....

sino de mí mismo y de mi fortuna.

Vosotros me dejareis todos, todos; pero mi corazón y mi gemido os seguirán á todas partes, y de todas partes os llamaré suspirando.—He aquí los dos únicos renglones de Teresa: “Tened respeto „á vuestros días; yo os lo mando..... „y á nuestras desgracias. No sois vos so- „lo infeliz. Tendreis mi retrato cuando „se pueda. Mi padre os llora conmigo.. „pero con las lágrimas me prohíbe el „escribiros mas; y yo llorando lo pro- „meto, y escribo llorando. Adios..... „adios para siempre.”

¡Con que tú eres mas fuerte que yo! sí; yo repetiré estas palabras como si fueran tus últimas voces: yo hablaré contigo otra vez, oh Teresa; mas solo en aquel día en que tenga toda la razón y el valor de separarme de tí eternamente.

Que si ahora el amarte con este amor insufrible, inmenso, y callar, y sepultarme á los ojos de todos te restituyese la paz; si mi muerte sola pudiese espíar para con nuestros perseguidores tu pasión, y adormecerla para siempre en tu pecho; yo suplico con todo el ardor y la verdad de mi alma, á la naturaleza y al cielo que me saquen finalmente del mundo. Mas tú, ay! vive; pues que puedes, feliz....pues que puedes todavía. Ahórrete el destino, mi dulce y desventurada amiga, todas las lágrimas

que yo vierto. Ojalá ! mas tú participas de mi doloroso estado ; y yo te he hecho infeliz. Y cómo he recompensado á tu padre sus cuidados amorosos, su confianza, sus consejos, sus caricias ? Y tú, en qué precipicio te encontrabas por mí ! Pero yo estoy pronto á cualquiera sacrificio ; mi vida, mi amor...yo te lo consagro todo, todo. No puedo culpar :ino á nuestro destino ; mas el haberte causado afanes es el mayor delito que puedo cometer.

Ay de mí ! ¿ Con quién hablo ?.....

Si esta carta te encuentra aún en mis Collados, Lorenzo, no se la enseñes á Teresa. No le hables de mí : si te pregunta por mí, dile que vivo, que vivo todavia....no le hables, en fin, de mí. Mas yo te lo confieso ; me complasco en mis enfermedades ; yo mismo palpo mis heridas en donde son mas mortales, y procuro irritarlas, y las contemplo ensangrentadas...y me parece que mis martirios traen alguna espacion á mis culpas, y un breve refrigerio á los males de aquella desventurada.—Adios mi único amigo, adios.

FLORENCIA, SETIEMBRE 25.

En estas tierras dichosas se despertaron de entre la barbarie las sagradas musas y las letras. A donde quiera que me vuelva encuentro las casas en que nacióron, y los piadosos solares en que reposan aquellos primeros grandes Toscanos: á cada paso temo pisar sus reliquias. La Toscana es un jardin: el pueblo naturalmente gentil; el cielo sereno; y el aire lleno de vida y de salud. Pero tú amigo no encuentra descanso: espero siempre—mañana,—en el pais inmediato... y el mañana llega, y héme aquí de ciudad en ciudad, y me siento siempre mas enfermo, y me pesa cada vez mas este estado de destierro y de soledad.—Ni aun me conceden proseguir mi viage. Habia determinado ir á Roma á postrarme sobre los restos de nuestra grandeza. Me niegan el pasaporte; el que mandó mi madre es para Milan: y aquí, como si yo viniera á conjurar, me han sitiado con mil preguntas; tendreis razon; pero yo os responderé mañana yéndome.—Así nosotros todos Italianos, somos desterrados y estrangeros en Italia, y alejados apénas de nuestro territorillo, ni ingenio, ni fama, ni puras costumbres nos sirven de escudo; y desgraciado de tí si te atreves á mostrar una

dracma de valor sublime ! Separados apenas de nuestras puertas, no hallamos quien nos recoja : saqueados por los unos, burlados por los otros, vendidos siempre por todos, abandonados de nuestros mismos conciudadanos, los cuales en vez de condolerse y socorrerse en la comun calamidad, consideran como bárbaros á todos aquellos Italianos que no son de su provincia, y en cuyos miembros no suenan las mismas cadenas. . . . dime, Lorenzo, ¿qué asilo nos queda? . . . Nuestras mieses han enriquecido á nuestros dominadores, mas nuestras tierras no ofrecen ni choza ni pan á tantos Italianos que la revolucion ha lanzado fuera del suelo nativo, y que desfalleciendo de hambre y de cansancio, tienen siempre al lado el único, el supremo consejero del hombre abandonado por toda la naturaleza, el delito ! ¿Qué otro asilo nos queda, pues, á nosotros, mas que el desierto ó la tumba? . . . y la vileza ! el que mas se envilece, mas vive tal vez ; pero vituperoso á sí propio, y mofado por aquellos mismos tiranos á quienes se vende, y por quienes será un dia traficada.

He corrido toda la Toscana. Todos los montes y todos los campos son célebres por las batallas fraternas de cuatro siglos atras ; los cadáveres en tanto de infinitos Italianos muertos entre sí, han hecho los fundamentos á los tronos de los

emperadores y de los papas. He subido á *Monteaperto* donde es infame todavia la memoria de la derrota de los Güelfos.* Blanqueaba apenas un crepúsculo de dia, y en aquel triste silencio, y en aquella fria oscuridad, con el alma llena de todas las antiguas y fieras desgracias que despedazan nuestra patria. . . . ¡ oh Lorenzo mio ! yo me sentia horripilar y erizar los cabellos ; yo gritaba de lo alto con una voz amenazante y asustada. Y me pareció que subian y bajaban por las sendas mas escarpadas de la montaña, las sombras de todos aquellos Toscanos que se habian muerto, con las espadas y los vestidos ensangrentados, y mirarse airados y bramar tempestuosamente, y envestirse, y rasgarse las antiguas heridas. . . . Oh ! ¡ por quién es esa sangre ? El hijo tronca la cabeza al padre, y la sacude por los cabellos. . . . ¡ Y por quién tanta criminal carniceria ? Los reyes por quienes os destrozais, en medio del her-

**Dante explica divinamente esta batalla en el X del infierno; y aquellos versos tal vez sugirieron á Dórtis el visitar á Monteaperto. Mas el lector puede sacar mas estensas noticias de los comentarios del Landino y del Vellutelio al canto citado, y de las Crónicas de Juan Villani, lib. IV. 83.*

vor de la pelea, se dán las manos, y pacíficamente se dividen vuestros vestidos y vuestro terreno.—Ahullando huí precipitadamente mirando hácia atras. Y aquellas horrorosas fantasías me seguian siempre... y todavia cuando me encuentro solo de noche, siento al rededor mio aquellos espectros, y con ellos uno mas tremendo que todos, y que yo solo conozco.... ¡Y por qué he de acusarte siempre, oh! patria mia, y compadecerte sin ninguna esperanza de poderte enmendar ó socorrer jamás?



MILAN, OCTUBRE 27.

Te escribí desde Parma, y despues de Milan el dia que llegué: la semana anterior te escribí una carta larguísima. ¡Cómo pues, la tuya me llega tan atrasada y por la via de Toscana, de donde salí desde el 28 de setiembre? Tengo una sospecha....nuestras cartas son interceptadas. Los gobiernos ostentan la seguridad de las propiedades; mas entre tanto atacan el secreto, la mas preciosa de todas; prohiben las quejas privadas; y profanan el asilo sagrado que las desgracias buscan en el seno de la amistad. Sea enhorabuena! Yo lo debia preveer; pero aquellos bribonazos no irán

mas á caza de nuestras palabras y pensamientos. Me desquitaré con que nuestras cartas de hoy en adelante viagen seguras.

Me pides noticias de José Parini: conserva su generosa fiereza, pero me parece abatido por los tiempos y la vejez. Yéndole á visitar le encontré á la puerta de su cuarto arrastrándose para salir. Me reconoció, y apoyándose en su baston me puso la mano sobre el hombro diciéndome: tú vienes á ver á este animoso caballo que se siente en el corazon la soberbia de su hermosa juventud; pero que ahora se cae en el camino, y solo se levanta por los azotes de la fortuna.

El teme ser echado de su cátedra, y encontrarse reducido, despues de setenta años de estudios y de gloria, á agonizar mendigando.

: MILAN, NOVIEMBRE 11.

Pedí la vida de Benvenuto Celini á un librero:—no le tenemos. Le pregunté por otro escritor; y entónces casi despechado me dijo, que él no vendia libros italianos. La gente decente habla elegantemente el frances, y apenas se entiende el toscano puro. Los actos pú-

blicos y las leyes están escritas en una lengua tan bastarda, que sus frases desnudas sellan la ignorancia y esclavitud de quien las dicta. Los Demóstenes Cisalpinos disputaron acaloradamente en su Senado, para desterrar con sentencia capital de la república, la lengua griega y latina. Se ha creado una ley, que tenia por único fin escluir de todo empleo al matemático Gregorio Fontana, y á Vicente Monti.* Pregunté en donde estaban los salones de los consejos legislativos: pocos me entendieron, poquísimos me respondieron, y ninguno supo enseñármelos.

MILAN, DICIEMBRE 4.

Sea esta la única respuesta á tus consejos. En todos los países he visto los hombres siempre de tres especies: los pocos que mandan, los muchos que intrigan, y la universidad que sirve. Nosotros no podemos mandar ni somos quizá tan astutos, no somos ciegos ni queremos obedecer, no nos dignamos de intrigar; y lo mejor es vivir como aquellos perros sin amo, á los cuales no les

* *Uno matemático insigne, y el otro insigne poeta.*

tocan ni buenos trozos ni palos.—¿Quieres tú que yo acate protecciones y empleos en un estado en donde soi reputado extranjero, y de donde el capricho de cada espía puede hacerme arrojarse? Tú me ensalsas siempre mi ingenio. ¿Sabes tú cuanto valgo? ni mas ni ménos que lo que vale mi renta: á no ser que yo hiciese el *literato de corte*, reprimiendo aquel noble atrevimiento que irrita á los poderosos, y disimulando la virtud y la ciencia, para no echarles en casa su ignorancia y sus iniquidades. Literatos!... Oh! tú diras, así es en todas partes. Sea enhorabuena: dejo el mundo como está; pero si yo quisiera entrometerme, querria ó que los hombres cambiasen de modos, ó que me hicieran cortar la cabeza sobre el cadalso, y esto me parece mas fácil: no porque los tiranelos no noten las intrigas; sino porque los hombres que han saltado desde las encrucijadas al trono, tienen necesidad de facciosos que despues no pueden contener. Hinchados de lo presente, sin ocuparse del porvenir, pobres de fama, de valor y de ingenio, se arman de aduladores y de satélites, de los cuales, aunque á menudo vendidos y burlados, no saben deshacerse: perpetua rueda de esclavitud, de licencia y de tiranía. Para ser amos y ladrones del pueblo, conviene antes dejarse oprimir y robar; y

conviene lamer la espada que gotea tu sangre. Asi podria tal vez pescarme un empleo, algunos miles de pesetas mas al año, remordimientos é infamia. Oyélo otra vez. *No representaré jamas el papel de pícaro pequeño.*

Tan seguro estoy de ser pisoteado; pero á lo menos entre la turba inmensa de mis coesclavos, semejante á aquellos insectos que inconsideradamente aplasta el que pasea. No me glorío como otros muchos de la esclavitud, ni mis tiranos se alimentarán de mi envilecimiento. Sirvan para otros sus injurias y sus beneficios, ¡y hay tantos aspirantes! Yo huiré del vituperio muriendo desconocido. Y cuando yo fuese obligado á salir de mi oscuridad, ántes que mostrarme afortunado instrumento de la licencia ó de la tiranía, quisiera ser víctima ilustre.

Si me faltase el pan y el fuego, y esta que me indicas fuese la única fuente de vida,—no quiera el cielo que yo insulte á la necesidad de tantos otros que no podrian imitarme—de veras, Lorenzo, yo me iria á la patria de todos, donde no hay delatores, ni conquistadores, ni literatos de corte, ni príncipes, donde las riquezas no coronan el delito, donde el miserable no es ajusticiado solo porque es miserable, y donde un dia ú otro irán todos á habitar conmigo y á mezclarse con la materia. . . . bajo tierra.

Trepándome sobre el precipicio de la vida, sigo una luz que descubro desde lejos y que no puedo alcanzar jamas. Antes bien me parece, que si yo estuviese con todo el cuerpo dentro de la huesa, y que me quedase sobre tierra solo la cabeza, veria siempre aquella luz flamear á mis ojos. ¡ Oh gloria ! tú corres siempre delante de mí, y así me alucinas á un viage, para el cual mis plantas yá no resisten. Mas desde el dia en que tú no eres yá mi única y primera pasion, tu resplandeciente fantasma empieza á consumirse y á desvanecerse....cae y se resuelve en un monton de huesos y de ceniza, entre los cuales veo de rato en rato vislumbrar algunos lánguidos rayos ; pero bien presto yo pasaré caminando sobre tu esqueleto, y sonriéndome de mi ambicion burlada.—Cuantas veces avergonzado de morir desconocido de mi siglo he acariciado yo mismo mis angustias, mientras me sentia con la necesidad y el valor de terminarlas. Ni habria quizas sobrevivido á mi patria, si no me hubiera detenido el loco temor de que la piedra puesta sobre mi cadáver no sepultase al mismo tiempo mi nombre. Lo confieso ; muchas veces he mirado con una especie de complacencia las miserias de Italia, porque me parecia que la fortuna y mi atrevimiento me reservaban el

mérito de libertarla. Ayer se lo decia á Parini....—Adios : aquí está el posta del banquero que viene á tomar esta carta, y el pliego lleno todo me dice que la acabe ; pero tengo todavia muchas cosas que decirte ; demoraré el mandártela hasta el sabado , y seguiré escribiéndote. Despues de tantos años de tan afectuosa y leal amistad, hénos aquí, y tal vez eternamente separados. A mí no me queda otro consuelo que llorar contigo escribiéndote : y asi me liberto un poco de mis pensamientos, y mi soledad se hace mucho ménos espantosa. ¡Sabes cuantas noches me despierto, y me levanto, y girando lentamente por los cuartos te invoco con mis gemidos ! me siento y te escribo : y aquellas cartas van todas manchadas de llanto, y llenas de mis piadosos delirios y de mis feroces propósitos. Pero no me da en el corazon el mandártelas. Guardo algunas, y las demas las quemo. Cuando despues el cielo me manda estos momentos, te escribo con toda la firmeza que puedo, para no contristarte con mi inmenso dolor. Ni me cansaré de escribirte ; cualquiera otro consuelo es perdido ; ni tú, Lorenzo mio, te cansarás de leer estas cartas, que sin vanidad y sin vergüenza te he escrito siempre en los mayores placeres, y en los mayores dolores de mi alma. Guardalas. Presiento, que algun dia te serán

necesarias para vivir, á lo mènos como pudieras, con tu Jacobo.

Me paseaba pues, ayer noche con aquel viejo venerable, en el suburbio oriental de la ciudad, bajo de un bosquecillo de tilos: él se apoyaba por una parte en mi brazo, y por la otra en su baston: y á veces se miraba los estropeados pies, y luego sin decir palabra se volvía hácia mí; como si se quejara de aquella enfermedad suya, y me die-
ra gracias por la paciencia con que le acompañaba. Se sentó en uno de aquellos asientos y yo con él: su criado estaba un poco retirado. Parini es el personaje mas dignitoso y mas elocuente que yo he conocido jamas; y por otra parte, un profundo, generoso, meditado dolor ¡á quién no da suma elocuencia? me habló largamente de su patria: bramaba por las antiguas tiranías y por la nueva licencia. Las letras prostituidas: todas las pasiones lánguidas y degeneradas en una indolente vilísima corrupcion, ni existe yá la sacra hospitalidad, ni la benevolencia, ni yá el amor filial....y luego me tejió los anales recientes, y los delitos de tantos hombrezuelos que yo me dignaria de nombrar, si sus iniquidades mostrasen el vigor de ánimo, no diré de Sylva y de Catilina, sino de aquellos animosos salteadores que arrostran el crimen aunque le vean inmediato el

patibulo...—Pero, ladroncillos, trémulos, insolentes...en fin, mas decente es callarlos.—A aquellas palabras yo me inflamé con un sobrehumano furor, y me levanté gritando: por qué no se tienta? ¡morirémos? pero nuestra sangre fructificará el vengador.—El me miró atónito: mis ojos en aquella dudosa claridad centelleaban espantosos, y mi abatido y pálido aspecto se realzó con un aire amenazante: me callé, pero se oia aun un estruendo que retumbaba sordamente dentro de mi pecho. Y proseguí: ¿no tendrémos remedio jamas? Ah! si los hombres trajesen siempre á su lado la muerte, servirian con tanta vileza? Parini no abrió la boca; pero apretándome el brazo me miraba cada vez mas fijo. Despues me atrajo, como dándome á entender que me volviese á sentar, y piensas tú, prorumpió, que si yo percibiese una vislumbre de libertad, me perderia, á pesar de mi enferma vejez, en estos vanos lamentos? oh jóven digno de otro siglo, si no puedes apagar ese tu ardor fatal, ¿por qué no le vuelves á otras pasiones?

Entónces miré á lo pasado; entónces me volví ávidamente á lo futuro: pero erraba siempre en el vacío, y mis brazos tornaban burlados sin poder estrechar nada, y conocí toda, toda la desesperacion de mi estado. Conté á

aquel gran italiano la historia de mis pasiones, y le pinté á Teresa como uno de aquellos genios celestiales que parece que decienden á iluminar la mansion tenebrosa de esta vida. Y á mis palabras y á mi llanto, el viejo suspiró mas de una vez de lo íntimo de su corazón. No, le dije yo, no veo y más que el sepulcro: tengo una madre tierna y benéfica; muchas veces me pareció verla rastrear temblando mis pisadas, y seguirme hasta la cumbre del monte donde yo estaba para derrocarme, y cuando yá me hallaba casi con todo el cuerpo abandonado al aire....élla me asia por la falda de los vestidos y me retraia, y yo volviéndome no oia mas que su llanto. No obstante....si élla supiera todos mis feroces males, imploraria élia misma al cielo el término de mis ansiosos dias. Mas la única llama vital que anima todavia este mi trabajado cuerpo, es la esperanza de tentar la libertad de la patria.—El se sonrió tristemente, y luego que notó que mi voz se debilitaba, y mis miradas se bajaban inmóviles al suelo, repuso: quizas ese tu furor de gloria podria llevarte á dificiles empresas; pero....creeme, la fama de los héroes debe un cuarto á su audacia, dos cuartos á la suerte, y el otro cuarto á sus delitos. Mas si te reputas bastante afortunado y cruel para aspirar á esta gloria,

¿piensas tú que los tiempos te presentarán los medios? ¿Los gemidos de todos los siglos y este yugo de nuestra patria no te han enseñado todavía que no se debe esperar libertad del extranjero? Cualquiera que se mezcla en los asuntos de un país conquistado, no saca más que el público daño y la infamia suya. Cuando los deberes y los derechos están en la punta de la espada, el fuerte escribe las leyes con la sangre y exige el sacrificio de la virtud. ¿Entonces? ¿tendrás tú la fama y el valor de Annibal, que prófugo buscaba en el universo un enemigo del pueblo romano? —Ni te será dado ser justo impunemente. Un joven recto y ardiente de corazón, pero escaso de riquezas, é incauto de ingenio, como eres tú, será siempre ó el maniquí del faccioso, ó la víctima del prepotente. Y cuando tú en las cosas públicas puedas preservarte incontaminado de la comun sordidez, oh! tú serás altamente aplaudido; pero abatido después por el puñal nocturno de la calumnia, tu prisión será abandonada de tus amigos, y tu sepulcro honrado á penas con un secreto suspiro.—Pero supongamos que tú, superando y la prepotencia de los extranjeros, y la malignidad de tus conciudadanos, y la corrupción de los tiempos, pudieses aspirar á tu intento... dime, ¿derramarás to-

da la sangre con que conviene nutrir una república naciente? ¿incendiarás tus casas con la tea de la guerra civil? ¿unirás con el terror los partidos? ¿estinguirás con la muerte las opiniones? ¿igualarás con los desastres las fortunas? mas si tú caes á medio camino, mirate execrado de los unos como demagogo, de los otros como tirano. Los amores de la multitud son breves é infaustos; juzga mas bien que por el intento, por la fortuna; llama virtud al delito útil, y crimen á la honradez que le parece dañosa, y para tener sus aplausos conviene ó aterrarla, ó regalarla y engañarla siempre. Y demos que esto sea: ¿podrás tú entónces envanecido por la esterminada fortuna, reprimir en tí la pasion del mando supremo, que te fomentará el convencimiento de tu superioridad y el conocimiento del comun envilecimiento? Los mortales son naturalmente esclavos, naturalmente tiranos, naturalmente ciegos. Atento entónces tú á apuntalar tu trono, de filósofo te habrias vuelto tirano, y por pocos años de poder y de temblor, habrias perdido tu paz y confundido tu nombre entre la inmensa turba de los déspotas.—Te resta aún un puesto entre los capitanes, el cual se asegura por medio de una audacia feroz, de una codicia que roba para disipar, y muchas veces de una vileza por la cual se be-

sa la mano que te ayuda á subir. Mas, oh hijo! la humanidad gime al nacer un conquistador, y no tiene mas consuelo que la esperanza de sonreirse sobre se tumba.

Calló, y yo despues de un larguísimo silencio, exclamé: oh Coccéo Nerva! tú á lo ménos supiste morir sin contumelias.*—El viejo me miró... Si tú ni esperas ni temes fuera de este mundo...—y me apretó la mano—pero yo... Alzó los ojos al cielo, y aquella su severa fisonomía se endulzaba con un suave consuelo, como si él allá arriba contemplase todas sus esperanzas.—Oí un

**Esta exclamacion de Dórtis debe referirse á aquel pasage de Tacito:—“Coccéo Nerva, familiar del príncipe, en toda humana y divina materia doctísimo, florido de fortuna y de vida, se propuso morir. Tiberio lo supo, é instó interrogándole, suplicándole, hasta confesar que le seria de remordimiento y de mancha, si su familiarísimo amigo huyese sin razon alguna la vida. Nerva desdeñando el discurso, se abstuvo de todo alimento. El que conocia su mente, decia que él viendo mas de cerca los males de la república, quiso por ira y sospecha, mientras estaba puro y no tentado, honradamente acabar.” Anales VI. 26.*

ruido que se adelantaba hácia nosotros, y despues descubrí gente entre los tilos; nos alzamos: y yo le acompañé hasta su habitacion.

Ah! si yo no me sintiese yá apagado aquel fuego celestial, que en el caro tiempo de mi fresca juventud esparcia rayos sobre todas las cosas que me rodeaban, y no que ahora voy tropezando en una vana oscuridad! si yo pudiera tener un techo donde dormir seguro; si no me fuera prohibido emboscarme entre las sombras de mi dormitorio; si un amor desesperado que mi razon combate siempre, y que no puede vencer jamas, este amor que yo oculto á mi mismo, pero que vuelve á arder cada dia, y que ya se ha hecho omnipotente, inmortal.. ay!
 —la naturaleza nos ha dotado de esta passion que es indomable en nosotros, quizá mas que el instinto fatal de la vida.
 —Si yo pudiese, en fin, alcanzar un año solo de calma, tu pobre amigo quisiera cumplir todavia un voto y despues morir. Yo oigo mi patria que grita:—
ESCRIBE LO QUE HAS VISTO, MANDARE MI VOZ DESDE LAS RUINAS, Y TE DICTARE MI HISTORIA, LLORARAN LOS SIGLOS SOBRE MI SOLEDAD; Y LAS GENTES SEA MAESTRAN CON MIS DESGRACIAS. EL TIEMPO ABATE AL FUERTE: Y LOS DELITOS DE SANGRE SE LAVAN CON SANGRE. Y tú lo sabes, Lorenzo; tendria valor de escri-

bir, mas el ingenio va muriendo con mis fuerzas, y veo que dentro de pocos meses habré concluido esta mi angustiosa peregrinacion.

Pero vosotros, pocos ánimos sublimes, que solitarios ó perseguidos por las antiguas calamidades de nuestra patria que ~~trama,~~ si los cielos os impiden luchar ~~con la fuerza~~ ¿por qué á lo menos no relatáis á la posteridad nuestros males? Alzad la voz en nombre de todos, y decid al mundo que somos desgraciados; pero no ciegos ni viles; que no nos falta denuedo, sino el poder.—Si teneis los brazos encadenados, ¿por qué aprisionais vosotros mismos ~~vuestro~~ entendimiento, del cual ni los tiranos ni la fortuna, árbitros de todo, pueden ser árbitros jamás? ~~Escribid~~ ~~perseguid~~ con la verdad á vuestros ~~perseguidores~~. Y ya que no podeis oprimirlos en vida con puñales, oprimidlos al menos con el próbio por todos los siglos venideros. Si á algunos de vosotros os han arrebatado la patria, la tranquilidad y los bienes; si ninguno se atreve á ser marido, si todos temen el dulce nombre de padre, por no procrear en el destierro y en el dolor nuevos esclavos y nuevos infelices; ¿por qué, pues, acariciáis tan vilmente la vida, desnuda de todos los placeres? ¿Por qué no la consagrais al único fantasma que es guia de los hombres

generosos, la gloria? Juzgareis á vuestros contemporáneos, y vuestra sentencia iluminará las generaciones futuras. La humana vileza os muestra terrores y peligros; pero sois acaso vosotros inmortales? Desde el envilecimiento de las cárceles y de los suplicios, os elevareis sobre el poderoso, y su furor contra vosotros aumentará su vituperio y vuestra fama.



MILAN, FEBRERO 6, 1799.

Dirige tus cartas á Nisa de Provenza, porque mañana salgo para Francia; y quién sabe? tal vez mucho mas léjos.... seguramente no me detentré mucho en Francia. No te quejes, oh! Lorenzo, de esto, y consuela en cuanto puedas á mi pobre madre. Tú dirás quizá que debería huir primero de mí mismo, y que si no hay lugar en que yo halle paradero, seria ya tiempo que me aquietase. Es verdad, no encuentro paradero; mas aquí es peor que en cualquiera otra parte. La estacion, la niebla perpetua, este aire muerto, ciertas fisonomias....y despues de todo....acaso me engañaré... pero me parece que no tienen corazon: ni puedo culparlos: todo se adquiere; mas la compasion y la generosidad, y mucho mas cierta delicadeza de ánimo,

nacen siempre con nosotros, y no las busca sino quien las siente. En fin, mañana. Y se me ha metido en la fantasía tal necesidad de partir, que estas horas de detencion me parecen años de cárcel.

Malhadado! ¿por qué todos tus sentidos se resienten solo en el dolor, semejantes á aquellos miembros desollados que se encogen al hálito mas blando del aire! Goza del mundo como está, y vivirás sosegado y ménos loco. Pero si á quien me declama tales sermones, yo le dijese: cuando te asalta la fiebre haz que el pulso te bata mas lento, y estarás sano: ¿no tendria èl razon de creerme frenético con mas fiebre? ¿pues cómo puedo yo dar leyes á mi sangre que fluctúa rapidísima?..y cuando choca en el corazon, yo siento que se amon-tona hirviendo, y despues borbota impetuosamente, y á veces de improviso, y tal vez entre sueños parece que quiere abrírseme el pecho.—Oh, nuevos Úlises! vedme aqui pronto á obedecer á vuestra cordura, á condicion de que cuando yo os vea disimuladores, frios como hielo, incapaces de socorrer á la pobreza sin insultarla, ó de defender al débil de la injusticia, cuando os vea, para saciar vuestras vulgares pasioncillas, postrados à los pies del poderoso que aborreceis y que os desprecia, entónces pueda yo

transfundiros una gota de esta mi ardiente bÍlis, que yá mas de una vez armó mi voz y mi brazo contra la prepotencia, que no me deja jamas los ojos enjutos, ni cerrada la mano á la vista de la miseria, y que me salvará siempre de la bajeza. Vosotros os creéis sabios, y para el mundo estais en el predicamento de honrados..pero quitaos el miedo.. y yá no os afanais; el partido es igual: Dios os preserve de mis *locuras*, y yo le ruego con toda la expansion de mi alma, que me preserve de vuestra *sabiduria*.—Y si yo descubro alguno de ellos, aun cuando pasan sin verme, corro inmediatamente á buscar refugio en tu pecho, oh Lorenzo. Tú respetas amorosamente mis pasiones, aunque has visto muchas veces este leon amansarse á tu sola voz. Mas ahora!.. tú lo ves; todo consejo y toda razon es funesta para mí. Infeliz de mí, si no obedeciese á mi corazon!..la razon?—es como el viento; apaga las luces, y anima los incendios. Adios entre tanto.

A LAS DIEZ DE LA MAÑANA.

Estoy pensando....mejor será que tú no me escribas hasta que no recibas carta mia. Tomo el camino de los Alpes Ligurianos para evitar los hielos del Moncenis: sabes que el frio me mata?

A LA UNA.

Nuevo tropiezo: han de pasar todavía dos días ántes que yo tenga el pasaporte. Entregaré esta carta al momento de entrar en la calesa.



FEBRERO 8, A LA UNA Y MEDIA.

Aquí estoy con las lágrimas sobre tus cartas. Arreglando mis papeles, me han caído á la vista estos pocos versos que tú me escribiste en una carta de mi madre, dos días ántes que yo dejase mis Collados.—“Te acompañan todos mis pensamientos, oh Jacobo: te acompañan mis votos y mi amistad que será eterna paz, tú. Yo seré siempre tu amigo y tu hermano de amor; y dividiré contigo hasta mi alma.”

¿Sabes que estoy repitiendo estas palabras, y me siento tan fieramente herido, que estoy á punto de ir á arrojarme á tu cuello, y á espirar entre tus brazos? Adios, adios. Volveré.

A LAS TRES.

He ido á decir adios á Parini.—Adios me dijo, oh jóven desventurado. Tú lle-

varás por todas partes, y siempre contigo, tus generosas pasiones, que no podrás satisfacer jamas. Tú serás siempre infeliz. Yo no puedo consolarte con mis consejos, porque ni aun sirven para mis desgracias, que se derivan de la misma fuente. El frio de la edad ha entorpecido mis miembros; pero mi corazon.. arde todavía. El único consuelo que puedo darte, es mi compasion....y tú la llevas toda contigo. En breve yá no viviré yo: mas si mis cenizas conservaren algun sentimiento.. si hallares algun alivio quejándote sobre mi sepultura, ven.....—yo prorrumpí en un llanto deshecho, y le dejé: y él salió siguiéndome con los ojos, miéntras yo buia por aquel larguísimo corredor, y oí que todavía me decia con voz llorosa..adios.

A LAS NUEVE DE LA NOCHE.

Todo está listo. Los caballos se han pedido para media noche. Voy á recostarme así vestido, hasta que lleguen: me siento tan estropeado!

Adios, entre tanto; adios, Lorenzo. Escribo tu nombre, y te saludo con ternura y con cierta supersticion que jamas he probado. Nos volverémos á ver.. si debiera!..¡moriria sin verte, y sin darte las gracias para siempre! y á tí. Teresa mia... sí, oyelo, te amo. Mas:

ya que mi infelicísimo amor costaría tu paz, y el llanto de tu familia, yo huyo sin saber à donde me arrastrará mi destino!....Los Alpes, y el oceano, y un mundo entero, si es posible, nos dividan.



GENOVA, FEBRERO 11.

He aquí el sol mas hermoso! Todas mis fibras están en un temblor suave, porque resienten la alegría de este cielo resplandeciente y salubre. Estoy contento de haber partido! proseguiré dentro de pocas horas; no sé todavía decirte donde me detendré, ni sé cuando acabará mi viage; pero para el 16 estaré en Tolon.



DE-LA-PIEDRA, FEBRERO 15.

Camino Alpestres, montañas hórridas, escarpadas, todo el rigor del tiempo, todo el cansancio y los fastidios del viage: y despues?

*Nuevos tormentos, de infelices nuevos.**

Escribo desde un pueblecillo al pié de los Alpes marítimos. Me ha sido forzoso

* *Dante.*

detenerme, porque la posta está sin calvaladuras; ni sé cuando podré partir. Héme aquí, pues, siempre contigo, y siempre con nuevas affixiones; estoy destinado á no dar un paso, sin encontrar en mi camino al dolor.—En estos dos dias he salido á eso del medio dia, como una milla lejos de poblado, paseándome por unos olivares que están hácia las playas del mar: voy á consolarme con los rayos del sol, y á beber de aquel aire vivificante; aunque hasta en este templado clima el invierno de este año es mucho menos clemente que lo acostumbrado. Y allí me parecia estar solo, ó á lo menos ser desconocido á aquellos vivientes que pasaban: mas apenas volví á casa, Miguel, que vino á encenderme el fuego, me estaba contando, que un hombre casi méndigo, recién llegado á esta estafalaria posada, le preguntó si yo era un jóven que hacia tiempo habia estudiado en Pádua; no sabia decirle el nombre, pero daba bastantes señas de mí y de aquellos tiempos, y tambien te nombraba á tí.....A la verdad, siguió diciendo Miguel, yo me encontraba embarazado; le respondí no obstante que no se engañaba: hablaba veneciano; y es cosa tan dulce hallar en estas soledades un compatriota. Y despues....está tan andrajoso! en suma yo le prometí... acaso puede desagradarle al se-

ñer....pero me dió tanta lástima, que yo le prometí hacerle venir; y está aquí fuera.—Que venga, le dije á Miguel, y esperándole, me sentia inundado todo de una repentina tristeza. El muchacho entró con un hombre alto, macilento; parecia jóven y hermoso, pero su semblante estaba desfigurado por las arrugas del dolor. Hermano! yo estaba envuelto en pieles y al fuego; estaba tirado ociosamente en la silla inmediata, mi anchísimo capote; el posadero andaba de arriba abajo alistándome la comida...y aquel infeliz! estaba apenas en casaca de lienzo, y yo tiritaba solo de verle. Acaso mi triste recibimiento, y su mezquino estado, le desanimaron al principio; pero luego por unas cuantas palabras mias conoció que tu Jacobo no ha nacido para desanimar á los infelices, y se sentó conmigo á calentarse, refiriéndome este último lamentable año de su vida. Me dijo: yo conocí familiarmente un estudiante que estaba dia y noche con Vd. en Pádua—y te nombró:—¿cuánto tiempo hace ya que no oigo noticia de él! mas espero que la fortuna no le habrá sido tan contraria. Yo estudiaba entónces....—No te diré, Lorenzo mio, quien es. ¿Debo yo entristecerme con las desventuras de un hombre que era un tiempo feliz; y que tal vez tú amas todavía? Demasiado es el que la

suerte te haya destinado á afligirte siempre por mí.

El prosiguió: hoy viniendo de Alben-ga, ántes de llegar al pueblo le encontré á Vd. á orillas del mar. Vd. no advirtió que yo me volvía con frecuencia á mirarle, y me parecía haberle reconocido; pero no conociéndole á Vd. sino de vista, y habiendo ya corrido cuatro años, sospechaba haberme equivocado. Su criado de Vd. me sacó de la duda.

Le dí gracias porque habia venido á verme, le hablé de tí; y Vd. me es aun mas grato, le dije, porque me ha traído Vd. el nombre de Lorenzo.—No te repetiré su dolorosa narracion. Emigró por la paz de Campo-Formio, y se alistó de teniente en la artilleria cisalpina. Quejándose un dia de las fatigas y de las vejaciones que le parecia soportar, le ofreció un amigo suyo un empleo. Abandonó la milicia. Mas el amigo, el empleo y el techo le faltaron. Mendigó por la Italia, y se embarcó en Liorna....

Pero mientras él hablaba yo oia en el cuarto contiguo un llanto de niño y un lamento reprimido; y noté que él se detenía y escuchaba con cierta ansiedad, y cuando aquel llanto cesaba él proseguía.. Tal vez, le dije yo, serán pasajeros que acaban de llegar.—No, me respondió; es mi chiquilla de trece meses que llora.

Y siguió contándome que cuando era teniente se casó con una jóven pobre, y que las continuas marchas que la muchacha no podia resistir, y el escaso estipendio, le estimularon aun mas á confiarse de aquel que despues le vendió. De Liorna navegó á Marsella... así á la ventura: y se arrastró por toda Provenza, y despues en el Delfinado, procurando dar lecciones de italiano, sin encontrar jamás ni trabajo ni pan; y ahora volvia de Aviñon á Milan. Yo me vuelvo hácia atras, continuó, y miro el tiempo pasado, y no sé como ha pasado para mí. Sin dinero, seguido siempre de una muger estenuada, con los pies lacerados, con los brazos cansados por el continuo peso de una criatura inocente, que pide alimento al exhausto pecho de su madre, y que rasga con sus gritos las entrañas de sus padres desventurados, cuando ni aun podemos aquietarla con la relacion de nuestras desgracias. Cuántas jornadas al sol! ¡ cuántas noches al sereno hemos dormido en los establos con las recuas, ó como las bestias en las cabernas! Arrojado de ciudad en ciudad por todos los gobiernos, porque mi indigencia me cerraba la puerta de los magistrados, ó no me permitia dar cuenta de mí: y quien me conocia, ó no quiso ya conocerme, ó me volvió las espaldas.—Oh sí, le dije: sé que en

Milan y en otras partes muchos de nuestros conciudadanos emigrados son tratados liberalmente.—Conque, añadió, mi fiera fortuna les ha hecho crueles solo para conmigo. Hasta las personas del mejor corazon se cansan de hacer bien ; son tantos los miserables, yo no sé...pero fulano...ciclano...(y los nombres de estos individuos que yo descubria ser tan hipócritas eran, Lorenzo, otras tantas puñaladas en mi corazon,) quien me ha hecho esperar muchas veces en vano á su puerta ; quien despues de afectuosas promesas me hizo caminar muchas millas hasta su casa de recreo, para hacerme la limosna de unos pocos reales ; el mas humano me tiró un pedazo de pan sin quererme mirar ; y el mas magnífico me hizo pasar así andrajoso entre un cortejo de familiares y de convidados, y despues de haberme recordado la decaída prosperidad de mi familia, è inculcádome el estudio y la honradez, me dijo amistosamente que volviera mañana temprano. Habiendo vuelto encontré tres criados en la ante-sala, uno de los cuales me dijo, que el amo dormia, y me puso en las manos dos pesos y una camisa. Ay, señor ! no sé si Vd. es rico.. pero su semblante, y esos suspiros me dicen que Vd. es desgraciado y compasivo. Creame Vd. ; he visto por experiencia que el dinero hace parecer benéfico

hasta al usurero, y que el hombre espléndido rara vez se digna colocar su beneficio entre los andrajos.—Yo callaba, y él levantándose para dejarme, prosiguió: los libros me enseñaban á amar á los hombres y á la virtud; mas los libros, los hombres y la virtud me han engañado. Tengo instruida la cabeza, indignado el corazon, y los brazos inep-tos para toda útil ocupacion. Si mi padre oyera desde la tierra donde está sepultado, con que agudo gemido le acusó de no haber hecho á sus cinco hijos leñateros ó sastres! Por la miserable vanidad de conservar la nobleza sin fortuna, disipó con nosotros todo lo poco que tenia, en las universidades y en el gran mundo. Y nosotros entre tanto?... No he sabido jamas qué se ha hecho la fortuna de mis otros hermanos. Escribíles muchas cartas, mas no he visto respuesta: ó son miserables, ó desnaturalizados. En cuanto á mí....ved ahí el fruto de las ambiciosas esperanzas de mi padre. ¡Cuántas veces me veo obligado, ó por la noche ó por el frio, ó por el hambre, á refugiarme en una posada; pero entrando, no sé como pagar á la mañana siguiente. Sin zapatos, sin vestidos....Ah cúbrete! le dije, levantándome, y le cubrí con mi capote. Y Miguel, que habiendo venide al cuarto por algun quehacer, se habia dete-

nido un poco distante escuchando, se acercó enjugándose los ojos con el revés de la mano, y le acomodó por la espalda el capote; mas con un cierto respeto como si temiera insultar á la baja fortuna de aquella persona tan bien nacida.

Miguel! yo me acuerdo que tú podías vivir libre desde el dia en que tu hermano mayor habilitando una tiendecilla te llamó consigo, y no obstante preferiste permanecer con migo, aunque siervo: yo noto el amoroso respeto con que tú disimulas mis ímpetus fantásticos, y callas tus razones en los momentos de mi injusta cólera, y veo con cuanta alegría lo pasas entre los fastidios de mi soledad: y miro la fidelidad con que soportas los trabajos de esta mi peregrinacion. Muchas veces con tu jovial semblante me tranquilizas: mas cuando callo las jornadas enteras, vencido por mi negrísimo humor, tú reprimes el gozo de tu corazon contento, por no hacerme advertir mi estado. . . . Sin embargo!.. ese acto delicado para con aquel infeliz, ha colmado mi reconocimiento hácia tí. Tú eres hijo de mi nodriza, tú has sido educado en mi casa, y yo no te abandonaré jamas. Pero yo te amo aun mas cuando contemplo que tu estado servil habria quizas endurecido tu bella índole, si no te la hubiera cultivado mi tierna madre, aquella muger que con su ánimo deli-

estado, y sus modales suaves hace cortés: y amoroso todo cuanto vive con ella.

Cuando estuve solo, dí á Miguel lo mas que pude, y él, mientras yo comia, lo llevó á aquel desdichado. Apénas me he reservado lo necesario para llegar á Niza, donde negociaré las letras de cambio que én los bancos de Génova me hice dar para Tolon y Marsella.—Esta mañana cuando él ántes de irse vino con su muger y con su criatura á darme las gracias, y yo veia con que júbilo me repetia : si no es por V., yo habria ido buscando hoy el primer hospital....no tuve ánimo de responderle ; pero mi corazon le decia : ahora tú tienes con qué vivir por cuatro meses.... por seis....y despues ? la engañosa esperanza te guia mientras por la mano, y el ameno camino en que te internas conduce tal vez á un sendero mas desastroso. Tú buscabas el primer hospital, y acaso no estaba léjos de tí el asilo de la huesa. Mas este mi pequeño socorro, la suerte no me concede ayudarte de veras te dará mas vigor para sostener de nuevo y por mas tiempo aquellos males que ya te habian casi consumido y libertado para siempre. Goza en tanto de lo presente....pero ; cuántos desastres has debido ántes sorportar para que tu actual estado, que seria para muchos afanoso, te parezca tan alegre ! Ah ! si tú no fue-

ras padre y marido te daría tal vez un consejo...y sin decirle palabra le abra-
cés, y mientras partían los miraba, opri-
mido por un dolor mortal de corazón.

* Anoche al desnudarme estaba pensando: ¿por qué aquel hombre emigró de su patria? ¿por qué se casó? ¿por qué dejó un empleo seguro? y toda su historia me parecía la novela de un loco; y silogismaba indagando lo que él, para no arrastrarse por todas aquellas desventuras, habría podido hacer, ó no hacer. Mas como muchas veces he oído infructuosamente repetir semejantes *porqués*, y he visto que todos hacen de médicos en las enfermedades ajenas...me fui á dormir gruñendo: oh mortales que juzgais inconsiderado todo lo que no es próspero, meteos la mano en el pecho y despues confesad...sois mas sábios ó mas afortunados?

Ahora bien ¿crées tú todo lo que él contaba?—yo?...creo que él estaba medio desnudo y yo vestido; he visto una muger desfallecida; he oído los chillidos

* *Este pedazo aunque está sin fecha, en pliego suelto, y por casualidad fuera de la série de todas las cartas, no obstante por el contesto aparece escrito desde el mismo país el día despues, para agregarse á la carta precedente.*

de una niña. Lorenzo mio, siempre se buscan con una linterna nuevas razones contra el pobre, porque se siente en la conciencia el derecho que la naturaleza le ha dado sobre los bienes del rico.—Eh! las desgracias no se derivan en general sino de los vicios, y en aquel tal vez se derivaron de un delito.. Tal vez? yo no lo sé, ni lo indago. Yo juez, condenaria todos los delincuentes; pero yo hombre!.. ay! pienso en el espanto que cuesta el pensamiento solo del delito; en el hambre y en las pasiones que arrastran á consumarle; en los sustos perpétuos; en el remordimiento con que se come el fruto ensangrentado de la culpa; en las cárceles que el reo mira siempre abiertas para sepultarle...y si él despues escapándose de la justicia, paga el feudo con el deshonor y con la indigencia, deberé yo abandonarle á la desesperacion y á nuevos delitos? ¿es el solo culpable? la calumnia, la traicion al secreto, la seduccion, la malignidad, la negra ingratitud, son delitos mas atroces, ¿pero á estos se les amenaza siquiera? y el que del delito ha sacado haciendas y honores! Oh legisladores, oh jueces, castigad; mas ántes recorred conmigo las chozas de la plebe, y los suburbios de todas las capitales, y vereis todos los dias una cuarta parte de la poblacion, que despertando en el suelo no

sabe como satisfacer las supremas necesidades de la vida. Conozco que no se puede cambiar la sociedad, y que la inedia, las culpas y hasta los suplicios son elementos del órden y de la prosperidad universal; pero se cree que el mundo no puede subsistir sin legisladores, y sin jueces; y yo lo creo, porque todos lo creen. Pero yo! no seré jamas ni legislador ni juez. En este gran valle donde la especie humana nace, vive, muere, se reproduce, se afana, y despues vuelve á morir sin saber cómo, ni por qué, yo no distingo mas que afortunados y desgraciados. Y si encuentro un infeliz, compadezco nuestra suerte, y vierto cuanto bálsamo puedo sobre las llagas del hombre, pero dejo sus méritos y sus culpas á la balanza de Dios.



VENTIMILLA, FEBRERO 19 Y 20.

Tú eres desesperadamente infeliz; vi-
ves entre las agonias de la muerte, y
no tienes su tranquilidad; pero tú de-
bes sufrirlas por los otros. Así la filo-
sofía exige de los hombres un heroismo
que la naturaleza reusa. ¡El que abor-
rece su propia vida podrá amar el mí-
nimo bien que él está incierto de traer
á la sociedad, y sacrificar á esta ilusion

muchos años de llanto? ¿y cómo podrá esperar para los otros aquel que no tiene deseos ni esperanzas para sí, y que abandonado de todos él mismo se abandona? No eres desgraciado tú solo.... —demasiado lo sé! mas este consuelo no es mas bien argumento de la envidia secreta que abriga todo hombre de la prosperidad ajena! La miseria de los otros no disminuye la mia. ¿Quién es tan generoso que se cargue con mis enfermedades, y quién, aun queriéndolo, lo podría? tendría tal vez mas valor para soportarlas; ¿pero qué cosa es el valor desprovisto de fuerzas? No es vil aquel hombre á quien envuelve el curso irresistible de una avenida, sino el que tiene fuerzas y no las aplica. Ahora bien ¿dónde está el sábio que pueda constituirse juez de nuestras íntimas fuerzas?... ¿quién puede darles nuevas á los efectos de las pasiones, en los varios temperamentos de los hombres y en las incalculables circunstancias por donde decidir, este es un vil porque cede, aquel que resiste es un héroe?... cuando el amor de la vida es tan imperioso que mas lucha habrá tenido el primero para no ceder, que el segundo para resistir.

Mas los deberes que tú tienes para con la sociedad?—deberes? acaso porque me ha sacado del libre regazo de la naturaleza, cuando yo no tenia ni la ra-

zon ni el arbitrio de consentir, ni la fuerza de oponerme, y me educó entre sus necesidades y sus preocupaciones?—Lo renzo, perdona si yo inculco demasiado sobre este discurso que tanto hemos disputado. No quiero separarte de tu opinion tan contraria á la mia, sino desterrar de mí mismo toda duda. Estarias convencido al igual mio, si sintieras las llagas de mi corazon; el cielo, ¡oh amigo mio, te las evite!—¡ He contraido yo estos deberes espontáneamente? mi vida debe pagar, como un esclavo, los males que la sociedad me ha traído, solo porque los titula beneficios? y sean beneficios: los gozo y los compenso mientras vivo: y si en el sepulcro no le doy ninguna ventaja, ¡qué bien reporto yó de ella en el sepulcro? ¡ Oh amigo mio! cada individuo es enemigo nato de la sociedad, porque la sociedad es necesariamente enemiga de los individuos. Supon que todos los mortales tuvieran necesidad de abandonar la vida, ¡ crées tú que la conservarían por mí solo? Y si yo cometo alguna accion dañosa á los mas, soy castigado, mientras jamás sucederá que me vengue de sus acciones, aunque redunden en sumo daño mio. Pueden muy bien ellos pretender que yo sea hijo de la gran familia, mas yo renunciando á los bienes y á los deberes comunes puedo decir: yo soy un mundo

en mí mismo, é intento emanciparme; porque me falta la felicidad que me habeis prometido. Si yo separándome no hallo mi porcion de libertad; si los hombres me la han invadido porque son mas fuertes, si me castigan porque la reclamo..¿no los liberto yo de sus mentirosas promesas y de mis impotentes quejas, buscando refugio bajo-tierra? Ah! aquellos filósofos que han evangelizado las humanas virtudes, la probidad natural, la recíproca benevolencia.. son inadvertidamente apóstoles de los astutos, y engañan aquellas pocas almas ingenuas y férvidas, las cuales amando puramente á los hombres por el ardor de ser amadas, serán siempre víctimas, tarde arrepentidas de su leal credulidad.—

¡Empero cuántas veces estos argumentos de la razon han hallado cerrada la puerta de mi corazon.. porque yo esperaba todavía consagrar mis tormentos á la agena felicidad! Mas!.. por amor de Dios, escucha y respóndeme. Para qué vivo? ¿de qué te sirvo yo, yo fugitivo entre estas cavernosas montañas? ¿qué honor hago á mi patria, á los míos, á mí mismo? ¿Hay alguna diferencia entre estas soledades y la tumba? Mi muerte seria para mí el término de los males, y para todos vosotros el fin de vuestra ansiedad á cerca de mi estado. En vez de tantos sobresaltos continuos, yo os da-

ria un solo dolor..tremendo, pero último: y quedaríais seguros de la eterna paz mia. Los males no rescatan la vida.

Pienso todos los dias en el gasto que hace meses ocasiono á mi madre, ni sé como élla pueda hacer tanto. Si yo volviera hallaria quizas nuestra casa privada de su esplendor. Empezaba yá à oscurecerse mucho ántes que yo partiese, por las públicas y particulares estorciones que no dejan de molestarnos. Sin embargo, aquella madre benéfica no disminuye sus cuidados; hallé otro dinero en Milan: mas estas afectuosas liberalidades le acortarán ciertamente aquellas comodidades entre las cuales ha nacido. Ha sido muger muy desgraciada! sus bienes sostienen mi casa, que se arruinaba por la prodigalidad de mi padre.... y su edad me hace mas amargos aun estos pensamientos.—Si supiera! todo es en vano para su desventurado hijo. Y si élla viera aquí dentro....si viera las tinieblas y la consuncion del alma mia!..ay! no, no le hables de esto, oh Lorenzo: mas esta es vida?—Ah sí! yo vivo todavía, y el único espíritu de mis dias es una sorda esperanza que los anima siempre, y que no obstante se esconde á veces de mí mismo. Tu juramento, oh Teresa, será al mismo tiempo mi sentencia.... mas miéntras eres libre, y nuestro amor está todavia en el arbitrio de las cir-

Cunstancias....del incierto porvenir...y
 de la muerte, tú serás siempre mia. Yo
 te hablo, y te miro, y te abrazo....y
 me parece que así desde léjos tú sien-
 tes la impresion de mis besos, y de mis
 lágrimas. Pero cuando tu padre te ofre-
 tiere como halocausto de reconciliacion
 sobre el altar de Dios..cuando tu llan-
 to hubiera restituido la paz á tu fami-
 lia..entónces yo descenderé á la nada.
 Y ¡cómo puede extinguirse miétras vivo,
 mi amor, y cómo no te seducirán siem-
 pre en secreto sus dulces ilusiones? mas
 entónces yá no serán santas é inocen-
 tes. Yo no amaré cuando fuere de otro
 la muger que fué mia..amo inmensamen-
 te á Teresa, pero no á la muger de
 Eduardo..ay de mí! tú quizás miétras
 escribo, estas entre sus brazos!—Loren-
 zo!..ay! Lorenzo! hé aquí aquel demonio
 perseguidor mio; vuelve á instigarme, á
 oprimirme, á poseerme, y me ciega el
 entendimiento, y me cierra hasta las pal-
 pitaciones del corazon, y me vuelve to-
 do ferocidad, y quisiera que el mundo
 se acabara conmigo...Llorad todos...Y
 por qué me pone en las manos un pu-
 ñal; y me precede, y se vuelve miran-
 do si le sigo, y me señala donde debo
 herir? vienes tú de la altísima venganza
 del cielo!—Y así en mi furor y en mis
 supersticiones, me postro sobre el pol-
 vo á conjurar horrendamente un Dios

que no conozco, que yo no he ofendido, de quien dudo siempre.... y despues tiemblo y le adoro. En dónde busco ayuda? no en mí, no en los hombres: la tierra está ensangrentada, y el sol negro.

Al fin....yá estoy en paz! que paz? Cansancio, sopor de sepultura. He vagado por estas montañas: no hay árbol, ni chcoza, ni yerba. Todo es troncos, ásperos y lívidos peñascos, y aquí y allá muchas cruces que señalan el sitio de los viajeros asésinados.

Abajo..—el Roya, un torrente que cuando se derriten los hielos se precipita desde lo interior de los Alpes, y por gran trecho ha hendido por medio estas inmensas montañas. Hay un puente junto á la marina que reúne el camino. Me he detenido sobre aquel puente, y he dirigido los ojos hasta donde puede llegar la vista..y recorriendo dos diques de altísimas rocas, y de barrancos cavernosos, á penas se ven sobrepuestos en las cumbres de los Alpes, otros Alpes de nieve, que se esconden en el cielo, y todo blanquea y se confunde..—de aquellos rasgados Alpes desciende y se pasea ondeando la tramontana, y por aquellas gargantas invade al Mediterráneo. Sentada está aquí la naturaleza solitaria y amenazante, y arroja de este su reino, á todos los vivientes.

Estos son, ó Italia, tus confines; pero son cada dia traspasados en todas partes por la pertinaz avaricia de las naciones. ¡Dónde están pues tus hijos? Nada te falta sino la fuerza de la concordia. Entonces yo derramaria gloriosamente mi vida infeliz por tí: ¡pero qué puede hacer mi brazo solo, y mi desnuda voz?—¡Dónde está el antiguo terror de tu gloria? Miserables! nosotros andamos siempre recordando la libertad y la gloria de nuestros abuelos, las cuales cuanto mas brillan tanto mas descubren nuestra abyecta esclavitud. Mientras invocamos aquellas sombras magnánimas, nuestros enemigos huellan sus sepulcros. Y acaso vendrá dia en que nosotros perdiendo los bienes, y el entendimiento, y la voz, serémos tratados como los esclavos domésticos de los antiguos, ó traficados como los míseros cafres, y veremos á nuestros amos abrir las tumbas y desenterrar, y arrojar al viento las cenizas de aquellos grandes hombres, para aniquilar hasta las desnudas memorias; pues que hoy nuestros fastos nos dan motivo de soberbia, sin despertarnos del antiguo letargo.

Así grito yo cuando me siento ensoberbecer en el pecho el nombre italiano, y volviéndome en torno busco y no hallo mas la patria mia. Mas despues digo: parece que los hombres fabrican,

sus propias desgracias ; pero las desgracias se derivan del órden universal, y el género humano sirve orgullosa y ciegamente al destino. Nosotros ratiocinamos sobre los acontecimientos de pocos siglos : ¿ qué son estos en el inmenso espacio del tiempo ? Semejantes á las estaciones de nuestra vida mortal, parecen tal vez llenos de extraordinarias vicisitudes, las cuales no obstante son comunes y necesarios efectos del todo. El universo se contrabalancea. Las naciones se devoran, porque una no podria subsistir sin los cadáveres de la otra. Yo, mirando desde estos Alpes la Italia, lloro y tiemblo, é invoco contra los invasores venganza ; pero mi voz se pierde entre el gemido de tantos pueblos pasados, cuando los romanos saqueaban el mundo, buscaban mas allá de los mares y los desiertos nuevos imperios que devastar, destruian los dioses de los vencidos, encadenaban príncipes y pueblos los mas libres, hasta que no hallando ya en donde ensangrentar sus hierros, los retorcian contra sus propias entrañas. Así los israelitas despedazaban á los pacíficos habitantes de Canaan, y los babilonios despues arrastraron á la esclavitud á los sacerdotes, las madres, y los hijos del pueblo de Judá. Así Alejandro trastornó el imperio de Babilonia, y despues de haber asolado al pasar toda la

tierra, se lamentaba que no hubiera otro universo. Así los espartanos tres veces arrasaron á Misenas, y tres veces arrojaron de la Grecia á los miseneses que tambien eran griegos y de la misma religion, y nietos de los mismos antepasados. Así se destrozaban los antiguos italianos hasta que fueron tragados por la fortuna de Roma. Mas en muy pocos siglos la reina del mundo fué presa de los Césares, de los Nerones, de los Constantinos, de los Vándalos y de los Papas, ¡ Oh quanto humo de hogueras humanas ofuscó el cielo de la América ! ¡ Oh cuanta sangre de innumerables pueblos que ni temor ni envidia tenían á los europeos, fué traída por el oceano á contaminar de infamia nuestras riberas ! Mas aquella sangre será un dia vengada y se volverá sobre los hijos de los europeos ! Todas las naciones tienen su edad. Hoy son tiranas para madurar su propia esclavitud de mañana : y las que pagaban antes vilmente el tributo, le impondrán un dia á sangre y fuego. El mundo es un bosque de fieras. El hambre, los diluvios y la peste son en la naturaleza como la esterilidad de un campo, que prepara la abundancia para el año venidero . asi tal vez las calamidades de este globo aprestan la felicidad de otro.

Entre tanto nosotros llamamos pomposamente virtud todas aquellas acciones que

favorecen la seguridad del que manda, y el miedo del que sirve. Los gobiernos administran justicia; pero ¿podrían ellos administrarla, si para reinar no la hubieran antes violado? El que ha robado por ambicion las provincias enteras, manda solemnemente á la horca al que por hambre roba pan. Por eso cuando la fuerza ha roto los derechos de todos los otros, para conservárselos despues á sí misma, engaña á los mortales con las apariencias de lo justo, hasta que otra fuerza la destruya. Hé ahí el mundo, y los hombres. Se levantan en tanto de tiempo en tiempo algunos mortales mas átrevidos; burlados al principio como frenéticos, y muchas veces como malhechores decapitados, que si despues los patrocina la fortuna que ellos creen suya, pero que en suma no es mas que el movimiento prepotente de las cosas, entónces son obedecidos, temidos, y despues de la muerte deificados. Esta es la raza de los héroes, de los gefes de sectas, y de los fundadores de las naciones, los cuales por su orgullo y por la estupidez del vulgo, se creen haber subido tan alto por su propio valor; y son ruedas ciegas del reloj. Cuando una revolucion del globo está madura, necesariamente hay hombres que la empiecen, y que hagan con sus cráneos escabel al trono del que la completa. Y porque la especie humana no

halla ni felicidad ni justicia sobre la tierra, crea los dioses protectores de la debilidad, y busca premios futuros del llanto presente. Mas los dioses se han vestido en todos los siglos de las armas de los conquistadores, y oprimen á las gentes con las pasiones, los furores y las astucias del que quiere reinar.

Lorenzo, ¿sabes tú donde vive todavía la verdadera virtud? En nosotros, pocos, débiles y desgraciados; en nosotros que despues de haber experimentado todos los errores, y sentido todos los males de la vida, sabemos compadecerlos y socorrerlos. Tú, oh compasion, eres la sola virtud! todas las otras son virtudes usurarias.

Mas mientras yo miro desde lo alto las locuras y las fatales desgracias de la humanidad, ¿no siento acaso en mí todas las pasiones, y la debilidad, y el llanto, únicos elementos del hombre? ¿No suspiro siempre por mi patria? ¿No me digo á mí mismo llorando: tú tienes una madre y un amigo; tú amas...te espera una caterva de miserables, á donde huyes? Hasta en las tierras extranjeras te seguirán la perfidia de los hombres y los dolores, y la muerte: aquí caerás tal vez, y ninguno tendrá compasion de tí; y tú sientes empero, en tu mísero pecho la necesidad de ser compadecido. Abandonado de todos ¿no pi-

des al cielo socorro? no te escucha, y no obstante en tus aflicciones tu corazón se vuelve involuntariamente à él.

Oh, naturaleza! ¿tienes tú acaso necesidad de nosotros desgraciados, y nos consideras como los gusanos y los insectos que vemos zumbar y multiplicarse, sin saber para qué viven? Mas si tú nos has dotado del funesto instinto de la vida, para que el mortal no caiga bajo la suma de sus enfermedades y obedezca fatalmente á todas tus leyes, ¿para qué darnos despues este don, mucho mas funesto todavía, de la razón? nosotros tocamos con la mano todas nuestras desgracias, ignorando siempre el modo de remediarlas.

¿Para qué, pues, huyo? y en qué lejanas regiones voy á perderme? ¿donde hallaré jamas los hombres diversos de los hombres? ¿Conozco los desastres, las enfermedades, y la indigencia que fuera de mi patria me esperan?—Ah no! Yo tornaré á vosotras, oh sagradas tierras, que oisteis primero mis vagidos, donde tantas veces he reposado estos mis miembros fatigados, donde he hallado en la obscuridad y en la paz mis pocos placeres, donde en el dolor he confiado mi llanto. Pues que todo está vestido de tristeza para mí, si nada puedo esperar, que el sueño eterno de la muerte...vosotras solas, oh! selvas mias, oireis mi úl-

timo lamento, y vosotras solas encubri-
reis con vuestra sombra pacífica mi yer-
to cadáver. Me llorarán aquellos infeli-
lices que son compañeros de mis desgra-
cias; y si las pasiones viven despues del
sepulcro, mi espíritu doloroso será con-
fortado por los suspiros de aquella jó-
ven celestial que yo creia nacida para
mí, pero que las preocupaciones de los
hombres y mi destino feroz me han ar-
rancado del pecho.

ALEJANDRIA, FEBRERO 29.

De Niza en vez de internarme en
Francia he tomado la vuelta del Monfer-
rato. Esta noche dormiré en Placencia.
El jueves escribiré de Rímino. Te diré
entonces....Adios.

RÍMINO, MARZO 5.

Todo se me aleja. Yo venia á ver
ansiosamente á Bertola*; mucha tiem-
po há que no tenia cartas tuyas....Ha
muerto.

* *Autor de poesias campestres.*

„da mutacion de las cosas, me ofrece paz.”

De Ravena no me escribió, mas por este otro pedazo se ve que fué allá en aquella semana.

..



“No temerariamente, sino con ánimo
„deliberado y seguro. ¡Cuántas tempes-
„tades ántes que la muerte pudiese ha-
„blar así sosegadamente conmigo.. y yo
„así sosegadamente con élla!

“Sobre tu urna, padre Dante!.. Abra-
„zándola me he fijado todavía mas en mi
„intento. Me has visto? hasme acaso tú,
„padre, inspirado tanta fortaleza de jui-
„cio y de corazon, miéntras yo arrodia-
„llado, con la cabeza apoyada en tus
„mármoles, meditaba y el elevado ánimo
„tuyo, y tu amor, y tu ingrata patria,
„y el destierro, y la pobreza, y la men-
„te tuya divina? Me separé de tu som-
„bra ma; resuelto y mas alegre.”

Al alba del 13. de marzo se apeó en los Collados-Eugáneos; y despachó á Venecia á Miguel, echándose calzado como estaba, inmediatamente á dormir. Yo estaba cabalmente con la madre de Jacobo, cuando élla que vió al muchacho delante de sí ántes que yo, preguntó asustada: Y mi hijo?—La carta de Alejandría aun no habia llegado, y Jacobo hasta se anticipó á la de Rímino: nosotros pensábamos que

yá estuviera en Francia: por tanto la inesperada llegada del criado, nos fué un presentimiento de malas noticias. El contaba: el amo está en el campo: no puede escribir porque hemos viajado toda la noche; dormía cuando yo monté à caballo. Vengo para avisar à Vds. que nosotros volverémos á partir, y creo, segun le he oido decir..para Roma.. si bien me acuerdo, para Roma: y despues para Ancona, en donde nos embarcarémos....por lo demas, el amo está bueno; y hace como una semana que le veo mas aliviado. Me dijo que ántes de partir vendria á saludar á Vds., y esta es la razon porque me manda; él vendrá aqui pasado mañana, y tal vez mañana. El criado parecia alegre; pero su hablar confuso aumentó nuestras sospechas; y no se aquietáron sino el dia siguiente, cuando Jacobo escribió que proseguia para las Islas ántes Vénetas, y que temiendo no volver tal vez mas, venia á vernos y á recibir la bendicion de su madre. Esta esquila se ha perdido.

En tanto el dia de su llegada habiéndose despertado cuatro horas ántes de noche, salió á pasear hasta junto á la iglesia, volvió, se vistió, y fué á la casa de T..*. Supo por un criado, que hacia seis dias habian venido todos de Padua, y que al momento volverian del paseo. Era casi de noche, y se fué. A los*

pocos pasos descubrió desde lejos á Teresa que venia con Isabelita de la mano; detras el Sr. T.*.* con Eduardo. Jacobo fué sobrecogido de un temblor y se acercaba vacilando. Teresa apéaas le conoció, gritó: Eterno Dios! y retrocediendo media desmayada, se sostuvo del brazo de su padre. Luego que estuvo cerca, y todos le conocieron, ella no le dijo palabra; á penas el Sr. T.*.* le estendió la mano; y Eduardo le saludó friamente. Solo Isabelita corrió hácia él, y miéntras la tomaba en brazos, ella le besaba y le llamaba su Jacobo, y miraba á Teresa, y él acompañándolos hablaba siempre con la niña: nadié abrió la boca: Eduardo solamente le preguntó si iba á Venecia.... Dentro de pocos dias, respondió. Llegados á la puerta se despidió.

Miguel que de ningun modo quiso descansar en Venecia por no dejar solo á su amo, retornó á los Collados como una hora despues de media noche, y le halló sentado en el escritorio repasando sus papeles. Muchísimos quemó, muchos de ménos importancia los tiró rasgados de bajo de la mesa. El muchacho se acostó dejando al hortelano que cuidase; tanto mas cuanto que Jacobo no habia comido en todo el dia. En efecto, poco despues le trajéron parte de su comida, y él comió atendiendo siempre á los papeles. No los repasó todos, sino se paseó por el cuarto,

¿ luego se puso á leer. El hortelano que le veia me dijo que al acabarse la noche abrió las ventanas y se detuvo allí un rato: parece que inmediatamente despues escribió los dos rasgos que siguen: están en diversas páginas, aunque en el mismo pliego.



„Ea pues; constancia.—Hé ahí un brasero centellando con carbones encendidos. Pon dentro la mano; quema tus carnes vivas: cuidado. . . .no te envilezcas con un gemido. Para qué?—Y para qué debo afectar un heroismo que de nada me sirve?

„Es de noche: alta, perfecta noche. „¿Para qué velo inmóvil sobre estos libros?—Yo no he aprendido sino la ciencia de ostentar sabiduría cuando las pasiones no tiranizan el alma. Los preceptos son como la medicina, inútil cuando la enfermedad vence todas las resistencias de la naturaleza.

„Algunos sabios se jactan de haber domado las pasiones que jamas han combatido: este es el origen de su osadía, „—Amable estrella del alba! tú brillas en el oriente y mandas sobre estos ojos „tu rayo. . . último! ¿Quién lo habria dicho seis meses atras, cuando tú comparecias ántes que los otros planetas á alegrar la noche, y acoger nuestros saludos?

“¿Si despuntara al ménos la aurora?
 „—Tal vez Teresa se acuerda en este
 „momento de mí. . . ¡pensamiento conso-
 „lador! Oh! cómo la felicidad de ser ama-
 „do endulza cualquier dolor!

„Ay! nocturno delirio! va . . . tú empie-
 „zas á seducirme: pasó el tiempo: me
 „he desengañado á mí mismo; un par-
 „tido solo me queda. . . .”

Por la mañana mandó pedir una biblia á Eduardo, el cual no la tenia: mandó al párroco, y cuando se la trajéron se encerró. Despues de medio-dia salió á despachar la siguiente carta, y volvió á encerrarse.

MARZO 14.

Lorenzo. . . un secreto: hace meses le tengo clavado en el corazon: mas la hora de la partida está para sonar; y es tiempo que yo le deponga en tu pecho.

Este amigo tuyo. . . tiene siempre delante un cadáver.—He hecho cuanto debia; aquella familia es desde aquel dia ménos pobre. . . ¡pero su padre vive?

En uno de aquellos dias de mi desatinado dolor, hace yá diez meses; cabalgando yo me alejé algunas millas. Era ya noche; yo veia levantarse un tiempo negro, y volviendo me apresuraba: el caballo devoraba el camino, y no ménos

Mis espuelas le ensangrentaban y le abandoné todas las riendas sobre el cuello, invocando casi que se desbaratase y se sepultase conmigo. Entrando en una senda toda de árboles, estrecha larguísima, ví una persona...recogí las riendas, pero el caballo se irritaba mas, y mas impetuosamente se arrojaba. *Hazte á la izquierda, grité, á la izquierda!* Aquel infeliz me oyó, corrió á la izquierda, pero sintiendo mas inminente el golpe, y en aquel estrecho sendero creyéndose encima el caballo, volvió atolondrado á la derecha, y fué atropellado, volteado, y los cascos le rompiéron el cráneo. En aquel tremendo choque el caballo cayó, arrojándome de la silla á algunos pasos.. Por qué quedé vivo é ileso?—Corrí á donde oia un lamento de moribundo..aquel hombre agonizaba tendido en un lago de sangre; le sacudí; no tenia ni voz ni sentido: despues de algunos minutos espiró. Volví á casa. Aquella noche fué tambien borrascosa para toda la naturaleza: el granizo desoló los campos; los rayos quemáron muchos árboles; y la turbonada rajó la capilla de un crucifijo: y yo salí á perderme toda la noche por las montañas con los vestidos y el alma ensangrentada, buscando en aquel estermínio la pena de mi culpa. Qué noche! Crees tú que aquel terrible espectro me haya perdonado jamas?

Al dia siguiente...—bastante se habló; se encontró el muerto en aquella senda, media milla mas léjos, bajo un monton de piedras entre dos castaños caidos que atraviesan el camino; la lluvia que hasta el alba cayó de las alturas á torrentes, le atrastró con aquellas piedras: tenia los miembros y la cara hecha pedazos; y fué conocido por los gritos de la muger que le buscaba. A ninguno se le imputó. Mas me acusaban las bendiciones de aquella viuda, porque inmediatamente coloqué su hija con el sobrino de mi mayordomo, y he asignado un patrimonio al hijo que quiere hacerse clérigo. Y ayer noche viniéron á darme gracias de nuevo, diciéndome que yo los he libertado de la miseria en que desde tantos años gemía la familia de aquel pobre labrador. Ah! empero hay tantos otros miserables como vosotros.. mas tienén un marido y un padre que los consuela con su amor, y que ellos no cambiarían por todas las riquezas de la tierra.. y vosotros!

¡Así los hombres deben destruirse recíprocamente!

Huyen de aquel sendero todos los aldeanos, y volviendo de los trabajos, para evitarle, pasan por las praderas. Dicen que por la noche se sienten espíritus, que el pájaro de mal-agüero se posa entre aquellos árboles, y despues de la media noche grazna tres veces; que

algunas noches se ha visto pasar una persona muerta. . . .—ni yo me atrevo á desengañarlos ni á reirme de tales prestigios. Mas tú lo revelarás todo despues de mi muerte. El viage es arriesgado, mi salud incierta; no puedo alejarme con este remordimiento sepultado. Aquellos dos hijos en cualquier desgracia y aquella viuda, sean sagrados en mi casa. Adios.

Dentro de la biblia se encontraron bastantes dias despues las traducciones llenas de enmiendas, casi ilegibles de algunos versos del libro de Job, del segundo capítulo del Eclesiastes, y de todo el cántico de Exequias.

*A las cuatro de la tarde se halló en casa de T***. Habian acabado de comer; y Teresa habia ya bajado sola al jardin. Su padre le acogió afablemente. Eduardo se fué á leer junto á un balcon, y no mucho despues dejó el libro: abrió otro, y leyendo se fué á sus habitaciones. Entonces Jacobo tomó el primer libro así abierto como le habia dejado Eduardo; era el cuarto volúmen de las Tragedias de Alfieri: recorrió algunas páginas, y despues leyó fuerte:—*

Vosotros quiénes sois?... Quién de aura pura
Y plácida aquí habló?.. Esta? Tiniebla
Tétrica es; sombras de muerte. .oh mira;
Acércate; lo ves? El sol, funesta
Guirnalda en torno se ciñó de sangre. . . .

No oyes siniestras aves agoreras?
 Lúgubre llanto por el aire corre
 Que me estremece y á llorar me fuerza..
 Mas qué? También llorais?....

*El padre de Teresa mirándole le decia :
 ¡ oh hijo mio ! Jacobo siguió leyendo en voz
 baja : abrió casualmente el mismo volúmen,
 y luego dejándole, exclamó :—*

.....Ninguna prueba
 Aun os dí de mi valor : os juro
 Que será igual á mi dolor.

*A estos versos Eduardo volvia, y los oyó proferir tan eficazmente, que se detuvo á la puerta pensativo. Me contaba despues el Sr. T***, que le pareció en aquel momento leer la muerte en la cara de nuestro amigo infeliz, y que en aquellos dias todas sus palabras inspiraban reverencia y compasion. Hablaron luego de su viage; y cuando Eduardo le preguntó si tardaria mucho en volver; sí respondió: estoy cierto que no nos veremos mas.*

Vuelto á casa al oscurecer, comió; no pareció fuera de su habitacion hasta la mañana siguiente bastante tarde. Pondré algunos fragmentos que yo creo de aquella noche, aunque no sé asignar verdaderamente la hora en que fueron escritos.

„Vileza!—y tú que gritas vileza no eres
 „uno de aquellos infinitos mortales que
 „apáticos miran sus cadenas; y no se
 „atreven á llorar, y besan la mano que
 „los azota? ¡Qué cosa es, pues, el hom-
 „bre? el valor ha sido siempre el domi-
 „nador del universo, porque todo es de-
 „bilidad y miedo.

„Tú me imputas vileza, y en tanto
 „vendes tu alma y tu honor.

„Ven... mírame agonizar boqueando
 „en mi sangre: no tiembles? quién es
 „ahora el vil? pero sácame este puñal
 „del pecho;—empúñale; y díte á tí mis-
 „mo: *habré de ser eterno?* Dolor sumo
 „fuerte, pero breve y generoso.... Qui-
 „zas! la fortuna te prepara una muerte
 „mas dolorosa y mas infame. Confésalo.
 „Ahora que tienes aquella arma apunta-
 „da deliberadamente sobre tu corazón,
 „¿no te crees capaz de cualquiera gran-
 „de empresa, y no te ves libre dueño de
 „tus tiranos?

„Yo contemplo la campiña: mira que
 „noche serena y pacífica! Ved la luna
 „que se levanta detras de la montaña.
 „¡Oh luna! amiga luna! ¿Mandas acaso
 „ahora sobre la cara de Teresa un pa-
 „tético rayo semejante al que tú difundes
 „en mi alma? Siempre te he saludado
 „cuando has aparecido á consolar la mu-
 „da soledad de la tierra: muchas veces
 „saliendo de la casa de Teresa, he ha-

„blado contigo, y tú fuiste testigo de
 „mis delirios: estos ojos blandos con el
 „llanto te han acompañado muchas veces
 „hasta el seno de las nubes que te es-
 „condian; te han buscado en las noches
 „ciegas de tu luz. Tú te volverás á le-
 „vantar siempre mas bella; pero tu ami-
 „go caerá deforme y abandonado cadá-
 „ver, sin levantarse mas. Yo te pido el
 „último beneficio: cuando Teresa me bus-
 „care entre los cipreses y los pinos del
 „monte, ilumina con tus rayos mi se-
 „pultura.

„Alba hermosa!...há mucho tiempo
 „que no me levanto de un sueño tan
 „reposado, y que no te veo, ¡oh ma-
 „ñana, tan reluciente!—pero mis ojos
 „estaban siempre en el llanto; y todos
 „mis sentimientos en la obscuridad; y el
 „alma mia nadaba en el dolor.

„Brilla, sí, brilla, oh! naturaleza, y
 „conforta los cuidados de los mortales....
 „Tú no volverás mas á brillar para mí.
 „Ya he gozado de toda tu belleza, y te
 „he adorado, y me he alimentado de
 „tu alegría....y mientras yo te veia be-
 „lla y benéfica, tú me decias con una
 „voz divina: vive.—Mas....en mi deses-
 „peracion te he visto luego con las ma-
 „nos empapadas en sangre; la fragancia
 „de tus flores estaba para mí llena de vé-
 „neno, amargos tus frutos.... y me pa-
 „reciste devoradora de tus hijos, condu-

„ciéndolos con tu belleza y con tus do-
„nes al dolor.

„Conque seré yo ingrato contigo ? Pro-
„longaré la vida para verte tan terrible,
„y blasfemar de tí?...No, no. Trans-
„formándote tú, y cegándome á mí á tu
„luz, ¿no me abandonas tú misma, y
„no me mandas abandonarte al mismo
„tiempo?—Ah! ahora te miro y suspiro...
„mas te cortejo todavía, por el recuer-
„do de las pasadas dulzuras, por la cer-
„teza de que yá no deberé temerte, y
„porque estoy para perderte.....

„Ni yo creo revelarme contra tí hu-
„yendo de la vida. La vida y la muer-
„te son leyes igualmente tuyas; y mas
„bien un solo camino concedes al nacer,
„mil al morir. Si no nos imputas la en-
„fermedad que nos mata, ¿querrás aca-
„so imputarnos las pasiones que tienen
„los mismos efectos, y el mismo orí-
„gen, pues que de tí se derivan, y no
„podrían oprimirnos si de tí no hubie-
„ran recibido la fuerza? Ni tú has pre-
„fijado una edad cierta para todos. Los
„hombres deben nacer, vivir, morir: he
„ahí tus leyes: ¿quién revela el tiempo
„y el modo?

„Yo nada te quito de lo que me has
„dado. Mi cuerpo, èsta infinitésima par-
„te, siempre te estará unida bajo diver-
„sas formas. Mi espíritu....si muriere
„conmigo, se modificará conmigo en la

„masa inmensa de las cosas : y si es in-
 „mortal !...su esencia permanecerá ilesa.
 „—Ay ! ¿ para qué alucino mas mi razon?
 „¿ No oigo la solemne voz de la natura-
 „leza ?—*Yo te hice nacer para que anhe-*
 „*lando á tu felicidad conspirases á la fe-*
 „*licidad universal ; y así por instinto te*
 „*di el amor á la vida y el horror de*
 „*la muerte. Mas si la plenitud del dolor*
 „*vence al instinto, ¿ no debes acaso va-*
 „*lerte de las vias que se te presentan pa-*
 „*ra huir de tus males ? ¿ Qué reconoci-*
 „*miento te liga yá conmigo, si la vida*
 „*que te di por beneficio, se te ha conver-*
 „*tido en una carga ?*

„Qué arrogancia ! creerme necesario !
 „—Mis años son en el incircunscripto
 „espacio del tiempo un átomo impercep-
 „tible. Ved ahí rios de sangre que lle-
 „van entre sus espumosas olas, montones
 „frescos de cadáveres humanos : y son
 „estos millones de hombres, sacrifica-
 „dos á mil varas de terreno, y á me-
 „dio siglo de fama que dos conquistado-
 „res se disputan con la vida de los pue-
 „blos : ¿ Y temeré consagrar á mí mis-
 „mo aquellos pocos y dolorosos dias, que
 „tal vez me arrebatarán las persecucio-
 „nes de los hombres, ó contaminarán las
 „culpas ?

Busqué casi con religion todos los ves-
tigios de mi amigo en sus últimas horas,
y con igual religion escribo aquellas cosas

que he podido saber; pero no te digo, o lector, sino lo que yo ví, ó lo que me han contado los que los víeron.—Por mas que haya yo indagado, no sé que se hizo en los dias 16, 17 y 18 de marzo. Estuvo várias veces en casa de T*** sin detenerse jamas. Salia todos aquellos dias casi ántes que el Sol, y se retiraba muy tarde: cenaba sin decir palabra, y Miguel me asegura que tenia noches bastante tranquilas.

La carta que sigue no tiene fecha, pero fué escrita el dia 19.



Me parece? ó Teresa me huye.... ella misma me huye? Todos..—y está siempre á su lado Eduardo.—Quisiera verla solo una vez; y sábetes que yá me habria ido....tú tambien me apuras cada vez mas? pero me hubiera ido, si hubiese podido dejarle las últimas lágrimas. ¡Gran silencio en toda aquella familia! Subiendo las escaleras temo encontrar á Eduardo....hablándome, no me nombra jamas á Teresa. En verdad es poco discreto; siempre, y aun poco ha, me preguntó cuando y cómo partiré. Me retiré improvisamente de él, porque.. de veras me parecia que se sonreía, y le huí estremeciéndome.

Vuelve á aterrarme aquella terrible ver-

dad que yo descubria con espanto...y que despues me he acostumbrado á meditar con resignacion: *todos somos enemigos*. Si tú pudieras hacer el proceso de los pensamientos de cualquiera que se te para delante, verias que él gira en derredor una espada para alejar á todos del bien suyo, y para arrebatár el ajeno.—Lorenzo mio, empiezo á vacilar nuevamente. Mas conviene disponerse... y dejarlos en paz.

P. D.—Vengo de casa de aquella muger decrépita de quien me parece haberte hablado una vez. La desgraciada vive todavia! Sola, abandonada á veces los dias enteros por todos, que se cansan de ayudarla, vive todavia; pero todos sus sentidos están, hace muchos meses, en el horror y en la batalla de la muerte.



Estos dos últimos fragmentos parecen de aquella noche.

“Quitemos la máscara á esta fantasma
 “que quiere aterrarnos—He visto á los
 “niños asustarse y esconderse al aspec-
 “to disfrazado de su nodriz. Oh muer-
 “te! Yo te miro y te interrogo...no las
 “cosas, sino su apariencia nos turban: in-
 “finitos hombres que no se atreven á lla-
 “marte, te arrostran no menos intrépi-

“damante! Tú eres, pues, necesario ele-
 “mento de la naturaleza. . . . para mí todo
 “el horror tuyo se desvancece, y me pa-
 “reces semejante al sueño de la noche,
 “descanso del trabajo.

“Ved ahí las espaldas de aquella estéril
 “roca que privan á los valles de su falda
 “del rayo fecundante del año.—¿Qué me
 “detengo? Si yo debo cooperar á la fe-
 “licidad de los otros, en vez de esto la
 “turbo: si yo debo consumir la parte
 “de calamidad asignada á cada hombre,
 “yá en 24 años he apurado el cáliz que
 “habria podido bastarme para una larguí-
 “sima vida. Y la esperanza ¿qué vale?
 “Conozco yo acaso el porvenir para fiar-
 “le mis días? Ay! que cabalmente esa
 “fatal ignorancia acaricia nuestras pasio-
 “nes y alimenta la humana infelicidad.

“El tiempo vuela; y con el tiempo
 “he perdido en el dolor aquella parte de
 “vida que dos meses ántes se alucinaba
 “en el consuelo. Esta llaga envejecida
 “se ha hecho yá naturaleza: yo la siento
 “en mi corazon, en mi cerebro, en to-
 “do mí mismo; brota sangre, y suspira
 “como si estuviera abierta de fresco.—
 “Ea basta, Teresa, basta: ¿no te pa-
 “rece ver en mí un enfermo arrastrado
 “á pasos lentos á la tumba, entre la
 “desesperacion y los tormentos, y que
 “no sabe prevenir con un golpe solo las
 “injurias de su destino inevitable?”

„Tiento la punta de este puñal : le
 „aprieto y me sonrio : aquí, en medio
 „de este corazon palpitante...y todo se
 „habrá cumplido. Mas este hierro me es-
 „tà siempre délante :—quién, quien se
 „atreve á amarte, oh Teresa! quièn
 „osó arrebatarte ?

„ Oh ! me voi refregando las manos pa-
 „ra lavar la mancha del homicidio...las
 „huelo como si humeasen à delito. En-
 „tre tanto, vedlas inmaculadas y á tiem-
 „po de sacarme con un golpe del peli-
 „gro de vivir un dia demas...un dia so-
 „lo ; un momento...desgraciado ! habrias
 „vivido demãsiado.”

MARZO 20 (*por la noche.*)

Yo era fuerte : ¡ mas este fué el últi-
 mo golpe que casi ha penetrado mi firme-
 za ! no obstante, lo que está decretado,
 está decretado. Pero tú, Dios mio, que
 miras en lo profundo, tú ves que este
 es sacrificio de sangre.

Ella estaba, oh Lorenzo ! con su her-
 manita, y parecia que queria huirme ; mas
 luego se sentó, é Isabelita toda compun-
 gida se le trepó sobre las rodillas. Te-
 resa...le dije, acercándome y tomán-
 dole la mano : ella me miró : aquella
 inocente echándole el brazo al cuello de

Teresa, y alzando la cara le hablaba en voz baja.... Jacobo no me ama yú: yo la oí. Si yo te amo? y bajándome y abrazándola: te amo, le dije, y te amé tiernamente; mas tú no me verás mas. ¡ Oh hermano mio! Teresa me miró lagrimeando, y estrechaba á Isabelita, y volvía los ojos hácia mí. Tú nos dejarás, me dijo, y esta niña será compañera de mis dias, y alivio de mis dolores: yo le hablaré siempre de su amigo.... y le enseñaré á llorarte y á bendecirte....—y á estas ultimas palabras las lágrimas le llovian de los ojos, y yo te escribo con las manos calientes todavia con su llanto. Adios, añadió, adios eternamente; mira cumplida mi promesa—y sacó del seno su retrato—mira cumplida mi promesa; adios para siempre; vete, huye, y lleva contigo la memoria de esta desventurada.... está bañado con mis lágrimas y con las lágrimas de mi madre.—Y con sus manos me le colgó al cuello, y le escondió en mi pecho.... yo estendí los brazos y la estreché contra mi corazón, y sus suspiros confortaban mis abrasados labios, y ya mi boca.... —Una palidez de muerte se esparció sobre su cara, y mientras me rechazaba, tocándola yo con la mano la sentí fria, trémula, y con voz sofocada y lánguida me dijo.... Ten piedad! adios, y se abandonó sobre el sofá estrechando así cuan

to podia á Isabelita que lloraba con nosotros.—Entró su padre, y nuestro mísero estado envenenó quizás sus remordimientos.

Volvió aquella noche tan consternado, que Miguel mismo sospechó algun fiero accidente. Recomenzó el exámen de sus papeles, y los quemaba sin leerlos. Antes de la revolucion habia escrito un comentario acerca del gobierno veneciano, en un estilo anticuado, absoluto, con un mote de Lucano por epigrafe: jusque datum sceleris. Una noche del año anterior leyó á Teresa la historia de Laureta; y Teresa me dijo despues, que aquellos pensamientos sueltos que me envió con la carta de 29 de abril, no eran ni el principio, sino que estaban todos esparcidos dentro de aquel opúsculo que tenia acabado. No perdonó ni á este, ni á ningun otro escrito suyo. Leia muy pocos libros, pensaba mucho, del bullicioso tumulto del mundo huia de un golpe á la soledad, y por eso tenia necesidad de escribir. Mas á mí no me queda sino un Plutarco suyo lleno de notas, con varios cuadernos metidos dentro, donde hay algunos discursos, y uno bastante largo sobre la muerte de Nicia: y un Tácito, Bodoniano, con muchos trozos, y entre otros todo el libro segundo de los anales, y gran parte del segundo de las historias, traducidos por él con mucho cuidado y con una letra menudí-

sima pacientemente copiados en las margenes. Los fragmentos insertòs aquí los he escogido de entre los muchos papeles rotos que él habia arrojado, como de poca importancia, debajo de su mesa.

A las once despidió al hortelano y á Miguel. Parece que veló toda la noche, pues que entonces escribió la carta preecedente, y casi al alba fué vestido á despertar al muchacho, encargándole que buscara un mensajero para Venecia. Luego se tendió sobre la cama, pero un corto rato: despues de las ocho de la mañana fué encontrado por un aldeano en el camino de la Arquá.

A medio-dia entró Miguel avisándole que el posta estaba pronto, y le encontró sentado inmoble, y como sepultado en trisísimos cuidados: se acercó á la mesa y escribió de pié debajo de la misma carta.



Mis labios están abrasados; el pecho sofocado: una amargura...una compression....—si pudiera á lo menos respirar!

De veras; un grupo dentro de las fauces, y una mano que me oprime y me afana el corazon.

Lorenzo, mas qué puedo decirte? soy un hombre....

Dios mio, Dios mio, concédeme el refrigerio del llanto.

Selló este pliego, y le entregó sin sobre-escrito. Se sentó, y cruzádo los brazos sobre el escritorio, reclinó la frente: várias veces el criado le preguntó si necesitaba otra cosa; él sin volverse le hizo seña con la cabeza que no. Aquel dia empezó la siguiente carta para Teresa.



MIERCOLES A LAS CINCO.

Resígnate á la voluntad del cielo, y busca tu felicidad en la paz doméstica, y en la concordia con aquel esposo que la suerte te ha destinado. Tú tienes un padre generoso é infeliz; tú debes reunirle á tu madre, la cual solitaria y llorosa tal vez clama por tí sola: tú debes tu vida á tu reputacion. Yo solo...yo solo muriendo encontraré paz, y la dejaré á tu familia: mas tú pobre desventura!

¡Cuántos dias há que emprendo el escribirte y no puedo continuar? Oh! inmenso Dios, veo que no me abandonas en la hora suprema; y esta constancia es el mayor de los beneficios. Yo moriré cuando hubiere recibido la bendicion de mi madre, y los últimos abrazos de mi único amigo. Por él tu padre recibirá tu: cartas, y tú tambien le darás las miass serán testimonio de tu virtud y de la san-

tidad de nuestro amor. No, Teresa mia, no eres tú la causa de mi muerte. Todas mis pasiones desesperadas, las desventuras de las personas mas caras á mi corazon, los delitos humanos, la certidumbre de mi perpetua esclavitud y del oprobio perpetuo de mi patria vendida.... todo en suma, há mucho tiempo estaba escrito; y tú, muger celestial, podias un tanto endulzar mi destino; pero aplacarle, ah! no, jamas. He visto en tí sola el remedio de todos mis males; yo sé alucinarme; y pues que por una irresistible fuerza me has amado, mi corazon te creyó toda suya, tú me has amado, y tú me amas....y ahora que te pierdo llamo en mi ayuda la muerte. Suplícale á tu padre que no se olvide de mí; no para affigirse, sino para mitigar su compasion tu dolor, y para acordarse siempre que tiene otra hija....

Mas tú no, única amiga de este desgraciado, tú no tendrás corazon de olvidarme. Relce siempre estas mis últimas palabras, que puedo decirte las escribo con la sangre de mi corazon. Mi memoria te preservará tal vez de los desastres del vicio. Tu belleza, tu juventud, y el esplendor de tu fortuna serán estímulo y para los otros y para tí, para contaminar aquella inocencia, á la cual has sacrificado tu primera y mas cara pasion....y que no obstante en tus

martirios ha sido siempre tu único consuelo. Todo cuanto hay de alagüeño en el mundo se conjurará en perderte, en arrebatarte la estimacion de tí misma, en confundirte entre la turba de tantas otras mugeres, las cuales despues de haber abandonado el pudor, hacen tráfico del amor y de la amistad, y ostentan como triunfos las víctimas de su perfidia....Tú no, Teresa mia....tu virtud resplandece en tu rostro celestial, y yo la he respetado..... y tú sabes que yo te he amado adorándote como cosa sagrada. —Oh divina imágen de mi amiga! Oh último don precioso que yo contemplo, y que me infunde mas vigor, y me cuenta toda la historia de nuestros amores! Tú estabas haciendo este retrato el primer dia que te ví: repasan uno por uno delante de mí todos aquellos dias que fueron los mas afanosos y los mas gratos de mi vida. Y tú has consagrado este retrato colocándole bañado con tu llanto, en mi pecho....y así colocado en mi pecho irá conmigo al sepulcro. Te acuerdas, oh! Teresa, las lágrimas con que le recibí?....Oh! yo vuelvo á verterlas, y elevan la triste alma mia. Que si alguna vida queda despues del último espíritu, yo la consagraré siempre á tí sola, y mi amor vivirá inmortal conmigo.—Escucha en tanto una extrema, única, sacrosanta recomendacion: yo te lo

pido por nuestro amor infeliz, por las lágrimas que hemos derramado, por la ternura que tú sientes por tus padres, por quienes te has inmolado víctima voluntaria..... no dejes sin consuelo á mi pobre madre; tal vez ella vendrá á llorarme contigo en esta soledad, donde buscará refugio á las tempestades de la vida. Tu sola eres digna de compadecerla y de consolarla. ¡Quien mas le queda si tú la abandonas? En su dolor, en todas sus desgracias, en las enfermedades de su vejez, acuèrdate siempre que ella es mi madre.—

Despues de media noche salió por la posta de los Collados-Eugáneos, y en llegando á la marina á las ocho del dia siguiente, se hizo pasar en una góndola á Venecia hasta su casa. Cuando yo llegué le encontré dormido sobre un sofá y en un sueño tranquilo. Así que despertó, me suplicó que evacuase algunos asuntos suyos y saldase una deuda antigua con cierto librero: no puedo, me dijo, detenerme aquí mas que todo hoy. Aunque hacia casi dos años que yo no le veia, su fisonomia no me pareció tan alterada cuanto me esperaba; pero despues noté que andaba lento, y como arrastrándose; su voz, en otro tiempo pronta y masculina, salia con fatiga del pecho profundo. Se esforzaba igualmente por hablar, y respondiendole á su madre acerca de su via-

ge, muchas veces se sonreia con una triste sonrisa enteramente suya; pero tenia un aire reservado, no acostumbrado en él. *Habiendote dicho yo que algunos amigos suyos vendrian aquel dia á saludarle, respondió que no querria ver á nadie del mundo; ántes bajó él mismo á advertir en la puerta que se dijese que ~~no~~ no habia vuelto. Y volviendo á entrar añadió:* muchas veces he pensado no dar ni á tí ni á mi madre tanto dolor; pero yo tenia necesidad de volver á veros... y este, creeme, es el experimento mas fuerte de mi valor.

Pocas horas ántes de noche se levantó como para partir, mas no le permitiu el corazon decirlo. Su madre se le acercó.... ¡Conque has resuelto, mi querido hijo?

Sí, sí; abrazándola y conteniendo apenas las lágrimas.

¡Quién sabe si podré volverte á ver? Yo estoy ya vieja y cansada.—

Nos verémos quizá..... mi querida madre, consolaos, nos verémos..... para no separarnos jamas: mas ahora..... ahora:— lo puede atestiguar Lorenzo.

Ella se volvió asustada hácia mí, y yo: demasiado! le dije. Y le conté las persecuciones que volbian á hacerse crueles por la guerra inminente, y el peligro que me amenazaba á mí tambien máxime despues de aquellas cartas que nos fueron interceptadas (y no eran falsas mis

sospechas, porque á pocos meses fui obligado á abandonar la patria). Ella entonces exclamó: vive, hijo mio, aunque léjos de mí. Despues de la muerte de tu padre no he tenido una hora de bien: esperaba pasar contigo mi vejez!...mas hágase la voluntad del Señor. Vive! yo prefiero ~~morar~~ sin tí, ántes que verte.... preso....muerto. Los sollozos le sofocaron la palabra.

Jacobo le estrechó la mano, y la miraba como si quisiese confiarle un secreto; pero bien presto se recompuso y le pidió su bendicion.

Y ella alzando las manos al cielo: te bendigo....te bendigo; y quiera tambien el Omnipotente bendecirte.

Acercándose á la escalera se abrazaron. Aquella muger desconsolada apoyó la cabeza sobre el pecho de su hijo.

Bajaron, yo los seguia: la madre le bendijo de nuevo, y él volvió á besarle la mano, y la besó en la cara.

Yo estaba llorando: despues de haberme besado me prometió escribirme, y me dejó diciéndome: acuérdate siempre de nuestra amistad. Despues volviéndose á su madre la miró un rato sin hacer movimiento y partió. Cuando llegó al fin de la calle se volvió, y nos saludó con la mano, y nos miró tristemente, como si quisiera decirnos que aquella era la última mirada.

La pobre madre se detuvo en la puerta como esperando que tornara á saludarla. Mas apartando los ojos llorosos del lugar donde se le habia desparecido, se apoyó en mi brazo y volvió á subir diciéndome: caro Lorenzo, me dice el corazón que no le volverémos á ver mas.

Un sacerdote anciano de antigua familiaridad en la casa de Dórtis, y que habia sido su maestro de griego, vino aquella noche y nos contó que Jacobo habia ido á la iglesia donde Laureta fué enterrada. Hallándola cerrada, queria á toda costa que se la abriera el campanero; y regaló á un muchacho de la vecindad, para que fuese á buscar al sacristan que tenia las llaves. Se sentó esperando sobre una piedra en el átrio. Despues se levantó y apoyó la cabeza contra la puerta de la iglesia. Era casi de noche, cuando advirtiendo gente en el átrio sin aguardar mas se separó. El viejo sacerdote habia oido estas cosas al campanero. Supe algunos dias despues, que Jacobo al anochechar fué á ver á la madre de Laureta. Estaba, me dijo élla, bastante triste; no me habló jamas de mi pobre hija, ni yo se la nombré por no apesadumbrarle mas: bajando las escaleras me dijo:—id cuando pudiereis á consolar á mi madre.

Para aquietar á su madre y á mis funestos presentimientos, deliberé acompañarle hasta Ancona. El en tanto volvia á

*Padua, y se apeó en casa del profesor C** donde reposó el resto de la noche. Por la mañana despidiéndose, le ofreció el profesor cartas para algunos caballeros de las islas ántes Vénetas, los cuales tiempos atras habian sido sus discípulos. Jacobo ni las aceptó, ni las rehusó. Volvió á pié á los Collados-Eugáneos, y se puso al momento á escribir.*

VIERNES A LA UNA.

Y tú Lorenzo mio, mi leal y único amigo.....perdona. No te recomiendo á mi madre....Sé que tendrá en tí otro hijo. Oh madre mia! pero tú no tendrás mas al hijo sobre cuyo seno esperabas reposar tu cabeza encanecida.... ¡ni habras podido calentar estos labios moribundos con tus besos? y tal vez.... tú me seguirás!—Yo vacilaba, oh Lorenzo....¡ Es esta la recompensa despues de 24 años de esperanzas y de cuidados....Mas sea así!....El cielo que ha destinado todo, no la abandonará.... ni tú!

Lorenzo : mientras yo no apetecia mas que un amigo fiel, viví feliz. El cielo te lo recompense! Mas, esperabas que yo te pagase con lágrimas?....Ea pues, consuélate....consuélate. Mi vida te seria mas dolorosa que mi muerte.

Darás estos papeles al padre de Teresa. Reune mis libros y consévalos por memoria de tu Jacobo. Recoge á Miguel, á quien dejo mi relox, estos mis pocos muebles, y el dinero que encontrarás en el cajoncito de mi escritorio.... Ven, debes abrirle tú solo: hay una carta para Teresa; te suplico que se la entregues secretamente tú mismo. Adios, adios,

Despues continuó la carta que habia empezado á escribir a Teresa.

Vuelvo á tí, Teresa mia, Si miéntas yo vivia era para tí una culpa el escuchar-me....escúchame ahora....yo te consagro las pocas horas que me separan de la muerte; y te las consagro á tí sola. Tendrás esta carta cuando yo estuviere exangüe bajo-tierra; y desde aquel momento todos quizá empezarán á olvidar-me, hasta que ninguno yá se acuerde de mi nombre....escúchame como á una voz que sale del sepulcro. Tú llorarás mis dias desvanecidos al igual de una vision nocturna: tú llorarás nuestro amor, que fué inútil y oscuro como las lámparas que alumbran las sepulturas de los muertos!—Oh! sí, Teresa mia, debian yá de una vez acabar mis penas y mi mano no tiembla al armarse del hierro libertador, pues abandono la vida, mien-

tras tu me amas. . . . mientras soy todavía digno de tí, y digno de tu llanto, y puedo sacrificarme á tí sola y á tu virtud. No; entonces no será en tí una culpa el amarme. . . . y yo lo pretendo, tu amor; yo lo pido en virtud de mis desgracias, del amor mio, y de mi tremendo sacrificio. Ah! si tú algun dia pasases sin echar una mirada sobre la tierra que cubriere á este jóven desconsolado. . . . infeliz de mí! habré dejado detras de mí el eterno olvido hasta en tu corazon!

Tú crees que yo me vaya. Yo? te dejaré en nuevos contrastes contigo misma, y en continua desesperacion? y mientras tú me amas y yo te amo, y siento que te amaré eternamente, ¿te dejaré por la esperanza de que nuestra pasion se extinga ántes que nuestros dias? No; la muerte solo, la muerte. Yo cayo hace gran tiempo mi huesa, y me he acostumbrado á mirarla dia y noche, y á medirla friamente. . . . y apénas apénas en estos estremos la naturaleza rehuye y grita. . . Mas yo te pierdo, y yo moriré.—Tú misma, tú me huías; nos prohibian las lágrimas. . . Y ¿no advertias en mi tremenda tranquilidad que yo te demandaba la última despedida, y que te pedia el eterno adios?

Si el Padre de los hombres me llamare á dar cuenta, le mostraré mis manos limpias de sangre, y puro de delitos mi corazon. Le diré: no he quita-

do el pan á los huérfanos y á las viudas ; no he perseguido al infeliz ; no he hecho traicion : no he abandonado al amigo ; no he turbado la felicidad de los amantes, ni he corrompido la inocencia, ni enemistado los hermanos, ni prostituido mi alma á las riquezas.... He repartido mi pan con el indigente ; he mezclado mis lágrimas con las lágrimas del afligido ; he llorado siempre las miserias de la humanidad.... Si tú me hubieras concedido una patria, yo habria consumido mi ingenio y mi sangre toda por ella ; y no obstante mi débil voz ha gritado valerosamente la verdad : corrompido casi por el mundo, despues de haber experimentado todos sus vicios.... ah ! no ! sus vicios me han contaminado tal vez breves instantes, mas no me han vencido jamas.... he buscado virtud en la soledad. He amado !.... tú mismo, tú me has presentado la felicidad ; tú la has embellecido con los rayos de tu infinita luz, tú me has creado un corazon capaz de sentirla y de amarla.... pero despues de mil esperanzas, lo he perdido todo ! é inútil á los otros, y dañoso á mí mismo, me he libertado de la certeza de una perpetua miseria. ¡ Gozas tú, Padre, de los gemidos de la humanidad ; pretendes tú que ésta soporte las deventuras cuando son mas violentas que sus fuerzas ? ¡ ó acaso has con-

cedido al mortal el poder de cortar sus males para que despues descuidase tu don, arrastrándose abandonado entre el llanto y las culpas? Yo siento en mí mismo que los extremos males no tienen mas que la culpa ó la muerte.—Consuélate, Teresa; aquel Dios á quien tú recorres con tanta piedad, si le merece algun cuidado la vida y la muerte de una humilde criatura, no retirará su vista ni aun de mí. El sabe que yo no puedo resistir mas, ha visto los combates que he sostenido ántes de llegar á la resolucion fatál....y ha oido con cuantas preces le he suplicado que me alejara este cáliz amargo. Adios pues... adios al universo!—Oh amiga mia! ¡Con que la fuente de las lágrimas es en mí inexhausta? vuelvo á llorar y á temblar.... mas un poco; pronto estará todo acabado, Ay! mis pasiones viven, y arden, y me poseen todavía, ~~y~~ cuando la noche eterna arrebatara el mundo á estos ojos, entonces solo sepultaré conmigo mis deseos y mi llanto. Mas mis ojos llorosos te buscan todavía ántes de cerrarse para siempre. Te veré, te veré por la última vez, te dejaré el último adios, y tomaré de tí tus lágrimas, único fruto de tanto amor?

Yo llegué á las cinco de Venecia, y le encontré á pocos pasos fuera de su puerta, justamente cuando iba á decir adios

á Teresa. Mi venida imprevista le consternó, y mucho mas mi determinacion de acompañarle hasta Ancona. Me lo agradeció afectuosamente, y tentó todos los medios de disuadirme; mas viendo que yo persistia, se calló, y me pidió que fuera con él hasta casa de T***. En todo el camino nada dijo: andaba lento, y tenia en la cara una tristísima serenidad. Ay! cómo podia imaginarme que en aquel momento revolvia en su ánimo los supremos pensamientos! Entramos por la puerta del jardin, y deteniéndose allí alzó los ojos al cielo, y despues de algun rato prorumpió mirándome: ¿te parece tambien á tí que la luz es hoy mas linda que nunca?

.. Acercándonos á la habitacion de Teresa oí su voz.... El corazón no se puede cambiar, y no sé si Jacobo que me seguia oyó estas palabras: él nada dijo. Hallamos al marido que se paseaba, y al padre de Teresa sentado en el fondo de la sala junto á una mesa, con la frente contra la palma de la mano. Quedamos largo tiempo todos mudos. Jacobo finalmente: mañana dijo, no estaré yá con vosotros; y levantándose se acercó á Teresa y le besó la mano; y yo ví las lágrimas en los ojos de élla; y Jacobo teniéndola todavia por la mano le suplicó que hiciese llamar á Isabelita. Los gritos y el llanto de aquella niña fueron tan repen-

tinios é inconsolables, que ninguno de nosotros pudo contener las lágrimas. Apenas ella oyó que él se iba, se le colgó al cuello, y sollozando le repetía: ¡oh Jacobo mio, por qué me dejas ?..... ¡oh Jacobo mio, vuelve presto: y no pudiendo él resistir á tanta lástima, dejó á Isabelita entre los brazos de Teresa, y adios, dijo, adios....y salió—El Sr. T*^{*} le acompañó hasta la salida de la casa, y le abrazó varias veces; y le besó, dejándonos sin poder proferir palabra. Eduardo que venia detras nos apretó la mano, deseándonos feliz viage.

Era ya de noche: no bien llegamos á casa, mandó á Miguel que alistara el cofre, y me rogó con instancia que volviese á Pádua para tomar las cartas que le habia ofrecido el profesor C***. Yo partí al instante.

Entónces debajo de la carta que por la mañana habia escrito para mí, añadió esta posdata.

Pues que no he podido evitarte la afliccion de prestarme los oficios supremos.... y yá habia, ántes que tú vinieras, resuelto escribir al párroco....agrega tambien esta última piedad á tantos beneficios tuyos. Haz que yo sea sepultado, así como me encontraren, en un sitio abandonado, de noche, sin exequias, sin

lápida, debajo de los pinos del Collado que mira à la iglesia. El retrato de Teresa sea enterrado con mi cadáver.

Marzo 23 de 1799.

Tu amigo

JACOBO DORTIS.

Salió nuevamente : á las once al pié de un monte, dos millas léjos de su casa, tocó á la puerta de un aldeano y le dispertó pidiéndole agua, y bebió mucha.

Vuelto á casa despues de la media-noche, salió luego del cuarto y dió al criado una carta sellada para mí, recomendándole entregármela á mí solo. Y apretándole la mano : adios, Miguel! ámame; y le miró afectuosamente....despues de jándole de golpe se volvió á entrar cerrando tras sí la puerta. Continuó la carta para Teresa

A LA UNA.

He visto mis montañas, he visitado el lago de las cinco fuentes, he saludado para siempre las selvas, los campos, el cielo. Oh soledades mias! oh arroyo que me enseñastes la primera vez la casa de aquella muger celestial! ¡Cuántas veces he deshojado flores sobre tus aguas que

pasaban debajo de sus ventanas! cuántas veces he paseado con Teresa por tus playas, miétras yo embriagándome del deleite de adorarla, agotaba á grandes tragos el cáliz de la muerte.

Moral sagrado! tambien te he adorado; tambien te he dejado los últimos gemidos y los últimos agradecimientos. Me he postrado, oh Teresa mia, junto á aquel tronco..... aquella yerba ha bebido mis lágrimas; me parecia caliente aun con la huella de tu cuerpo divino..... me parecia todavía olorosa. Afortunada noche! cómo estás grabada en mi pecho!...yo estaba sentado á tu lado, oh Teresa, y el rayo de la luna penetrando entre las ramas iluminaba tu angélico semblante. Yo ví correr sobre tus mejillas una lágrima::: y nuestros suspiros se confundieron; y el alma mia se transfundió en tu pecho. Era la noche del 13 de mayo, era jueves. De entónces acá no ha pasado un momento en que yo no me haya confortado con la memoria de aquella noche: me he reputado persona sagrada, y no me he dignado dar mas á muger alguna una mirada, creyéndolas indignas de mí..... de mí que he sentido toda la felicidad de un beso tuyo.

Te amé pues, te amé, y te amo todavía con un amor que nadie puede concebir sino yo solo. Es poco precio, oh

ángel mio, la muerte para quien ha podido oír que tú le amas, y sentirse discurrir por toda el alma el deleite de tu beso, y llorar contigo....Estoy con el pié en la huesa; y no obstante tú, aun en este momento, vuelves como solias, delante de estos ojos que muriendo se fijan en tí, en tí que sagrada resplandesces con toda tu belleza, y dentro de poco!.....Todo está preparado; la noche está yá demasiado caida....adios.... dentro de poco nos separará la nada, ó la incomprendible eternidad. La nada? Sí sí; pues que estaré sin tí, yo ruego al sumo Dios, si no nos reserva algun lugar en donde yo pueda reunirme contigo para siempre, le ruego con las entrañas de mi alma y en esta tremenda hora de la muerte, que me abandone solamente en la nada. Mas yo muero incontaminado, y dueño de mí mismo, y lleno de tí; y cierto de tu llanto....Perdóname. Teresa, si jamas....

Consuélate y vive para la felicidad de nuestros miserables padres; tu muerte haria maldecir mis cenizas.

Si alguno se atreviere á inculparte por mi infeliz destino, confúndelo con este mi juramento solemne que pronuncio arrojándome en la noche de la muerte: Teresa es inocente.

Adios, adios....recibe el alma mia.

El muchacho que dormía en el cuarto contiguo á la habitacion de Jacobo, fué estremecido por un largo gemido: puso el oido para oír si le llamaba; abrió la ventana sospechando que yo hubiera gritado por el agujero de la llave, pues estaba advertido que yo volveria al ser de dia; mas convencido de que todo estaba tranquilo y la noche todavía oscura, volvió á recostarse, y se durmió. Me dijo despues, que aquel gemido le habia dado miedo, pero que no le fijó atencion porque su amo solia siempre agitarse entre sueños. Por la mañana Miguel, despues de haber atisvado y llamado en vano á la puerta, forzó el pestillo, y no oyendo responder en el primer cuarto, se internó palpitando, y á la luz de la vela que aun ardia, se le presentó Jacobo bañado en su sangre. Abrió de par en par la ventana llamando gente: y como ninguno viniese, voló á buscar al cirujano, mas no le halló porque estaba asistiendo á un moribundo; corrió al párroco, y tambien estaba fuera por el mismo motivo. Entró anheloso en casa de T. * * * llorando y contando á Teresa, que fué la primera que le salió al encuentro, que su amo se habia herido,

pero que le parecia que todavíá no estaba muerto.

Teresa dió dos pasos y se desvaneció, y quedó por largo rato sin sentidos entre los brazos de Eduardo. El Sr. T*** acudió esperando salvar la vida de nuestro miserable amigo. Le encontraron tendido sobre un sofá con casi toda la cara escondida entre los cogines; inmóvil, sino que de rato en rato anhelaba. Se habia metido un puñal debajo de la tetiá izquierda; mas se lo habia sacado de la herida, y se habia caído en tierra. Su vestido negro, y su pañuelo del pescuezo estaban tirados sobre una silla inmediata. Estaba vestido con chaleco, pantalones y botas, y ceñido de una faja anchísima de seda, una punta de la cual colgaba ensangrentada, porque él ~~al~~ vez, muriendo, intentó desenrollársela del cuerpo. El Sr. T*** le levantó ligeramente de la herida la camisa, que toda empapada de sangre se le habia pegado al pecho: Jacobo se resistió, y alzó la cara hácia él, y mirándole con los ojos nadando en la muerte, estendió un brazo para impedirlo, é intentaba con el otro apretarle la mano.... mas volviendo á caer con

la cabeza sobre las almohadas, levantó los ojos al cielo, y espiró.

La herida era bastante ancha y profunda, y si bien no habia dado en el corazon, se le aceleró la muerte, perdiendo la sangre que corria á arroyos por el cuarto.

Le colgaba del cuello el retrato de Teresa todo negro de sangre cuajada, si no que estaba un tanto limpio en el medio. Los labios ensangrentados de Jacobo parecen conjeturar, que en la agonía besará la imágen de su amiga. Estaba sobre el escritorio la Biblia cerrada, y sobre ella el reloj; y cerca varios pliegos blancos, en uno de los cuales estaba escrito: Mi querida madre: y por unos pocos renglones rotos apenas se podia leer, espacion. . y mas abajo, de llanto eterno. En otro pliego se leia solamente la direccion á su madre, como si habiéndose arrepentido de la primera carta hubiese empezado otra que no tuvo corazon de acabar.

Apenas llegué de Pádua, donde me ví precisado á detenerme mas de lo que yo queria, quedé asombrado del gentío de labradores que lloraban bajo los pórticos del átrio: y otros me mi-

raban alóñitos, y algunos me rogaban que no subiese. Salté temblando al cuarto, y se me presentó el padre de Teresa echado desesperadamente sobre el cadáver, y Miguel de rodillas con la cara por tierra. No sé como tuve tanta fuerza de acercarme y de ponerle una mano sobre el corazón junto á la herida.... Estaba muerto, frío. Me faltó el llanto y la voz.... me quedé mirando con ojos dementados á mi su-
 gero. Vino finalmente el párroco, é inmediatamente despues el cirujano, los cuales con algunos familiares nos arrancaron por fuerza del fiero espectáculo. Teresa vivió, en todos aquellos dias, entre el luto de los suyos y un mortal silencio.—Por la noche me arrastré detras del cadáver, que tres labradores enterraron en el monte de los pinos.

FIN.

